Se Alquila Habitación



NICO LEE

SE ALQUILA HABITACIÓN

NICO LEE

PORTEÑO PUBLICATIONS

Copyright © 2025 by Nico Lee

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Translation by: Nacho García

ÍNDICE

1. Jamie
2. Ty
3. Jamie
4. Ty
5. Jamie
6. Ty
7. Jamie
8. Ty
9. Jamie
10. Ty
11. Jamie
12. Ty
13. Jamie
14. Ty
15. Jamie
16. Ty
17. Jamie
18. Ty
19. Jamie
20. Ty
21. Jamie
22. Ty and Jamie
23. Ty
24. Jamie
25. Jamie
26. Ty

1

JAMIE

EL ANUNCIO de la habitación libre llevaba tres días en mi carpeta de borradores, mirándome como una acusación cada vez que abría el portátil. Doscientos cincuenta caracteres de pura desesperación disfrazados de una oferta de alojamiento razonable.

Se alquila habitación tranquila y limpia en una casita del West End. A poca distancia de Commercial Street. 2200 $/mes hasta el Labor Day. Se pide primer mes más fianza. No fumar, no fiestas, no dramas.

Borré la última línea y volví a escribirla. Provincetown (o Ptown, como la llamábamos cariñosamente) en julio era, básicamente, una fiesta gigante. Pedir que no hubiera dramas era como poner un anuncio para alquilar una habitación en Marte y pedir que no faltara el oxígeno.

Lo había reescrito seis veces, ycada versión sonaba progresivamente más estirada. El primer borrador incluía una lista de normas de la casa con viñetas. El segundo mencionaba mi preferencia por «personas maduras y profesionales». Para el tercero, ya había añadido una línea sobre las horas de silencio y el comportamiento adecuado en la cocina que me hacía parecer la tía estricta de alguien.

Ahora se quedaba ahí, soso y desesperado a partes iguales.

La verdad es que no podía permitirme no alquilarla. Mi último compañero de piso, Marcus, había aguantado exactamente tres semanas de la temporada de verano antes de decidir que Ptown no era «su rollo» y huir de vuelta a Boston sin dejar ni siquiera una dirección de reenvío. Me había dejado una fianza que no cubría ni la mitad de la subida del alquiler de julio y, entre mi sueldo en la librería Port Reads y lo que se consideraba vivienda asequible en este pueblo, la elección se reducía a buscar compañero de piso o alimentarme de ramen durante los dos meses siguientes.

Cerré el portátil y eché un vistazo a la cocina. Todo en su sitio. Las tazas de café, ordenadas por tamaño; el especiero, por orden alfabético; el trapo de cocina, doblado en un cuadrado perfecto sobre la encimera. Había tardado tres años en dejar esta casita exactamente como yo quería.

Tranquila. Organizada. Mía.

La idea de compartirla con un completo desconocido me oprimía el pecho.

Me serví otra taza de café y volví a abrir el portátil. El cursor parpadeaba de forma acusadora en la línea del asunto de un correo nuevo. El turno de mañana en Port Reads empezaba en una hora, lo que significaba que tenía el tiempo justo para publicar el anuncio y arrepentirme de inmediato.

Mi dedo se detuvo sobre el botón de enviar.

Esto es temporal, me recordé. *Ocho semanas hasta el Labor Day. Has sobrevivido a cosas peores.*

Le di a enviar antes de que pudiera echarme atrás.

De camino al trabajo bajé por Commercial Street, que ya bullía con la energía de primera hora a pesar de que apenas eran las nueve de la mañana. Un par de drag queens estaban montando lo que parecía una sesión de fotos improvisada frente a la tienda de velas, y sus elaboradas pelucas captaban la luz matutina. Los turistas se arremolinaban a su alrededor con los móviles en alto, y yo me deslicé entre la multitud con mi habitual pericia.

Eso era lo que pasaba con Ptown en julio: todo el pueblo se convertía en un escenario, y todo el mundo actuaba o miraba.

Después de cinco veranos aquí, había perfeccionado el arte de ser invisible a plena vista.

Port Reads estaba justo al lado de Commercial, escondida entre una galería de arte y una cafetería que servía cuencos de açaí carísimos a influencers de Instagram. La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales, iluminando las motas de polvo que danzaban sobre los expositores cuidadosamente ordenados. Este lugar era el único rincón de Ptown en el que de verdad podía pensar.

Le di la vuelta al cartel para indicar que estaba abierto y me instalé tras el mostrador con mi café. Los clientes habituales de la mañana no tardarían en aparecer: la señora Chen buscando lo último de Louise Penny, el profesor jubilado que encargaba colecciones de poesía poco conocidas, los chicos del teatro de verano ojeando la sección de literatura queer con una concentración que normalmente se reserva para los textos sagrados.

Me vibró el móvil. Correo nuevo.

Asunto: Las 5 mejores ensaladas para refrescar tu barbacoa de verano.

Spam. Y ni siquiera del interesante.

Iba a ser uno de esos días de hiperfijación, podía sentirlo.

Actualicé el correo. Nada. El anuncio llevaba dos horas publicado y el silencio resultaba ominoso. El verano pasado, había recibido siete respuestas en los primeros treinta minutos. Este año, por lo visto, todo el mundo tenía ya su alojamiento resuelto, o le habían echado un vistazo al precio del alquiler y habían decidido probar suerte en otro sitio.

La campanilla de la puerta de Port Reads sonó y levanté la vista para ver a la señora Patterson forcejeando con un montón de libros de playa. Cerré la pantalla del portátil y fui a ayudarla.

—Jamie, cariño, ¿tienes algo escandaloso? —preguntó, dejando caer los libros sobre el mostrador—. Mi club de lectura se está volviendo demasiado intelectual y necesito algo con abdominales en la portada.

Reprimí una carcajada. La señora Patterson tenía setenta y tres años y llevaba viniendo a la tienda desde antes de que yo empezara

a trabajar aquí. Su idea de «escandaloso» solía ser una novela romántica histórica con una escena medianamente subida de tono.

—¿Cómo de escandaloso? —le pregunté, acompañándola a la sección de romántica—. ¿Jane Austen con tensión sexual o novela de época de las de arrancarse el corsé?

—Ah, de las de arrancarse el corsé, sin duda. Quiero que a mis compañeras del club de lectura les dé un síncope.

Saqué unas cuantas opciones de la estantería, incluida una con un hombre sin camisa que sostenía una espada de aspecto sospechosamente poco práctico.

—Esto debería funcionar.

La cogió de inmediato.

—Perfecto. ¿Qué tal el verano, cariño? ¿Sigues viviendo solo en esa casita tan bonita?

—Pues, de hecho, estoy buscando compañero de piso. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. La señora Patterson era un encanto, pero también era la red de información no oficial de Ptown. A la mañana siguiente, medio pueblo sabría de mi situación.

—¡Oh, qué emocionante! ¿Has pensado en alguien en particular?

—Solo en alguien que pueda pagar el alquiler y que no queme la casa.

Se rio y me dio una palmadita en el brazo.

—Pones el listón muy alto, Jamie.

Cuando se fue, volví a mi portátil con una creciente sensación de pavor. Seguía sin haber respuestas. Releí el anuncio por quinta vez, buscando erratas o cualquier cosa que pudiera asustar a la gente. Quizá debería haber incluido más fotos. O quizá el precio era de verdad demasiado alto, incluso para Ptown en temporada alta.

Mi dedo se detuvo sobre el botón de borrar. Podría apañármelas sin compañero de piso. Solo tendría que comer ramen durante dos meses y evitar cualquier gasto imprevisto. Como ponerme enfermo. O necesitar gasolina para el coche. O comprar *cualquier* cosa que no fuese ramen.

Una nueva notificación de correo electrónico apareció justo cuando estaba a punto de hacer clic.

Asunto: Consulta sobre la habitación

Hola, he visto tu anuncio de la habitación libre. Soy Ty Callahan, 30 años, camarero en The Shell & Shaker. Limpio, tranquilo, puedo mudarme mañana mismo si te va bien. Ya me dices. Gracias.

Eso era todo. Ni referencias, ni una larga explicación sobre su vida, ni un intento de convencerme de que era el candidato perfecto. Solo directo, casi agresivamente informal.

Me quedé mirando el correo un minuto entero. Camarero significaba muchas horas, noches tardías y, probablemente, una vida social que implicaba traerse a casa a media Commercial Street. Significaba fiestas, ruido y el tipo de caos que convertiría mi casita cuidadosamente ordenada en un desastre.

Y *mañana*. Podía mudarse mañana. Eso era increíblemente conveniente o increíblemente sospechoso.

Empecé a escribir un correo de rechazo educado.

Gracias por tu interés, pero busco a alguien con un horario más tradicional.

Lo borré. Eso me hacía parecer un gilipollas discriminador.

Gracias por contactar conmigo. Todavía estoy valorando las solicitudes.

Borrar. Ahora parecía que estaba contratando a alguien para un puesto en una empresa en lugar de alquilando un dormitorio.

Hola, Ty. Gracias por tu interés. ¿Puedes darme referencias?

Mejor. Profesional, pero no despectivo. Le di a enviar antes de pensar demasiado.

La respuesta llegó en menos de cinco minutos.

Jamie, claro. Sarah de The Shell & Shaker (la encargada), Marcus Chen (antiguo compañero de piso en Cambridge) y la reverenda Patricia Williams de la iglesia comunitaria. Te puedo pasar sus contactos. ¿Estás libre esta noche si quieres que nos conozcamos? Ty

Parpadeé ante la pantalla. ¿La reverenda Patricia Williams? O este tipo estaba jugando a algo muy sofisticado, o de verdad se las había arreglado para camelarse a una de las mujeres más notoriamente exigentes de Ptown. Conocía a Patricia del club de

lectura que dirigía una vez al mes en Port Reads. No soportaba a los tontos y, desde luego, no daba referencias personales a la ligera.

Antes de que pudiera responder, la campanilla de la puerta sonó y la señora Chen entró arrastrando los pies, con el bolso pegado al pecho como una armadura contra las hordas de turistas.

—Jamie, cariño, por favor, dime que tienes el nuevo del inspector Gamache.

Me guardé el móvil en el bolsillo y me centré en el negocio de los libros, que era infinitamente más sencillo que el negocio de los compañeros de piso. La señora Chen se llevó su novela de misterio, los chicos del teatro encontraron un ejemplar manoseado de *La habitación de Giovanni* que les hizo cuchichear emocionados, y la mañana transcurrió con el cómodo ritmo de las recomendaciones y las ventas.

Pero el correo de Ty Callahan seguía en mi bolsillo como un picor persistente. Para la hora de comer, había mirado el móvil seis veces sin darme cuenta. A las tres, ya había redactado y descartado mentalmente una docena de respuestas.

Lo razonable sería quedar con él. Entrevistarlo como una persona normal que busca un compañero de piso normal. Preguntarle por sus costumbres, su horario, su forma de fregar los platos y sus hábitos en el baño. Establecer límites claros desde el principio.

La otra opción era mantener la habitación vacía y sobrevivir a base de sándwiches de mantequilla de cacahuete hasta el Labor Day.

Cerré a las seis y volví a casa, a mi casita perfectamente organizada. La puerta de la habitación libre estaba cerrada, como lo había estado durante las tres semanas que habían pasado desde la huida de Marcus. Podía dejarla así. Convertirla en un despacho, quizá, o simplemente dejarla como un santuario dedicado a mis propias tendencias antisociales.

Pero mi cuenta bancaria tenía otras ideas.

Saqué el móvil y escribí rápidamente, antes de acobardarme.

Ty, ¿podemos vernos mañana a las 19:00? Mi dirección es Bayberry Lane, 542.

Su respuesta fue casi instantánea.

Perfecto. Nos vemos entonces.

Me quedé mirando el móvil un buen rato, luego fui a la cocina y abrí el armario donde guardaba el café bueno. Si iba a tomar una decisión potencialmente catastrófica, más valía que estuviera bien cafeinado mientras lo hacía.

La habitación libre tenía que estar presentable, lo que significaba entrar en ella por primera vez desde que Marcus se fue. Empujé la puerta y examiné los daños. No estaba fatal, la verdad. La cama seguía hecha, el armario seguía vacío de personalidad. Pero había una fina capa de polvo sobre todo y el aire olía ligeramente a cerrado.

Pasé la siguiente hora limpiando con la intensidad y concentración que normalmente se reservan para los retiros de meditación. Pasé la aspiradora, limpié las superficies, cambié las sábanas aunque ya estaban limpias. Cuando terminé, la habitación parecía el expositor de una tienda de muebles: impóluta, acogedora y completamente desprovista de carácter.

Perfecto.

Me quedé en el umbral, con las manos en las caderas, e intenté imaginar qué tipo de persona sería Ty Callahan. El nombre sugería a alguien joven, probablemente atractivo de esa manera natural que los camareros siempre parecen tener. Tendría opiniones sobre cócteles de autor e historias sobre famosos que había visto. Dejaría toallas mojadas en el suelo del baño y se olvidaría de cambiar el papel higiénico.

Ya me estaba arrepintiendo.

Pero mientras cerraba la puerta y me dirigía a la cocina para empezar a hacer la cena, me sorprendí haciendo algo que no había hecho en semanas: tararear. Era apenas audible, solo un hilo de melodía silencioso que acompañaba el ritmo de cortar las verduras.

Quizá tener un compañero de piso no sería del todo terrible. Quizá apenas notaría que estaba ahí. Quizá sería el tipo de persona que no se mete en líos, paga el alquiler a tiempo y tiene la decencia humana básica de limpiar lo que ensucia.

Me detuve a mitad de un corte y solté una carcajada ante mi propio optimismo.

Mañana a las siete conocería a Ty Callahan y decidiría si la estabilidad financiera merecía el sacrificio de mi cordura. Esta noche, reorganizaría el especiero y fingiría que el aleteo de nervios en mi estómago era solo la cafeína.

El pimentón, al lado del orégano. Todo en su sitio.

Al menos, por una noche más.

2

TY

Tenía cuatro minutos para llegar de The Shell & Shaker al 542 de Bayberry Lane, y estaba bastante seguro de que olía a una mezcla de zumo de lima, crema solar y ese tipo de sudor que se te pega al cuerpo después de currar en una happy hour de viernes a reventar en pleno julio. No era exactamente la primera impresión que había planeado dar, pero, si lo pensaba bien, la mayoría de mis mejores decisiones las había tomado sin tiempo para darles demasiadas vueltas.

La casita estaba oculta tras un seto de rosales silvestres, toda revestida de tablillas desgastadas por el tiempo y con molduras blancas que gritaban «alquiler de verano» a los cuatro vientos, pero en el buen sentido. Podía oír el mar desde la verja de entrada, lo que significaba que la parte de atrás de la casa probablemente tenía unas vistas perfectas.

Un punto para las decisiones espontáneas.

Llamé a la puerta y comprobé mi reflejo en la ventana. La camiseta de tirantes todavía estaba húmeda por la caminata, el bañador había visto días mejores y las chanclas estaban ya para el arrastre. Tenía el pelo con ese aspecto de recién levantado, a pesar de que llevaba seis horas sirviendo copas.

Perfecto. Nada transmite más «soy un inquilino de fiar» que aparecer con pinta de vagabundo de playa.

La puerta se abrió y me encontré cara a cara con un tío *muy, pero que muy, mono* que supuse que era Jamie Brennan. En persona era incluso más pulcro de lo que sus correos electrónicos daban a entender. Camisa blanca de botones impecable, chinos perfectamente ajustados y un pelo que, a todas luces, se había peinado a conciencia, y no a base de aire salado y buena suerte. Parecía salido de un catálogo de «cómo ser un adulto responsable».

—¿Ty Callahan? —Su voz era cautelosa, mesurada, el tipo de tono que usas cuando intentas decidir si la persona que tienes en la puerta quiere venderte algo o le está echando un ojo a la casa para robarla.

—El mismo —dije, mostrando mi mejor sonrisa de atención al cliente, esa que solía conseguirme buenas propinas y números de teléfono garabateados en servilletas—. Siento llegar un poco tarde. El curro ha sido una locura, y he pensado que era mejor llegar sudado que llegar tarde.

Parpadeó, mirándome a través de sus gafas de montura metálica, y percibí un atisbo de algo que podría haber sido diversión antes de que su expresión volviera a una neutralidad educada.

—Claro. Bueno, pasa.

El interior de la casa era exactamente lo que me había esperado de alguien que escribía correos electrónicos como si fueran un manual de instrucciones. Todo estaba limpio, ordenado y colocado con una precisión que hizo que, de repente, fuera consciente de hasta la última miga que había dejado en una encimera en toda mi vida. El salón tenía unas estanterías empotradas repletas de lo que parecía literatura de verdad, no los libros de bolsillo de Stephen King que me estaba leyendo yo ese verano.

—Esta es la sala de estar —dijo Jamie, señalando a su alrededor como si estuviera haciendo una visita guiada por un museo—. Por lo general, prefiero mantener un nivel de ruido razonable, sobre todo después de las diez de la noche.

Asentí, intentando parecer alguien que alguna vez se había ido a la cama voluntariamente antes de la medianoche. Los libros

volvieron a llamarme la atención y me acerqué para verlos mejor. Estaban ordenados por colores, lo que me pareció o bien la cosa más obsesiva que había visto en mi vida, o una genialidad. O quizá ambas cosas.

—¿Te los has leído todos? —pregunté, con genuina curiosidad.

—La mayoría. —Se ajustó las gafas y me di cuenta de que le salían unos hoyuelos al fruncir el ceño, como si su cara no pudiera decidirse a ponerse seria del todo—. ¿Lees mucho?

—Cuando encuentro tiempo. —Saqué una copia gastada de *En el camino* del bolsillo trasero—. Ahora estoy con este. Me parecía apropiado para el verano.

Algo cambió en su expresión, apenas un matiz, pero lo capté. Quizá no era un caso perdido a sus ojos.

—La cocina —continuó, guiándome por un pasillo hasta un espacio pequeño pero funcional. Cada superficie estaba impoluta, cada electrodoméstico en su sitio. Tuve una visión repentina de mi rutina habitual para desayunar, que consistía en comer cereales directamente de la caja de pie junto al fregadero.

—Suelo cocinar por las mañanas —dijo Jamie—, así que si necesitas usar la cocina, es mejor por las tardes o por las noches.

—Sin problema. De todas formas, yo suelo estar en el trabajo durante el turno de cenas. —Me apoyé en la encimera, intentando proyectar esa confianza despreocupada que da a entender que, por supuesto, soy el tipo de persona que limpia lo que ensucia—. ¿Y tú en qué trabajas?

—Dirijo Port Reads, la librería de la calle Commercial.

Claro que sí. Debería haberlo adivinado por la biblioteca organizada por colores y por su forma de hablar, como si estuviera narrando un documental sobre el correcto mantenimiento del hogar.

—Qué guay. Me encanta esa tienda. Aún no he entrado este verano, pero pasé mucho tiempo allí de niño, cuando venía a visitar a mi tía.

—¿Tu tía vive aquí?

—Patricia Williams. Quizá la conozcas, lleva aquí toda la vida.

Jamie enarcó ligeramente las cejas.

—¿La reverenda Williams es tu tía?

—Mi tía abuela, para ser exactos. Pero sí, fue ella la que me convenció de que pasara el verano aquí en vez de volver a Boston. —Sonreí—. Dijo que necesitaba «encontrarme a mí mismo» o alguna otra cosa igual de aterradora.

Por primera vez desde que había llegado, Jamie pareció genuinamente sorprendido.

—La mencionó en su carta de recomendación. No había caído en la cuenta.

—Espero que dijera cosas buenas.

—Dijo que eras «un chico vivaz, pero fundamentalmente decente» —la comisura de sus labios se curvó hacia arriba—. No estaba del todo seguro de qué significaba.

—Significa que soy la alegría de la fiesta, pero que no te voy a robar nada —respondí con un guiño que le arrancó a Jamie una risa de verdad, sincera.

Empezaba a caerme bien este tío, con su fachada estirada y todo. Había algo debajo de toda esa cortesía mesurada, un atisbo de una personalidad real que intentaba abrirse paso.

—Deja que te enseñe la habitación —dijo, y lo seguí por un corto pasillo.

El dormitorio de invitados era pequeño pero luminoso, con una ventana que daba a la parte trasera de la propiedad. Podía ver un trozo de océano entre las casas vecinas, y la luz de la tarde hacía que todo pareciera cálido y acogedor.

—Este sería tu espacio —dijo Jamie, de pie en el umbral como si temiera entrar en la habitación—. Hay una cómoda, obviamente, y espacio en el armario. El baño es compartido, pero yo suelo haber terminado a las siete de la mañana.

Caminé hacia la ventana y contemplé las vistas. A lo lejos distinguí la curva de las dunas y a un puñado de gente paseando perros por la playa. No era el sitio más lujoso en el que había vivido, pero de alguna manera sentía que encajaba. Que estaba en mi sitio. Como el tipo de lugar en el que de verdad se puede respirar.

—Es perfecta —dije, y lo decía en serio. Este sitio era la leche.

Me aparté de la ventana y lo pillé observándome con una expresión que no supe interpretar.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Tres años. Es tranquilo, en general. Bueno para leer.

—Y ahora estás pensando en dejar que alguien como yo altere toda esa paz y tranquilidad.

—Algo así. —Se cruzó de brazos y me fijé en cómo la camisa se le tensaba ligeramente en el pecho. El tío estaba bastante más cachas de lo que su ropa pulcra dejaba entrever—. ¿Puedo preguntar por qué buscas alojamiento tan tarde? La mayoría de la gente lo tiene todo cerrado en abril.

Buena pregunta. Podría haberle hablado del trabajo en Boston que se fue al traste, o de la relación que implosionó de forma espectacular, o de la sensación general de tener treinta años y todavía no tener ni idea de qué estaba haciendo con mi vida. En su lugar, opté por la versión simplificada.

—Cambio de planes. A veces hay que dejarse llevar, ¿sabes?

Asintió lentamente, como si estuviera archivando esa información para analizarla más tarde.

—¿Y trabajas en The Shell & Shaker?

—Subencargado, técnicamente. Aunque casi siempre me dedico a poner copas e intentar mantener la calma cuando el ambiente se caldea. —Me apoyé en el marco de la ventana, disfrutando de la sensación de la brisa en la piel—. Es un buen trabajo. Paga las facturas, conoces a gente interesante.

—No me cabe duda. —Había algo en su tono que sugería que tenía una opinión sobre el tipo de gente que frecuentaba los bares de la calle Commercial, y probablemente no era del todo positiva.

—Deberías pasarte alguna vez —le ofrecí, porque, por qué no forzar un poco la suerte. —La primera copa corre de mi cuenta.

Las mejillas de Jamie se sonrojaron ligeramente y desvió la mirada.

—No soy muy de bares.

—¿Y qué tipo de persona eres?

La pregunta pareció pillarlo por sorpresa. Abrió la boca, la volvió a cerrar y finalmente se decidió por:

—Una persona tranquila, supongo.

—La tranquilidad no tiene nada de malo. —Y lo decía en serio. Había algo atractivo en la idea de volver a casa después de una noche de caos y ruido y encontrar a alguien que prefería los libros a la cháchara—. Mira, sé que desde tu punto de vista esto es probablemente una idea terrible. Un camarero cualquiera aparece en tu puerta con pinta de haber salido arrastrándose del mar, pidiendo permiso para instalarse en tu tranquilo santuario de libros. Pero soy limpio, soy responsable y te prometo que no daré ninguna fiesta.

—¿Y las visitas?

—Depende de a qué te refieras con «visitas».

Su sonrojo se intensificó.

—Solo me refería a si va a haber gente entrando y saliendo a todas horas.

—No va a haber un ir y venir de gente, si es eso lo que te preocupa. Últimamente voy bastante por libre. —Estudié su cara, intentando leer la mezcla de emociones que se dibujaban en sus rasgos—. ¿Qué me dices? ¿Merece la pena el riesgo?

Jamie se quedó en silencio un buen rato, mirando por la ventana como si el océano pudiera ofrecerle algún tipo de guía divina. Cuando por fin volvió a mirarme, había algo diferente en su expresión. Menos a la defensiva, quizá.

—Probemos una semana —dijo—. A ver qué tal va.

Sentí que una sonrisa se extendía por mi cara.

—¿En serio?

—En serio. Pero hay reglas.

—Dispara.

—Nada de invitados que se queden a dormir sin avisar con antelación. Nada de música después de las diez de la noche. Limpia lo que ensucies en las zonas comunes. Repón lo que gastes. —Hizo una pausa y luego añadió—: Y quizá la próxima vez, intenta llegar con un aspecto un poco más de adulto funcional.

Me eché a reír, y me sorprendió ver que sus hoyuelos hacían otra aparición.

—Trato hecho. ¿Cuándo puedo mudarme?

—Mañana mismo, si quieres. El primer mes de alquiler se paga por adelantado.

—Perfecto. —Le tendí la mano, y tras un instante de vacilación, me la estrechó. Su palma estaba caliente y probablemente era más suave que la mía, lo que tenía sentido dadas nuestras respectivas profesiones.

—O esto va a salir genial, o uno de los dos va a acabar sirviendo de mal ejemplo —dije.

—Yo me inclino más por lo segundo —replicó Jamie, pero había algo casi cariñoso en su voz.

Mientras me dirigía de nuevo hacia la puerta, eché un último vistazo a su salón cuidadosamente organizado e intenté imaginar cómo se vería con mis pocas posesiones esparcidas por ahí. Libros sobre surf mezclados con su ficción literaria. Mi colección de camisetas de grupos vintage colgada junto a sus camisas planchadas. El caos y el orden de dos personas muy diferentes tratando de compartir el mismo espacio.

Iba a ser un desastre, o la mejor decisión que había tomado en todo el verano.

De pie, en su porche, con el sonido del océano de fondo, apostaba por lo segundo.

3

JAMIE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Ty se instaló con una única bolsa de deporte, una tabla de surf que medía fácilmente el doble que mi pasillo y lo que parecían ser cuatro calcetines desparejados. Lo observé desde la ventana de la cocina mientras forcejeaba para sacar la tabla de su destartalado Honda Civic, casi cargándose las preciadas hortensias de la señora Santos en el intento. Me pilló mirándolo y me dedicó esa sonrisa que ya empezaba a resultarme peligrosamente familiar.

—¡Espero que no te importe compartir el sitio con Betsy! —gritó, echándose la tabla al hombro.

—¿Betsy?

—Mi tabla. Tiene mucha personalidad.

Abrí la puerta y me arrepentí al instante. No había forma humana de que aquel trasto pasara por el umbral de mi puerta, cuidadosamente medido, sin una compleja maniobra geométrica que probablemente implicaría mover muebles.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Ty alegremente, como si me leyera la mente—. En el peor de los casos, puede vivir en el porche. Está acostumbrada a las duras.

Veinte minutos más tarde, mi salón parecía haber sido golpeado por un desastre natural muy específico. Uno que implicaba equipamiento de playa y un ligero olor a protector solar de coco. De

algún modo —y todavía no tenía muy claro cómo—, Ty había conseguido meter la tabla en casa y ahora estaba apoyada contra mi estantería como una especie de signo de exclamación de fibra de vidrio.

«Esto es temporal», me dije, viendo a Ty desaparecer en su habitación con la bolsa de deporte. «Ocho semanas. Puedo sobrevivir ocho semanas a cualquier cosa».

Al segundo día, había empezado una lista en el móvil titulada «Razones por las que me arrepiento de esto». Estaba creciendo más rápido de lo que había previsto.

Número 1: Deja los posos del café en la cafetera de émbolo. No al lado. Dentro.

Número 2: Cree que «doblado» y «dejado caer sin más» significan lo mismo.

Número 3: No ha conocido una superficie sobre la que no pudiera dejar algo.

Número 4: Ha usado mi toalla buena. La de algodón egipcio de color marfil que guardaba para las visitas de verdad.

Descubrí esto último el miércoles a las siete y cuarto de la mañana, cuando entré en el baño y me encontré mi toalla impoluta colgando ligeramente torcida del gancho, con la inconfundible humedad del uso reciente. Me quedé allí un minuto entero, mirándola como si fuera a darme una explicación por sí sola.

—¿Jamie? ¿Todo bien ahí dentro? —La voz de Ty llegó a través de la puerta, despreocupada y sin el menor atisbo de arrepentimiento.

—Perfectamente —respondí, con la voz solo un poco estrangulada—. De maravilla.

Número 5: Tararea. Constantemente. Normalmente canciones que reconozco pero que no consigo identificar, lo que hace que sea imposible ignorarlas.

Número 6: Dejó los platos en el fregadero, no al lado. Como si la distinción no fuese crucial para mantener la civilización básica.

Número 7: Reorganizó el salón «solo para ver qué tal quedaba». Sin preguntar.

Número 8: Mete arena. Por todas partes. Incluso en sitios donde la arena no tiene ninguna razón lógica para estar, como en la cafetera.

Número 9: Preparar batidos sin camiseta a las 7:13 de la mañana.

El número nueve lo añadí el jueves por la mañana, cuando entré a trompicones en la cocina, todavía con los ojos legañosos y una necesidad desesperada de cafeína, y me encontré a Ty de pie junto a mi batidora, vestido únicamente con un bañador y una expresión de intensa concentración. Estaba de espaldas a mí: hombros anchos que se estrechaban hasta una cintura delgada, la piel dorada por demasiadas horas al sol, cada músculo moviéndose con suavidad mientras alargaba el brazo para coger el mango congelado que me había comprado para mí.

Me quedé allí plantado como un idiota, con la taza en la mano, observando cómo la luz de la mañana que entraba por la ventana de la cocina jugaba en sus omóplatos, hasta que el estruendo de la batidora me devolvió a la realidad. Llevaba mirándolo al menos cinco segundos, quizá más. Lo suficiente como para fijarme en cosas en las que no tenía ningún derecho a fijarme.

—Buenos días —dijo Ty por encima del ruido, volviéndose con esa sonrisa fácil—. ¿Quieres un poco? He hecho de más.

—No, gracias —acerté a decir, concentrándome intensamente en la cafetera—. Soy más de café.

—Ah, claro. Por supuesto. —Apagó la batidora y, de todas formas, sirvió el batido en dos vasos, deslizando uno por la encimera hacia mí—. Por si cambias de opinión.

No cambié de opinión, pero tampoco moví el vaso. Se quedó en la encimera el resto de la mañana, un recordatorio de color morado pálido de que Ty Callahan era el tipo de persona que hacía de más incluso cuando le decías que no.

Número 10: Hace batido de más incluso cuando se le dice explícitamente que no lo haga.

Número 11: Deja dicho batido en la encimera como parte de una especie de campaña de amabilidad pasivo-agresiva.

Pero la cuestión —y esta era la parte que de verdad empezaba a molestarme— es que en realidad no era tan malo. Desordenado, sí. Una absoluta perturbación para mis rutinas cuidadosamente mantenidas, también. Pero recogía lo que ensuciaba, con el tiempo. Reponía el café cuando lo terminaba. Incluso compró un jabón de lujo para el baño después de gastar el mío, uno que olía a salvia y sal marina y que probablemente era más caro que el que compraba yo normalmente.

Y había otras cosas. Pequeños detalles que no dejaban de pillarme con la guardia baja.

Como que tarareaba mientras fregaba los platos, totalmente desafinado pero, de algún modo, sin resultar molesto. O cómo había empezado a dejarme el café bueno por las mañanas, aunque yo nunca se lo había pedido. O cómo su risa resonaba por el pasillo a horas intempestivas, normalmente durante llamadas telefónicas con alguien que lo hacía sonar más ligero, más joven, como una versión diferente de sí mismo.

El viernes por la tarde, lo encontré en el porche leyendo un libro. No mirando el móvil ni escuchando música, sino leyendo de verdad. Era un libro de bolsillo destartalado con una cubierta que parecía haber sobrevivido a varias temporadas de playa, y estaba completamente absorto en él, con los pies apoyados en la barandilla, ajeno a la multitud de turistas que pasaban por Bayberry Lane.

—No sabía que leías —dije, acomodándome en la otra silla con mi propio libro: uno de Celeste Ng que había estado guardando para un momento de tranquilidad.

—Placer culpable. —Levantó la portada—. Ciencia ficción de la mala.

—La ciencia ficción no tiene nada de malo.

—Esta va de piratas espaciales que se enamoran de sus cautivos. Varios cautivos. Es bastante mala.

Sentí que se me dibujaba una media sonrisa.

—Suena históricamente riguroso.

Ty se rio, un sonido cálido y genuino.

—¿A que sí? Por fin alguien con una visión realista del romance de piratas.

Nos sumimos en un silencio cómodo, ambos leyendo, el lejano sonido de las olas mezclándose con la ocasional carcajada que llegaba de Commercial Street. Era agradable, me di cuenta. Incluso apacible. El tipo de tarde que había imaginado cuando decidí alquilar la habitación libre, allá por cuando pensaba que encontraría a algún académico tranquilo que apreciaría mi colección de libros y respetaría mi necesidad de orden.

En su lugar, me había tocado un barman obsesionado con el surf que no sabía doblar bien la colada pero tenía opiniones sobre los piratas espaciales. Y, de algún modo, contra toda lógica, la cosa funcionaba.

—¿Jamie?

—¿Sí?

—Gracias por darme una oportunidad. Sé que probablemente no soy lo que tenías en mente.

Lo miré. Seguía con la vista en su libro, pero había algo diferente en su postura. Menos de esa confianza despreocupada y más incertidumbre.

—Definitivamente no eres lo que tenía en mente —admití.

—¿Pero?

—Pero… —Consideré cómo terminar esa frase. ¿Pero no eres terrible? ¿Pero eres sorprendentemente considerado cuando te acuerdas de serlo?

—Pero solo han pasado cuatro días —dije en su lugar—. Pregúntame otra vez en una semana.

Él sonrió ante aquello, y la incertidumbre desapareció tan rápido como había aparecido.

—Me parece justo. Aunque, que conste, soy bastante encantador cuando te acostumbras a mí.

—Te tomo la palabra.

—No tienes por qué. Pienso demostrártelo.

Hubo algo en su forma de decirlo que hizo que se me calentaran las mejillas. Algo que sonaba menos a una broma amistosa entre compañeros de piso y más a… otra cosa completamente distinta.

Volví a hundir la nariz en mi libro e intenté ignorar cómo se me había acelerado el pulso. Este era exactamente el tipo de

complicación que había estado tratando de evitar. Ty era mi inquilino, nada más. Una molestia temporal que se iría para principios de septiembre, dejándome volver a mi vida pacífica y bien organizada.

El hecho de que tuviera unos hombros muy bonitos y supiera cómo hacerme reír era completamente irrelevante.

Número 12: De algún modo, consigue que leer ciencia ficción mala parezca intelectualmente sofisticado.

Número 13: Dice cosas como «Pienso demostrártelo» de una forma que hace que la gente perfectamente razonable se olvide de cómo respirar bien.

Cerré el móvil sin guardar la lista. Quizá le estaba dando demasiadas vueltas. Quizá Ty solo estaba siendo amable, como probablemente lo era con todo el mundo. Se supone que los camareros son encantadores, ¿no? Es parte de los requisitos del puesto.

—¿Qué lees? —preguntó, señalando mi libro con la cabeza.

—*Pequeños fuegos por todas partes*. Trata de…

—¿Secretos suburbanos y la complejidad de las decisiones morales? —Ahora sonreía, con esa expresión ligeramente burlona que empezaba a reconocer—. Lo leí el verano pasado. Es un libro genial.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Has leído a Celeste Ng?

—Leo muchas cosas. ¿Sorprendido?

—Un poco —admití.

—Piratas espaciales y ficción literaria —dijo Ty solemnemente—. Soy un hombre de gustos diversos.

Y ese, me di cuenta, era el verdadero problema. No el batido, ni la cama sin hacer, ni la arena en lugares imposibles. El problema era que Tyler Callahan estaba resultando ser interesante de maneras que no había esperado. Maneras que hacían que quisiera saber qué otros libros había leído, qué otras sorpresas escondía detrás de esa sonrisa fácil.

Maneras que hacían que ocho semanas parecieran a la vez una eternidad y un suspiro.

Lo vi volver a sus piratas espaciales, la luz del atardecer realzando los reflejos del sol en su pelo, e intenté con todas mis fuerzas no pensar en dónde me estaba metiendo.

No funcionó.

4

TY

Vivir con Jamie era como aprender un idioma nuevo, uno en el que cada gesto tenía un significado y cada horario era sagrado. Al final de mi primera semana completa, ya había empezado a descifrar el ritmo de su vida, que parecía consistir en un meticuloso despliegue de rutinas.

Las mañanas, por ejemplo. Jamie se levantaba exactamente a las siete, algo que descubrí únicamente porque su despertador penetraba las finas paredes de la casita con una facilidad exasperante. Para cuando yo me arrastraba fuera de la cama sobre las ocho y media, él ya se había adueñado del baño para su elaborado ritual matutino. Había aprendido a esperar, escuchando tras la puerta los sonidos reveladores: el cepillo de dientes eléctrico, el agua corriendo, el suave tintineo de lo que ahora sabía que eran sus productos para la piel, colocados con una precisión milimétrica.

El baño era donde nuestros horarios colisionaban de forma más espectacular. Jamie lo trataba como un espacio de meditación. Yo lo trataba como *un escenario*.

—¿Siempre cantas en la ducha? —me preguntó Jamie el martes por la mañana, apareciendo en el pasillo mientras yo salía envuelto en una nube de vapor, con la toalla alrededor de la cintura y todavía tarareando el estribillo de «Dancing Queen».

—Solo cuando estoy contento —le contesté, sonriendo al ver su expresión de leve espanto—. ¿Prefieres que me ponga en plan intenso? También se me da bien.

—Preferiría el silencio —dijo, pero había algo en su tono que sugería que no estaba realmente molesto. Era más bien como si estuviera intentando descifrarme.

—Anotado. —Hice una pausa en la puerta de mi habitación—. Aunque, que conste que mi popurrí de ABBA es bastante impresionante. Te lo estás perdiendo.

Él negó con la cabeza, pero vi cómo se le contraía la comisura de los labios antes de desaparecer en el baño.

Para el miércoles, ya había usado por accidente lo que resultó ser el limpiador facial de Jamie en lugar del jabón normal. Olía a eucalipto y costaba más que mi presupuesto semanal para la compra, pero joder, me había dejado la piel increíble.

—Tu limpiador facial es una pasada —le comenté mientras tomábamos café, viéndolo quedarse congelado a medio sorbo—. De verdad, te cambia la vida. ¿Qué es, una poción mágica o algo?

Jamie parpadeó, mirándome a través de las gafas.

—¿Has usado mi exfoliante?

—¿El bote azul que hay al lado de la ducha? Sí, lo siento. Puedo reponerlo si…

—No, está… —Dejó la taza sobre la mesa con cuidado—. Está bien. Solo que… ¿la próxima vez podrías preguntar?

—Lo haré. —Sonreí—. Pero en serio, igual tengo que comprarme uno para mí. Nunca he tenido la cara tan suave.

Algo cambió en la expresión de Jamie, una especie de ternura en su mirada.

—Es el ácido salicílico —dijo en voz baja—. Es bueno para… bueno, para todo el mundo, en realidad.

Fue la primera vez que me decía algo sin esa amabilidad cuidada y ligeramente distante. Como si por un segundo se le hubiera olvidado que yo era el elemento caótico que había venido a perturbar su mundo perfecto.

—Bueno, está claro que es bueno si te gusta. Tienes muy buen gusto —dije finalmente, queriendo que supiera que de verdad

estaba agradecido.

—Gracias, Ty —añadió, usando mi nombre en lugar de limitarse a mirarme esperando una respuesta.

Los incidentes del baño fueron solo el principio. Nuestros horarios opuestos nos hacían coexistir en una extraña danza de desencuentros y momentos robados. Yo llegaba a casa de mis turnos en The Shell & Shaker sobre la una de la madrugada, intentando no hacer ruido, pero siempre acababa chocando con algo en la cocina a oscuras. A la mañana siguiente, Jamie se encontraba con las pruebas de mis asaltos nocturnos a la nevera: migas en la encimera, un vaso en el fregadero o el inconfundible aroma del sándwich que me hubiera preparado con sus sobras.

Como respuesta, empecé a encontrarme notas adhesivas. No eran notas de enfado, que quizá habrían sido más fáciles de ignorar, sino obras maestras de la pasivo-agresividad que, de alguna manera, conseguían que me sintiera culpable y divertido a partes iguales.

Los filtros del café viven en el armario de encima de la cafetera. No al lado de la tostadora. —J

Las toallas mojadas en el suelo generan moho. El moho genera problemas. Los problemas generan estrés. —J

Si te acabas la leche, ¿qué tal si lo avisas? Un concepto revolucionario, ya ves. —J

Debería haberme molestado. En lugar de eso, me descubrí esperando las notas de Jamie como si fueran pequeños destellos de su personalidad, cada una revelando un poco más de la persona que se escondía tras todo ese control minucioso.

Lo de la toalla llegó a un punto crítico el jueves. Después de ducharme, la había dejado en el suelo del baño, como siempre, y al volver más tarde la encontré doblada en un cuadrado perfecto sobre mi cama, acompañada de un Post-it que simplemente decía: *Esto no es un hotel. No eres un huésped. Compórtate como tal. —J*.

Esa tarde encontré a Jamie en su sitio de siempre, en el porche, con un libro en la mano y los pies recogidos bajo el cuerpo en la silla de mimbre. Parecía completamente absorto, con las gafas resbalándole por la nariz y una mano apartándose distraídamente un

mechón de pelo de detrás de la oreja. Hubo algo en esa imagen que me oprimió el pecho de forma inesperada.

—Oye, lo de la toalla… —empecé a decir.

Levantó la vista, con una expresión cuidadosamente neutra.

—¿Qué pasa con la toalla?

—No es que quiera ser un capullo. Es solo que… a veces se me olvida. Prioridades distintas, supongo.

Jamie me estudió durante un largo rato.

—Prioridades distintas —repitió lentamente.

—Sí. O sea, tú priorizas el orden, la limpieza y… —Hice un gesto vago hacia su perfecta estampa vespertina, que incluía una mesita con su té, un marcapáginas y el estuche de las gafas—. Toda esa estética que te gastas.

—¿Y tú priorizas…?

—¿La supervivencia? —Me reí, acomodándome en la silla de al lado—. No sé, tío. Últimamente, conseguir pasar el día sin cagarla del todo ya me parece un reto suficiente.

Algo brilló en el rostro de Jamie. No era juicio, exactamente. Más bien curiosidad.

—¿Por eso necesitabas la habitación? —preguntó en voz baja—. ¿Por supervivencia?

La pregunta me pilló por sorpresa. Había sido deliberadamente ambiguo sobre mi situación con la vivienda, en parte porque la verdad era complicada y en parte porque Jamie parecía el tipo de persona que querría detalles que no estaba preparado para compartir.

—Algo así —dije al final.

Nos quedamos en silencio un rato. El sonido lejano del bullicio vespertino de Commercial Street se mezclaba con el romper rítmico de las olas. Jamie volvió a su libro, pero lo pillé mirándome de vez en cuando, como si intentara resolver un puzle.

—¿Qué lees? —le pregunté al cabo de un rato.

—A Ocean Vuong —respondió, mostrándome la portada—. Poesía.

—¿Está bien?

—Es precioso. Desgarrador. De esa clase de escritura que te hace recordar por qué importan las palabras. —Hizo una pausa—. No es precisamente material para piratas espaciales.

Sonreí.

—Oye, los piratas espaciales también tienen sentimientos. Probablemente.

—Lo dudo —dijo Jamie, pero casi sonreía—. Los piratas espaciales están demasiado ocupados saqueando como para reflexionar sobre la mortalidad.

—Te sorprendería. Algunas de las mejores crisis existenciales ocurren en pleno saqueo.

Esta vez, Jamie se rio de verdad, una risa auténtica que le transformó el rostro por completo. Por un segundo pareció no tener ninguna coraza, más joven de alguna manera, y me pregunté qué haría falta para que se riera así más a menudo.

—Eres ridículo —dijo, negando con la cabeza.

—Prefiero «encantadoramente poco convencional».

—Desde luego, yo no lo llamaría así.

Para el viernes, ya había empezado a prestar atención a las rutinas de Jamie con una fascinación casi científica. Solo su ritual del té matutino era un estudio de precisión: el agua calentada a la temperatura exacta, las hebras de té medidas con exactitud milimétrica y el tiempo de infusión controlado con la concentración de una cuenta atrás de la NASA. Prefería el Earl Grey entre semana, la manzanilla por las noches y algo floral los fines de semana por la mañana que hacía que toda la cocina oliera a jardín.

Su ritual nocturno era aún más elaborado. Sobre las siete y media, sin importar lo que estuviera haciendo, Jamie desaparecía en su habitación y salía en pijama. Y no un pijama cualquiera, sino una colección de conjuntos perfectamente coordinados que parecían seleccionados por alguien que se tomaba la ropa de dormir muy en serio. El ritual parecía marcar una especie de transición del Jamie diurno al Jamie nocturno.

Empecé a calcular mis llegadas del trabajo para poder echarle un vistazo al Jamie nocturno. Me sentía un poco como un intruso, pero no podía evitarlo. Había algo en verlo acomodarse en su yo más

auténtico, con los pies recogidos en el sofá, el libro apoyado en las rodillas, completamente absorto en su lectura.

—¿Siempre te pones el pijama antes de que se ponga el sol? —le pregunté el jueves por la noche, pillándolo en el umbral de su habitación con unos pantalones de algodón gris claro y una camiseta desvaída de la Universidad de Nueva York.

Jamie se detuvo, con un aire ligeramente avergonzado.

—Es cómodo.

—No te estoy juzgando. De hecho, es bastante… —Busqué la palabra adecuada—. Civilizado. Como si declararas el día de trabajo oficialmente terminado.

—Algo así. —Se movió, de repente cohibido—. Marcus solía decir que era raro.

—Marcus me da que no sabía apreciar los pequeños placeres de la vida.

La expresión de Jamie se suavizó.

—La verdad es que no.

El sábado por la mañana trajo una novedad en nuestras continuas negociaciones por el baño. Yo me había metido primero en la ducha, esperando la habitual rutina de «esperar y fulminar con la mirada» de Jamie. En lugar de eso, llamó a la puerta a mitad de enjabonada.

—¿Ty? Siento interrumpir, pero hoy tengo que llegar pronto a Port Reads. Viene un autobús de turistas a las nueve.

—Dame dos minutos —le grité, apresurándome a aclararme.

—Gracias. Te debo una.

Cuando salí, Jamie estaba esperando en el pasillo con su toalla y su neceser, con un aspecto inusualmente nervioso. Tenía el pelo alborotado por detrás y no llevaba las gafas, lo que le hacía parecer más joven y, de alguna manera, más vulnerable.

—Todo tuyo —dije, apartándome.

—Gracias. —Se detuvo en la puerta del baño—. Oye, Ty. ¿Podrías mantener lo de ABBA al mínimo hoy? La señora Chen, la vecina, ha mencionado algo sobre conciertos a primera hora de la mañana.

Sentí que se me calentaban las mejillas.

—Claro. Entendido. Solo actuaciones de ducha aptas para vecinos.

—Te lo agradezco.

Pero mientras Jamie cerraba la puerta del baño, habría jurado que le oí tararear «Dancing Queen» por lo bajo.

Esa tarde pasé por Port Reads durante el turno de Jamie. La tienda estaba abarrotada de turistas que cotilleaban las recomendaciones del personal y los expositores de autores locales, pero localicé a Jamie de inmediato detrás del mostrador, ayudando a una anciana a encontrar algo «apropiado para la playa, pero que no fuera chabacano».

Parecía totalmente en su salsa, paciente y experto, guiándola hacia una novela de misterio con un entusiasmo tan genuino que me hizo entender por qué había elegido los libros por encima de cualquier otra carrera que su educación en la NYU le hubiera podido ofrecer. Cuando levantó la vista y me vio, la sorpresa brilló en su rostro, seguida de algo que podría haber sido alegría.

—Vaya, qué casualidad —dije cuando terminó con la clienta.

—No me digas que ya te has terminado lo de los piratas espaciales.

—Aún no. Pero necesitaba un café y he pensado en pasar a ver si tenías alguna recomendación para alguien con, cito textualmente, gustos diversos.

A Jamie se le curvó la boca hacia arriba.

—¿Ficción literaria o más piratas?

—Sorpréndeme.

Desapareció entre las estanterías y regresó con un volumen delgado.

—Prueba con este. Va sobre un camarero.

Leí la contraportada: una novela literaria sobre una mujer que trabaja de camarera en un pequeño pueblo costero, sirviendo copas y coleccionando historias.

—Suena prometedor.

—Está bien —dijo Jamie en voz baja—. Es divertido, triste y real. Creo que podría gustarte.

La forma en que lo dijo, como si mi opinión le importara, hizo que una sensación cálida se me instalara en el pecho.

—Gracias, Jamie.

—No me des las gracias hasta que lo hayas leído.

Pero yo ya le estaba dando las gracias por algo completamente distinto. Por la forma en que había empezado a usar mi nombre, por el esmero que había puesto en elegir algo que creía que me gustaría, por la progresiva ternura en su mirada cuando me miraba.

Por hacerme sentir que quizá, solo quizá, estaba dejando de ser el mero elemento caótico que había venido a perturbar su mundo perfectamente ordenado.

Mientras volvía a Bayberry Lane con la recomendación de Jamie en la mano, me di cuenta de que estaba deseando que llegara esa rutina nocturna que se había vuelto sorprendentemente valiosa: Jamie en pijama, yo con una cerveza, los dos leyendo en un cómodo silencio en el porche mientras el caos veraniego de Provincetown bullía a nuestro alrededor.

5

JAMIE

Tres semanas. Habían pasado exactamente tres semanas desde que Ty se instaló en mi habitación de invitados y yo estaba a punto de perder la cabeza. No porque fuese un compañero de piso horrible; eso habría sido más fácil. Lo horrible lo habría podido sobrellevar. Lo horrible era predecible, manejable, algo contra lo que podía levantar muros.

No, Ty era peor que horrible. Ty era *encantador*.

Me quedé mirando el medio cruasán que reposaba sobre mi plato azul favorito, el que había comprado en el mercado de productores el verano pasado después de convencerme de que me merecía un plato bonito para el desayuno. Ty lo había dejado allí esa mañana con un post-it: *Por si te saltas el desayuno otra vez. –T*

El hecho de que se hubiera fijado en mis costumbres mañaneras ya era bastante irritante. El hecho de que hubiera tenido un detalle al respecto hacía que se me oprimiera el pecho de una forma que me negaba a analizar.

Cogí el cruasán, diciéndome que solo me lo comía para no tirarlo. Estaba perfectamente hecho, con el punto justo de mantequilla, y todavía tibio del horno de Angel Foods, porque por supuesto que lo había comprado en la mejor pastelería del pueblo.

El móvil vibró: un mensaje de mi hermana Sarah, desde Boston. *¿Qué tal el compañero de piso? ¿Te sigue volviendo loco?*

Miré el mensaje, intentando formular una respuesta que no requiriese explicar por qué me había pasado veinte minutos esa misma mañana limpiando la estantería solo para no ver a Ty prepararse el café sin camiseta. Otra vez.

Bien, le escribí. *Llevadero.*

Era mentira, pero era más sencillo que la verdad. La verdad era que Ty, de alguna manera, había empezado a infiltrarse en los cuidadosos límites que yo había trazado alrededor de mi espacio, de mi rutina. Qué narices, hasta de mi cordura. Había intentado crear un mapa mental de nuestro territorio compartido: el pasillo era neutral, el porche era de uso común y el cuarto de baño era una zona de guerra en la que contenía la respiración e intentaba no pensar en cómo el vapor se adhería al espejo después de sus duchas.

Pero el mapa me estaba fallando. La presencia de Ty se estaba filtrando en lugares donde no pintaba nada.

Como la cocina a las nueve de la mañana, donde estaba de pie junto a los fogones haciendo huevos, *todavía solo con el pantalón del pijama*, tarareando algo que sonaba a Fleetwood Mac. Tarareaba sin darse cuenta, una banda sonora inconsciente para sus movimientos que me estaba volviendo loco poco a poco. Esa mañana había sido *Go Your Own Way* y me había sorprendido a mí mismo prestando atención al puente de la canción mientras fingía leer el periódico.

No le mires los hombros, me había dicho, agarrando mi taza de café con más fuerza. *No te fijes en cómo se le mueven los músculos de la espalda cuando coge la sal. No pienses en la pequeña cicatriz que tiene debajo de la mandíbula y en la que te fijaste ayer mientras se reía de algo en el móvil.*

Pero le había mirado de todos modos. Y había pensado en ello de todos modos. Y me había odiado por ambas cosas.

La situación del cuarto de baño se había vuelto especialmente problemática. Ty se daba duchas largas, de esas que llenaban todo el espacio de vapor y dejaban el espejo completamente empañado.

Ayer había entrado después para lavarme los dientes y me había encontrado mirando mi propio reflejo borroso mientras intentaba no pensar en lo que había estado ocurriendo al otro lado de esa mampara de cristal diez minutos antes.

Era ridículo. Tenía treinta y tres años, por el amor de Dios. Debería tener más control sobre mis propios pensamientos.

Pero Ty hacía que el control fuera imposible. Existía en un estado constante de dejadez informal que no debería resultar atractivo, pero que lo era sin la menor duda. Su pelo siempre parecía como si acabase de salir de la cama o se hubiera pasado las manos por él, sus camisetas siempre parecían quedarle perfectas y tenía una forma de moverse por el espacio como si encajara en cualquier lugar al que fuera.

Lo contrario que yo, vamos. Yo encajaba en bibliotecas, librerías y rincones tranquilos donde la gente se metía en sus asuntos. Ty encajaba en todas las demás partes.

Me terminé el cruasán y fregué el plato azul, colocándolo con cuidado de vuelta en el armario. Cuando me di la vuelta, Ty estaba en el umbral de la cocina con una camiseta de tirantes del Red Inn y un bañador tipo bermuda, con las llaves del coche en la mano.

–Buenos días –dijo, sonriendo–. ¿Estaba bueno el cruasán?

–No estaba mal.

–¿Solo «no estaba mal»? –Parecía genuinamente dolido–. Se lo diré a Miguel, el de Angel Foods. Le vas a romper el corazón.

–Estaba bueno –admití a regañadientes–. Gracias.

–¿Ves? ¿Tanto te costaba? –Su sonrisa se ensanchó y sentí de nuevo ese molesto aleteo en el pecho–. Hoy me voy a trabajar antes. Turno de día para una fiesta privada en un yate. Muy elegante y con muchas propinas.

–Suena… lucrativo.

–Eso espero. ¿Y tú? ¿Hoy toca Port Reads?

–Esta tarde. Ellen cubre el turno de la mañana.

Ty asintió y luego vaciló, como si quisiera decir algo más.

–Oye, si alguna vez te apetece salir de casa, podrías pasarte por el bar. Preparo unos mojitos cojonudos.

–La verdad es que no suelo beber durante el día.

–Claro. Por supuesto. Muy sensato. –Seguía sonriendo, pero algo había cambiado en su expresión–. Bueno, la oferta sigue en pie.

Cuando se fue, intenté retomar mi rutina habitual de los sábados: café en el porche, el periódico y quizás un poco de lectura antes de trabajar. Pero no podía concentrarme. No dejaba de pensar en la cara que había puesto Ty cuando rechacé la invitación, como si hubiera esperado una respuesta diferente.

Lo cual era absurdo. ¿Por qué iba a querer sentarme en un bar a verle trabajar? ¿A verle engatusar a turistas y a trabajadores de temporada con esa sonrisa fácil, esos hombros anchos y ese ridículo carisma natural que parecía atraer a la gente como polillas a una llama?

Cogí el libro y me fui a la mesa de la cocina. De todas formas, allí la luz era mejor.

El turno de tarde en Port Reads se suponía que era un refugio, una vuelta al mundo ordenado de la ficción literaria y los expositores de libros cuidadosamente seleccionados. Pero ni siquiera rodeado de la familiar comodidad de las novelas y los libros de gran formato sobre Cape Cod podía dejar de pensar en Ty.

Ellen se dio cuenta de inmediato.

–Hoy estás distraído.

–No me pasa nada.

–Llevas diez minutos mirando esa factura. O es fascinante o tienes la cabeza en otra parte. –Me escrutó por encima de sus gafas de leer–. ¿Cómo va lo del compañero de piso?

¿Por qué todo el mundo me pregunta eso?

–Va bien –dije, obligándome a centrarme en los números–. Se está… adaptando bien.

–¿Es guapo?

Casi se me cae la factura.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Jamie. –La voz de Ellen era suave pero cómplice–. Llevo quince años al frente de esta tienda. Sé reconocer la ansiedad que provoca la atracción a la legua.

–No hay ni ansiedad ni atracción.

–Ajá. –No parecía convencida–. Oye, que no pasa nada por que tu compañero de piso te parezca atractivo. No es un fallo moral.

–Ellen…

–Solo digo que la vida es corta, el verano en Ptown es más corto todavía, y tú te pasas demasiado tiempo metido en tu cabeza.

Pero ese era exactamente el problema. *Estaba* pasando demasiado tiempo metido en mi cabeza, y la mayor parte de ese tiempo estaba ahora ocupada por pensamientos sobre Ty. La forma en que cantaba en la ducha. La forma en que dejaba pequeños gestos considerados por la casa como si intentara cuidarme. La forma en que me miraba a veces, como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas.

No quería ser el rompecabezas de nadie. Y, desde luego, no quería sentirme atraído por mi compañero de piso temporal, que desaparecería después del Labor Day como todos los demás veraneantes, dejándome a solas con las secuelas.

Lo inteligente sería mantener la distancia. Cingirme a los límites. Tratar esto como el acuerdo de negocios que se suponía que era.

El problema era que mantener esos límites era cada día más difícil.

Cuando llegué a casa del trabajo, la casa olía a ajo y a alguna hierba aromática. Ty estaba en la cocina cocinando de verdad, no recalentando restos de pizza ni preparando uno de sus habituales y cuestionables batidos. Se había quitado la ropa de trabajo y se había puesto una camiseta gris de tela suave y unos vaqueros oscuros, y tenía el pelo todavía húmedo, como si se acabara de duchar.

–Hola –dijo sin darse la vuelta–. ¿Qué tal en la librería?

–Con mucho lío. Turistas comprando lecturas para la playa. –Me quedé flotando en el umbral, sin llegar a entrar en la cocina, pero incapaz de obligarme a irme–. ¿Qué haces de comer?

–Pasta con ajo y hierbas. Nada especial. –Echó un vistazo por encima del hombro–. Hay de sobra, por si quieres.

Debería haber dicho que no. Debería haber cogido un sándwich y haberme retirado a mi habitación o al porche. En lugar de eso, me encontré sentado a la mesa de la cocina con un libro abierto,

fingiendo leer mientras en realidad observaba a Ty moverse junto a los fogones.

Cocinaba como hacía todo lo demás, con una confianza natural y sin aparente estrés. Cuando se estiró para coger los platos del armario, la camiseta se le subió un poco y dejó al descubierto una franja de piel bronceada por encima de los vaqueros. Cuando se giró para escurrir la pasta, el vapor reflejó la luz que entraba por la ventana e hizo que su pelo pareciera casi plateado.

Y cuando me puso un plato delante sin preguntar si había cambiado de opinión sobre la cena, algo cálido y peligroso se instaló en mi pecho.

–Huele de maravilla –dije, porque era verdad y porque el silencio parecía más revelador que la conversación.

–Receta familiar. Bueno, en realidad, de Patricia. Me enseñó cuando tenía dieciséis años.

–¿Tu tía abuela cocina?

–Patricia hace de todo. Cocina, cuida el jardín, da consejos sobre relaciones, los quieras o no. –Se sentó frente a mí con su propio plato–. La verdad es que creo que le caerías bien.

–¿Por qué dices eso?

–A los dos os gusta el orden. Y los dos tenéis opiniones muy firmes sobre la forma correcta de doblar las toallas.

A mi pesar, sonreí.

–Es que hay una forma correcta de doblar las toallas.

–¿Ves? Patricia le daría el visto bueno. –Ty le dio un bocado a la pasta, pensativo–. También te diría que te relajaras más.

–¿Por qué todo el mundo cree que necesito relajarme?

–Porque acumulas la tensión en los hombros como si llevaras el peso del mundo sobre ellos. Y porque desayunas de pie junto al fregadero, eso si desayunas. Y porque reorganizas las cosas cuando estás estresado.

Sentí que se me subían los colores a la cara.

–Yo no reorganizo las cosas.

–Jamie. Ayer recolocaste la estantería por fecha de publicación.

–Es un sistema de organización perfectamente lógico.

–También es la tercera vez que la reorganizas desde que me mudé.

El hecho de que hubiera estado prestando atención a mis costumbres era desconcertante. El hecho de que pareciera encontrarlas entrañables en lugar de molestas era peor.

–A lo mejor es que simplemente me gusta el orden –dije a la defensiva.

–Puede ser. O puede que estés intentando controlar algo porque todo lo demás te parece un caos. –Su voz era suave, sin tono de burla–. No pasa nada por sentirse un poco descolocado, ¿sabes?

Lo miré fijamente, con el tenedor a medio camino de la boca.

–¿Qué te hace pensar que me siento descolocado?

–Solo una corazonada.

Pero sus ojos eran cómplices, y tuve la incómoda sensación de que Ty veía más de lo que yo quería que viera. Que se había fijado no solo en mi manía de reorganizar las cosas, sino también en cómo me quedaba más tiempo en las habitaciones cuando él estaba allí, en cómo encontraba excusas para quedarme en la cocina cuando él cocinaba, en cómo había empezado a programar mis duchas para después de las suyas solo para poder quedarme de pie en el vapor persistente y fingir que no estaba pensando en él, desnudo y mojado a metro y medio de distancia.

Dios, qué patético era.

–La pasta está buenísima, de verdad –dije, cambiando de tema antes de que mis pensamientos pudieran caer en una espiral hacia un territorio peligroso.

–Gracias. Patricia estaría orgullosa. –La expresión de Ty se suavizó–. Siempre decía que cocinar para alguien era la mejor forma de demostrarle que te importa.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de una implicación que no estaba preparado para analizar. Ty pareció darse cuenta de lo que había dicho, porque de repente se le vio nervioso, como si hubiera revelado más de lo que pretendía.

–Quiero decir, no es que yo… Es solo pasta –tartamudeó–. Había hecho de más, eso es todo.

Pero el daño ya estaba hecho. La cuidadosa distancia que había estado intentando mantener se resquebrajó un poco más, y me quedé allí, sentado frente a mi compañero de piso, irritantemente atento e imposiblemente atractivo, comiendo una cena que sabía a afecto y tratando de no pensar en lo que significaba que se hubiera dado cuenta de que me saltaba el desayuno, que me hubiera dejado medio cruasán en mi plato favorito, que me estuviera mirando en ese mismo instante como si yo pudiera ser alguien que de verdad podría importarle.

Tres semanas más, me recordé. Solo tenía que aguantar tres semanas más sin hacer ninguna estupidez.

El problema era que hacer una estupidez empezaba a parecer cada vez más inevitable.

6

TY

Me desperté con el sonido de Jamie refunfuñando en la cocina, y aquello nunca era buena señal.

La tormenta había descargado en algún momento después de la medianoche; uno de esos chubascos repentinos de verano que convierten Commercial Street en un río y ponen a todo el mundo a correr para cerrar las ventanas. Yo estaba frito cuando empezó a llover y, por lo visto, me había dejado la ventana de la cocina abierta.

Otra vez.

«Increíble», le oí decir a Jamie, seguido por el sonido violento de alguien arrancando hojas del rollo de papel de cocina. «¿Pero a quién se le ocurre dejar una ventana abierta durante una tormenta? Hay agua por todas partes. La encimera, el suelo, mi cafetera...».

Me quedé en la cama un minuto más, escuchándole limpiar mi desastre y sintiéndome como un gilipollas. Era justo el tipo de cosa que le había prometido no hacer cuando aceptó que me quedara. Jamie tenía sus normas por algo, y yo no paraba de olvidar que mi forma relajada de tomarme la vida podía llevarme a ser... poco cuidadoso, a veces.

Tenía que ponerle remedio a eso.

Para cuando por fin me arrastré fuera de la cama, Jamie ya se había ido a trabajar. La cocina estaba impecable, como era de esperar, pero casi podía palpar la irritación que había quedado flotando en el aire, densa como la humedad. Había un pósit nuevo pegado en la ventana: «Las ventanas se cierran cuando llueve».

Justo. Incluso suave. Jamie podría haber dejado una nota mucho más borde y aun así habría tenido toda la razón.

Me quedé mirando la nota un rato y luego la cafetera, que Jamie obviamente había secado y vuelto a colocar en su sitio. Seguramente se habría levantado temprano para secarlo todo antes de irse a la librería, refunfuñando por lo bajo sobre compañeros de piso irresponsables incapaces de tener la más mínima previsión meteorológica.

Lo mínimo que podía hacer era prepararle el desayuno.

Le gustaban los huevos revueltos con cebollino y un poco de feta; me había fijado la única vez que le vi desayunar de verdad. Bebía café solo y bien cargado, siempre en la taza de cerámica blanca con un pequeño desconchón en el asa. Le encantaban las tostadas secas y odiaba la mermelada. No era mucho, pero era suficiente.

Así que me puse a cocinar.

Y no una disculpa chapucera y medio quemada. Un desayuno en condiciones. Huevos revueltos a fuego lento con mantequilla, bien sazonados. Tostadas de pan de masa madre, doradas en su punto justo. Cebollino recién cortado de la maceta que había junto a la ventana. El café, solo y oscuro, exactamente como a él le gustaba. Para cuando entró por la puerta, el apartamento olía a comida de verdad, y no a remordimiento.

«¿Ty?», llamó desde el pasillo, con cautela.

«En la cocina», respondí. Ya lo había emplatado todo y había puesto los cubiertos. Su taza humeaba junto al plato. No le di mayor importancia. Me quedé allí, de pie, esperando.

Jamie apareció en el umbral, todavía con la camiseta de Port Reads y con el pelo algo despeinado por las prisas de la mañana. Se detuvo en seco al ver la mesa.

«Has cocinado», dijo con voz neutra.

«Sí».

Le echó un vistazo a los huevos, a las tostadas, a la cocina impoluta. Luego a mí.

«¿Estás... intentando distraerme de algo? ¿Hay algún electrodoméstico roto que todavía no he descubierto?».

«Ese es un tipo de paranoia muy específico». Le saqué la silla. «Es una disculpa. Por lo de la ventana y la tormenta. Sé que has limpiado mi desastre».

Jamie dudó y luego entró en la cocina como si temiera que fuera a explotar.

«Me has preparado los huevos».

«Y el café», dije. «Y tus tostadas raras y secas. Sin mermelada. De nada».

Se sentó despacio, sin dejar de inspeccionar el plato como si pudiera ser una trampa.

«Huele... sorprendentemente competente».

«Me ofende ese comentario. Que sepas que soy un cocinero excelente».

«¿Desde cuándo?».

«Desde siempre. Dabas por hecho que sobrevivía a base de comida para llevar y encanto personal».

Jamie probó un bocado de huevo y se detuvo. Masticó despacio. Tragó.

«Están... muy buenos», admitió, como si le doliera físicamente decirlo.

«Lo sé». Sonreí y me senté frente a él. «De nada».

Dio otro bocado y luego levantó la taza de café. Vi cómo sus hombros se relajaban un poco con el primer sorbo.

«Vale», dijo. «Esto es... inesperado».

«¿Inesperado para mal o inesperado para bien?».

No respondió de inmediato, pero siguió comiendo. Lo que, en sí mismo, era una respuesta.

Comimos en silencio durante un rato, y fue agradable. No solo por la comida —aunque eso ayudaba—, sino por el silencio. Un silencio cómodo. Del tipo que no habíamos tenido desde el casi

beso. Ni yo lo mencioné, ni él tampoco. Pero el momento parecía tener menos peso ahora. Ser menos afilado.

Al cabo de un rato, Jamie levantó la vista.

«Gracias. Por el desayuno. Y por la disculpa».

«Gracias a ti por no echarme de casa».

«No iba a echarte».

«No», respondí, «pero he pensado que podía ganar algunos puntos para volver a caerte bien. O, al menos, para que me trataras con neutralidad».

Jamie me dedicó una mirada larga e indescifrable. Luego dijo:

«No eres el peor compañero de piso que he tenido».

«Me siento halagado».

«No deberías. El listón estaba muy bajo».

Me reí y di un sorbo al café.

«Aun así, cuenta».

Soltó una risita y sentí que la última pizca de tensión se evaporaba de la habitación.

«¿Puedo preguntarte una cosa?», dije al cabo de un rato.

«Claro».

«¿Has estado alguna vez en las dunas por la noche?».

Jamie levantó la vista del plato, sorprendido.

«¿Las dunas?».

«Pasado Race Point. Son increíbles de noche, sobre todo cuando no hay luna. Se ve todo, estrellas que ni sabías que existían. Es como si el universo entero se abriera ante ti».

«Suena... bien», dijo, escogiendo las palabras con cuidado.

«Lo es. Tranquilo. Sin turistas, supertranquilo. Solo arena, cielo y silencio».

No estaba seguro de por qué había sacado el tema. Quizá porque Jamie siempre parecía cargar con una tensión que no podía soltar, y las dunas eran el único lugar que yo había encontrado en P-town que se sentía completamente ajeno a todo lo demás. Quizá porque no dejaba de pensar en él reorganizando las estanterías cuando estaba estresado, y me preguntaba qué pasaría si le enseñaba un lugar donde no hubiera nada que organizar, nada que controlar; solo espacio para respirar.

«¿Esto es una invitación para ir a ver las estrellas?», preguntó Jamie.

«Puede ser. ¿Dirías que sí si lo fuera?».

«No lo sé». Pero tampoco dijo que no, lo cual me pareció significativo.

«Sin presión. Solo he pensado que podría gustarte. Pareces de los que aprecian un buen cielo nocturno».

«¿Y por qué lo dices?».

«Lees poesía en el porche. Y te levantas lo bastante temprano como para ver a veces el amanecer. He supuesto que te podrían interesar los fenómenos astronómicos».

Jamie esbozó una media sonrisa.

«¿Fenómenos astronómicos?».

«A veces sé usar palabras grandilocuentes».

«Ya veo».

Terminé mi café y me levanté para recoger los platos.

«Bueno, la oferta sigue en pie. Por si alguna vez quieres ver cómo es P-town cuando no está siendo P-town».

«Me lo pensaré», dijo Jamie.

Me ayudó a recoger, lo que básicamente consistió en que él volviera a fregar todo lo que yo ya había lavado porque, al parecer, se me habían pasado varias manchas cruciales. Pero no parecía molesto, solo metódico, y cuando bromeé diciendo que mi técnica para fregar era tan cuestionable como mi cocina, se rio de verdad.

Antes de irse a trabajar, le vi detenerse junto a su último pósit en la ventana. Yo había añadido el mío al lado: «Esta servilleta de papel no se arrepiente de nada».

Se quedó mirando las dos notas un momento, luego despegó la mía con cuidado y la pegó en la puerta de la nevera, junto a su lista de la compra.

«Para que conste», dijo sin mirarme, «el café estaba perfecto».

Cuando se fue, me quedé un rato en la cocina, mirando mi estúpido pósit en su nevera y sintiendo cómo algo cálido y complejo se me instalaba en el pecho. La invitación a las dunas había sido impulsiva, pero quizá no fuera algo malo. Quizá Jamie necesitaba un poco de impulsividad en su vida tan cuidadosamente ordenada.

Y quizá yo necesitaba saber qué se sentiría al estar sentado a su lado bajo todas esas estrellas, lo bastante lejos de todo lo demás como para poder ser simplemente dos personas compartiendo el silencio, sin toda la distancia prudente y las barreras invisibles que habíamos levantado entre nosotros.

Quedaban tres semanas de verano. Tres semanas para averiguar si aquello que estaba creciendo entre nosotros merecía el riesgo de perturbar la frágil paz que habíamos encontrado en aquella casita inundada de sol.

Miré hacia el puerto, donde la luz de la mañana teñía el agua de plata y los turistas ya iniciaban su migración diaria por Commercial Street. En algún lugar ahí fuera, más allá de las multitudes, el ruido y el caos veraniego, las dunas esperaban bajo un cielo infinito.

Quizá esta noche, si Jamie se sentía lo bastante valiente como para decir que sí.

Quizá esta noche descubriría qué se sentía al verle sonreír bajo la luz de las estrellas.

7

JAMIE

La playa no fue idea mía. Que quede claro desde el principio, porque cuando la gente, como es inevitable, me pregunte por qué me sometí a tres horas de arena, crema solar y tortura social, quiero que conste que la culpa es enteramente de mi (quizá ahora ex) querido amigo, Dylan Wu.

—Jamie, tienes que hacer vida social como un gay normal por una vez —me había dicho mientras tomábamos un café con hielo en el Wired Puppy, esgrimiendo su habitual combinación de preocupación y exasperación—. Llevas hecho un ermitaño desde finales de mayo, y estamos en julio. La gente está empezando a pensar que te has convertido en un ser mitológico.

—Salgo de casa. Trabajo.

—Port Reads no cuenta. Además, ese sitio lo lleva Ellen, prácticamente. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo social? ¿Algo que incluyera a otros seres humanos y, posiblemente, diversión?

Intenté desviar el tema con sarcasmo sobre su repentino interés en mi agenda social, pero Dylan ya tenía esa mirada. La mirada que significaba que ya había decidido que yo iba a ir a Race Point Beach me gustara o no, y que mi única opción era ir por las buenas o dejarme arrastrar a la fuerza a base de culpa y mensajes insistentes.

Así que allí estaba, de pie al borde del aparcamiento con una bolsa de playa que contenía un libro, una botella de agua y suficiente protector solar del 50 como para proteger a una pequeña colonia de vampiros. Mi plan era sencillo: treinta minutos de interacción humana supervisada, unas cuantas páginas bajo una sombrilla y luego una retirada digna de vuelta a la civilización.

La primera señal de que aquello iba a ser más complicado de lo esperado fue oír la inconfundible risa de Ty llegar por encima de las dunas antes incluso de pisar la playa. La segunda señal fue darme cuenta de que esa risa provenía del centro de lo que parecía ser una pequeña pero entusiasta reunión social.

Por supuesto. Porque ¿por qué iba a ser sencillo nada que tuviera que ver con Tyler Callahan?

Dylan me hizo un gesto para que me acercara al grupo en el que, al parecer, llevaba infiltrado la última hora, y me vi caminando a duras penas por la arena hacia un conjunto de sillas de playa, neveras portátiles y hombres atractivos en diversos estados de desnudez. Ty estaba en medio de todo, como no, sentado en el borde de la toalla de alguien y gesticulando animadamente mientras contaba lo que a todas luces era una historia muy entretenida sobre algo que había pasado en el trabajo.

Se le veía —y no puedo enfatizar esto lo suficiente— completamente en su salsa. Llevaba el pelo con ese aspecto perfectamente despeinado que llevaba siempre, como si acabara de terminar una sesión de fotos para un catálogo sobre el estilo de vida veraniego y natural. Su piel tenía ese bronceado dorado que delataba horas pasadas exactamente así, rodeado de amigos, de risas y de ese tipo de socialización fácil que para él parecía tan natural como respirar.

Yo, mientras tanto, me sentía como si hubiera llegado a la playa con un cartel que decía «NO ENCAJA AQUÍ» en letras grandes e incómodas.

—¡Jamie! —gritó Dylan, probablemente más alto de lo necesario —. Llegas justo a tiempo. Chicos, este es Jamie, del que os estaba hablando.

No tenía ni idea de qué les había estado contando sobre mí, y estaba bastante seguro de que no quería saberlo. El grupo se giró hacia mí con esa amable curiosidad que me dio ganas de cavar un hoyo en la arena y desaparecer en él.

—Eh, compi —dijo Ty, sonriéndome desde abajo—. No esperaba verte por aquí. Dylan dijo que eras alérgico a las playas públicas.

—No soy alérgico a las playas. Soy alérgico a la exposición solar y a las multitudes.

—Viene a ser lo mismo —dijo alguien a quien no reconocí, un tío con una impresionante colección de tatuajes y la clase de seguridad en sí mismo que solo tiene quien nunca se ha preocupado por encajar en ningún sitio—. Soy Marcus, por cierto. El otro Marcus —añadió con una mirada cómplice—. Dylan nos ha puesto al día de tu situación con el piso.

Genial. Así que mi vida personal se había convertido en cotilleo de playa.

Ty dio unas palmaditas en la arena junto a su toalla.

—Anda, siéntate. Estábamos debatiendo si alguien se ha leído de verdad los libros que ha traído o si solo los usa de atrezo.

—Yo siempre me leo mis libros —dije, quizá a la defensiva.

—Claro que sí —respondió Ty, y algo en su tono hizo que sonara casi cariñoso en lugar de burlón.

Antes de que pudiera darle más vueltas, sacó una toalla de repuesto de la bolsa de alguien y la sacudió junto a su sitio.

—Toma, usa esta. La arena aún está fresquita de esta mañana.

Me la lanzó y la cogí sin pensar. La tela era suave y estaba cálida por el sol, y olía exactamente a la colonia de Ty, ese aroma limpio y ligeramente oceánico que se había ido infiltrando poco a poco en nuestro baño compartido, haciendo que me fijara en cosas en las que no quería fijarme.

Me quedé allí, sosteniendo su toalla durante lo que probablemente fueron tres segundos de más, antes de que mi cerebro volviera a funcionar.

—En realidad, creo que me he dejado algo en el coche —dije, lo cual era una mentira obvia, ya que llevaba encima todo lo que había traído—. Ahora vuelvo.

Me di la vuelta y regresé hacia el aparcamiento a un ritmo que esperaba que pareciera casual, intentando no pensar en cómo su toalla había estado caliente por su calor corporal o por qué eso había hecho que mi estómago diera un vuelco complicado e inoportuno.

Era exactamente por esto por lo que no iba a reuniones en la playa. Demasiada piel, demasiada intimidad casual, demasiadas oportunidades para que mis límites, cuidadosamente mantenidos, se derrumbaran bajo el peso de gestos sencillos como compartir toallas que olían a la persona por la que, decididamente, no estaba empezando a sentir nada.

Me tomé unos minutos para serenarme en el aparcamiento, mirando el móvil y fingiendo que tenía mensajes importantes que responder. Una familia descargaba de su monovolumen un surtido impresionante de bártulos de playa mientras discutían sobre si se habían acordado de coger los juguetes buenos para la arena. Una pareja pasó cogida de la mano, ambos borrachos de sol y felices de esa manera particular que solo ocurre en los días de verano perfectos.

Todos los demás parecían saber exactamente cómo existir en este espacio. Todos los demás hacían que pareciera fácil.

Cuando por fin regresé al grupo, se habían reorganizado en un círculo informal y se pasaban una bolsa de frutos secos de los caros y lo que parecían ser galletas caseras. Dylan se había agenciado el sitio al lado de Ty, lo que significaba que ahora había un hueco libre entre alguien llamado Alex y otra persona cuyo nombre ya había olvidado.

—¡Jamie! —me llamó Ty al verme—. Justo a tiempo. Alex ha traído esas galletas de la pastelería portuguesa y Marcus ha estado acaparando las patatas buenas.

—No estoy acaparando —protestó el otro Marcus—. Estoy racionando. Hay una diferencia.

—El tío trae patatas fritas de bolsa con jalapeños a la playa y espera que creamos en el racionamiento —dijo Alex, que tenía el tipo de risa fácil que probablemente lo hacía popular en las fiestas—. Eso es como llevar champán a un *brunch* y pedirle a la gente que beba con moderación.

La conversación fluyó a mi alrededor mientras me acomodaba con cuidado en mi propia toalla, intentando encontrar una postura que pareciera natural. Todos parecían conocerse de antes, o al menos sabían cómo actuar como si se conocieran. Tenían bromas internas y referencias compartidas, esa clase de familiaridad cómoda que a mí nunca se me había dado particularmente bien cultivar.

Ty, mientras tanto, era claramente el centro de atención sin siquiera intentarlo. Tenía una de esas personalidades magnéticas que atraen a la gente, que hacen que quieran ser ellos quienes le hagan reír o se ganen su aprobación. Lo observé mientras respondía preguntas sobre el trabajo, contaba anécdotas de clientes difíciles y hacía observaciones sobre el ambiente de la playa con las que todo el mundo asentía.

—Y bien, Ty —dijo alguien cuyo nombre creí que podría ser Jordan—. ¿Todavía piensas quedarte después del Labor Day o vas a rompernos el corazón a todos y a desaparecer como cualquier otro amor de verano?

—Depende —respondió Ty, recorriendo al grupo con esa sonrisa fácil—. ¿Hasta qué punto estamos hablando de romper corazones?

—Oh, hasta un punto muy alto —dijo Alex, y algo en su tono dejó claro que no era del todo una broma—. Sobre todo después del fin de semana pasado. Aquello que hiciste con el abridor de botellas en el Governor Bradford fue puro arte.

—Por favor —intervino el otro Marcus—. Todavía estamos procesando el Gran Incidente del Vóley sin Camiseta del martes pasado.

—Eso no fue un incidente —protestó Ty—. Fue gestión estratégica de vestuario.

—Gestión estratégica de vestuario —repitió Jordan—. ¿Así es como lo llamamos ahora?

El grupo estalló en carcajadas y me encontré observando la reacción de Ty, la forma en que agachó ligeramente la cabeza y sonrió como si estuviera avergonzado pero satisfecho con la atención. Había algo de teatral en ello, pero no de una manera calculada. Más bien como si hubiera aprendido a ser encantador

porque la gente respondía bien, y ahora fuera simplemente su segunda naturaleza.

—¿Y tú qué, Jamie? —preguntó Alex, volviéndose hacia mí—. ¿Alguna gestión estratégica de vestuario en tu repertorio playero?

—Yo no tengo repertorio —contesté—. Tengo protector solar del 50 y un libro.

—Qué aburrido —dijo el otro Marcus, pero sonreía—. Aunque respeto el compromiso con la seguridad solar. Muy responsable.

—Jamie es muy de responsabilidades —intervino Dylan, lo que le valió una mirada que esperaba que transmitiera mi deseo de tirarle arena a la cabeza—. Tiene un cajón de la ropa interior ordenado por colores y un sistema para organizar el té según el contenido de cafeína.

—¿En serio? —Jordan se inclinó hacia delante con genuina curiosidad—. ¿Qué sistema?

Y, de alguna manera, me encontré explicando mis métodos de organización a un grupo de semidesconocidos en una playa, lo cual no era cómo había planeado pasar mi sábado. Pero parecían realmente interesados, haciéndome preguntas sobre mi método de catalogación y si alguna vez había considerado la biblioteconomía como carrera profesional.

—Eso es mucho más interesante que mi método —dijo Alex—. Que básicamente consiste en «tíralo todo a un montón y espera que haya suerte».

—Yo intenté el método de Jamie una vez —dijo Ty, estirándose en su toalla y apoyándose en los codos—. Duré unos tres días antes de rendirme y volver al caos.

—¿*Tú* organizaste algo? —preguntó el otro Marcus, con tono escéptico.

—Un par de cosas, sí —bromeó Ty, guiñándole un ojo al otro Marcus, lo que hizo que se me revolviera el estómago de forma incómoda—. Mi tía abuela me hizo reorganizar todo su estudio un verano cuando tenía dieciséis años. Libros, papeles, sermones antiguos, de todo. Dijo que me forjaría el carácter.

—¿Y lo hizo?

—Algo forjó. Principalmente, un profundo aprecio por la gente que de verdad sabe cómo mantener las cosas organizadas. —Me lanzó una mirada—. Es más difícil de lo que parece.

Había algo casi de admiración en su voz, lo que me pilló por sorpresa. Estaba acostumbrado a que la gente tratara mis manías organizativas como peculiaridades divertidas o leves obsesiones, no como habilidades dignas de respeto.

La tarde se instaló en un cómodo ritmo de conversación y pereza bañada por el sol. La gente se alejaba para ir a por bebidas o a pasear por la orilla, y volvía con historias sobre la multitud del Boatslip o rumores sobre qué restaurantes se estaban quedando sin bocadillos de langosta. Los frutos secos y las galletas dieron varias vueltas, y alguien sacó un termo de lo que resultó ser una sangría sorprendentemente buena.

A pesar de mi resistencia inicial, me descubrí relajándome, absorbido por conversaciones sobre libros, política local y si el ayuntamiento debería hacer algo con el imposible problema del aparcamiento en temporada alta. Era agradable, de una manera que no me había esperado. Una conversación fácil sin la presión de tener que ser ingenioso o encantador, solo pensamientos compartidos entre gente que escuchaba de verdad.

Pero también estuve hiperconsciente de Ty durante todo el rato. La forma en que se reía de los chistes de los demás, la manera casual en que tocaba un hombro o un brazo cuando quería enfatizar algo, cómo parecía tener una fuente inagotable de historias que hacían que todo el mundo se inclinara para escuchar mejor. Se le daba bien de una forma que yo nunca había aprendido, natural, cálido y completamente desinhibido a la hora de ocupar su espacio.

—Dios, mirad eso —dijo Alex en un momento dado, cuando Ty se había levantado para ajustar la sombrilla de alguien y ahora estaba de espaldas a nosotros, con las manos en las caderas mientras observaba la playa—. Ese hombre no tiene ni idea del efecto que causa en la gente, ¿verdad?

—Oh, sí que lo sabe —dijo Jordan—. Solo que finge que no, porque así es más efectivo.

—Está sentado *ahí* mismo —señaló Dylan.

—No estamos diciendo nada que no le diríamos a la cara —replicó el otro Marcus—. Además, la apreciación de la belleza natural es un servicio público. Básicamente, estamos haciendo un servicio a la comunidad.

Todos miraban a Ty como si fuera algo digno de admiración y adquisición, lo cual no debería haberme molestado. No era mío como para sentirme posesivo. Éramos compañeros de piso que habían logrado alcanzar una amistad tentativa, nada más. El hecho de que me hubiera preparado la cena varias veces y me hubiera invitado a ver las estrellas no significaba nada más allá de la decencia humana básica.

Pero al ver la mirada sedienta de Alex detenerse en los hombros de Ty, sentí una punzada aguda e incómoda en el pecho. Algo que se parecía sospechosamente a los celos, lo cual era ridículo, inoportuno y completamente inapropiado dada nuestra situación.

Yo no sentía celos. Me ponía ansioso, le daba demasiadas vueltas a las cosas y, ocasionalmente, sentía un resentimiento silencioso, pero no tenía reacciones emocionales desordenadas ante situaciones sobre las que no tenía ningún derecho.

Excepto que, al parecer, sí las tenía, porque cuando Ty volvió al grupo y Alex le piropeó de inmediato su «estilo playero natural», tuve que resistir el impulso de señalar que el pelo de Ty tenía exactamente el mismo aspecto que cualquier otro día.

—Gracias —dijo Ty, volviendo a sentarse en su toalla con esa sonrisa fácil—. Años de práctica.

—¿Práctica en qué, exactamente? —preguntó Jordan, y había un claro coqueteo en su voz.

—En parecer que no me esfuerzo demasiado cuando, en realidad, me esfuerzo lo justo.

—¿Y qué tal te funciona?

Ty miró alrededor del grupo, su mirada deteniéndose brevemente en mí antes de continuar.

—Bastante bien, creo. Aunque probablemente no soy el más indicado para juzgar.

La conversación continuó, pero me di cuenta de que cada vez me costaba más concentrarme. Cada risa que Ty compartía con otro,

cada cumplido casual o intercambio coqueto se sentía como una prueba de que había estado interpretando toda nuestra dinámica de forma equivocada. Él era esa persona hacia la que la gente gravitaba, alguien que coleccionaba admiradores con la misma facilidad con que respiraba. Lo que yo había interpretado como una atención especial era, probablemente, su modo de interacción por defecto.

Lo cual estaba bien. *Incluso era bueno*. Significaba que podía dejar de analizar cada comida compartida y cada gesto amable, dejar de preguntarme si la creciente cercanía que había estado sintiendo era mutua o solo una ilusión por mi parte.

—Creo que debería irme —dije durante una pausa en la conversación, levantándome y sacudiéndome la arena de los pantalones cortos—. Tengo que hacer unas cosas en casa.

—¿Ya? —Dylan parecía decepcionado—. Si acabas de llegar.

—Han pasado como dos horas.

—Exacto. Esto no ha hecho más que empezar. Estábamos pensando en mover la fiesta al Boatslip más tarde, para tomar algo y ver la puesta de sol.

—Suena divertido, pero paso. —Doblé la toalla, me eché la bolsa al hombro e intenté parecer alguien con planes importantes en lugar de alguien que huía de una situación social incómoda—. Gracias por invitarme, de todas formas.

—¿Seguro? —preguntó Ty, mirándome con algo que podría haber sido preocupación—. Dicen que la puesta de sol de hoy va a ser espectacular.

—Seguro. Nos vemos en casa.

El camino de vuelta al coche se me hizo más largo de la cuenta, con la arena cediendo bajo mis pies y haciendo que cada paso pareciera inestable. A mis espaldas, podía oír las risas del grupo continuando sin interrupción, la voz de Ty mezclándose de nuevo a la perfección con el ritmo fácil de la amistad veraniega.

Para cuando llegué al coche, ya me estaba arrepintiendo de mi abrupta marcha. Dylan probablemente estaba frustrado conmigo por haber echado a perder sus esfuerzos de integración social, y ahora todos me recordarían como el compañero de piso estirado que no

sabía cómo sobrellevar un simple día de playa. Ty se iría al Boatslip con gente que sí sabía cómo divertirse, cómo existir en grupo sin sentir que estaban actuando fatal en una obra para la que nunca habían hecho una audición.

Me quedé sentado en el coche un minuto con el aire acondicionado puesto, intentando procesar lo que acababa de ocurrir. Lo de los celos era nuevo, inoportuno y, definitivamente, algo que necesitaba controlar antes de que complicara aún más nuestra convivencia. Ty tenía derecho a coquetear con quien quisiera, a coleccionar tantos admiradores como su encanto le permitiera. No tenía nada que ver conmigo.

El trayecto a casa fue, por suerte, corto, y para cuando aparqué en la entrada del 542 de Bayberry Lane, casi me había convencido a mí mismo de que toda la tarde había sido una valiosa lección sobre la importancia de gestionar las expectativas y mantener los límites apropiados con compañeros de piso temporales.

La casa se sentía fresca y silenciosa después del caos de la playa, exactamente la clase de calma ordenada que anhelaba. Me preparé una buena taza de té, elegí un libro que de verdad tenía intención de leer y me instalé en el porche delantero a esperar que mi equilibrio regresara.

Era apacible, cómodo y exactamente el tipo de tarde que yo prefería. Sin arena, sin multitudes, sin dinámicas sociales complicadas que descifrar.

Sin observadores de ojos agudos haciendo comentarios de apreciación sobre personas por las que, decididamente, no estaba empezando a sentir nada.

Solo yo, mi libro y los sonidos familiares del verano en Ptown, donde probablemente todos los demás se estaban divirtiendo de esa forma despreocupada que yo nunca había aprendido a tener.

Lo cual estaba bien. Había llegado a los treinta y tres años sin necesidad de ser el tipo de persona que colecciona invitaciones para ir a la playa y propuestas para tomar algo al atardecer. Podría superar las semanas que quedaban de verano con mi dignidad y mis límites emocionales intactos.

Aunque la casa pareciera extrañamente vacía sin los tarareos de Ty flotando desde la cocina, y la tarde se extendiera ante mí como algo que tenía que llenar, en lugar de algo de lo que disfrutar.

8

TY

EL CAMINO de vuelta desde el Boatslip se me hizo distinto sin Jamie. El grupo había estado bastante bien, las copas al atardecer fluían con la misma facilidad que la conversación, pero algo había cambiado cuando se marchó de la playa. Dylan no paraba de preguntar adónde se había metido mi estirado compañero de piso, y me sorprendí a mí mismo poniendo excusas que no estaba seguro de creerme.

—No es muy de copas al atardecer —había dicho yo, lo cual probablemente era cierto, pero se me antojaba una explicación incompleta. La verdad era que me había pasado casi toda la tarde preguntándome qué estaría haciendo Jamie en casa; si estaría leyendo en el porche o trasteando con alguna estantería según el misterioso sistema que regía su mundo perfectamente ordenado.

Lo cual era ridículo. Hacía solo unas semanas que lo conocía. No era mi responsabilidad y, desde luego, no era el tipo de persona que se queda esperando a que su compañero de piso vuelva de los eventos sociales que ha eludido deliberadamente.

Aun así, cuando doblé la esquina de Bayberry Lane y vi la luz del porche encendida, sentí que algo se me aflojaba en el pecho.

Jamie estaba exactamente donde lo había imaginado, acurrucado en su silla de siempre con un libro y ataviado con ese pijama de

algodón suave que, de algún modo, le confería un aire académico y un atractivo inesperado. Las gafas de leer se le habían resbalado por la nariz y el pelo le hacía esa cosa de rizársele un poco en las puntas, desafiando sus intentos por controlarlo.

—Buenas noches, señor Brennan —lo saludé en voz baja mientras subía los escalones del porche—. ¿Lee algo interesante?

Levantó la vista, parpadeando como si acabase de regresar de un lugar muy lejano.

—Ah. Has vuelto.

—¿Me has echado de menos?

—No especialmente.

Pero la comisura de sus labios se curvó de esa manera que indicaba que mentía, y sentí esa familiar chispa de diversión. A Jamie se le daba fatal disimular sus reacciones, lo que hacía que leerlo fuera tan fácil como entretenido.

—¿Qué tal las copas? —preguntó, cerrando el libro, pero sin quitar el dedo de entre las páginas.

—Lo típico de una tarde de verano en Ptown. Buenas copas, mejores vistas y todo el mundo quejándose de lo abarrotada que se ha puesto Commercial Street. —Me dejé caer en la otra silla y estudié su perfil bajo el cálido resplandor de la luz del porche—. Lo habrías odiado.

—Probablemente.

Algo en su tono me hizo detenerme. Había ahí un matiz que no le había oído nunca, una distancia cuidadosamente controlada que era distinta de su habitual y reservada cortesía.

—¿Todo bien? En la playa parecías un poco raro.

Jamie se encogió de hombros y se ajustó las gafas.

—No es mi tipo de ambiente, eso es todo.

—¿La playa o la gente?

—Ambas cosas. Ninguna. No tiene importancia.

Pero sí la tenía, al menos para mí. Durante las últimas semanas, me había acostumbrado a nuestra cómoda sintonía, a la forma en que Jamie se iba relajando a mi lado una vez que se le pasaba la desconfianza inicial. Aquello era un paso atrás, como si hubiera

vuelto a levantar un muro que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba derribando.

—Por si te sirve de algo —dije con cuidado—, Marcus ha preguntado por ti. Quería saber si habías terminado el libro que te recomendó.

—¿Ah, sí? —Su voz era perfectamente neutra, lo que, de algún modo, la cargaba aún más de significado.

Me incliné un poco hacia delante, lo bastante cerca como para percibir el leve aroma de su jabón, limpio y discreto como todo lo que tenía que ver con él.

—Jamie, si te pasa algo…

—No me pasa nada. —Volvió a abrir el libro, una señal inequívoca de que la conversación había terminado—. Solo estoy cansado. Ha sido un día largo.

Quise insistir, preguntarle qué le había hecho de verdad marcharse de la playa tan bruscamente, pero algo en su postura me disuadió. En vez de eso, le di las buenas noches y entré en casa, dejándolo a solas con su libro y con los pensamientos que, a todas luces, intentaba evitar.

Pero mientras me lavaba los dientes y me preparaba para ir a la cama, no podía quitarme de la cabeza la sensación de que me había perdido algo importante. En la playa, Jamie había estado diferente; más callado que de costumbre, pero también, de alguna manera, más alerta. Lo había pillado observando la dinámica del grupo, prestando atención a las conversaciones de una forma que parecía más intensa que la simple observación.

Quizá no era nada. Quizá de verdad estaba cansado, abrumado por un día de socialización forzosa cuando él prefería sus libros y su entorno cuidadosamente controlado.

O quizá era otra cosa por completo.

Los días siguientes decidí poner a prueba esa teoría.

Empezó con cosas pequeñas. Detalles que podían atribuirse a la casualidad o al resultado natural de compartir una cabaña diminuta.

El lunes por la mañana, le rocé los dedos «sin querer» al pasarle su taza de café, dejando que el contacto se prolongara una fracción de segundo más de lo necesario. A Jamie se le entrecortó la

respiración de forma casi imperceptible y se apartó como si se hubiera quemado.

—Gracias —dijo, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—De nada, compi.

El martes, busqué una excusa para meterme en la cocina mientras preparaba el desayuno, rodeándolo con el brazo para coger el zumo de naranja de la nevera. Mi pecho se apretó un instante contra su espalda y sentí cómo se tensaba bajo el contacto.

—Perdona —murmuré, lo bastante cerca de su oreja como para que mi aliento le agitara el vello de la nuca—. No te había visto.

Los nudillos de Jamie se pusieron blancos alrededor de la espátula que sostenía.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba, o al menos no en el sentido que él le daba. Había electricidad en esos pequeños momentos y cada vez era más difícil ignorarla.

El miércoles empecé a tantear los límites de nuestro baño compartido. Jamie tenía un horario, por supuesto, preciso hasta el último minuto, pero siempre había momentos en que nuestras rutinas se solapaban. Empecé a hacer que esas coincidencias fueran más intencionadas.

—Buenos días —dije con alegría, entrando en el baño mientras él se afeitaba—. Tú a lo tuyo.

La mano de Jamie se detuvo, con la cuchilla a medio camino de la mejilla. En el espejo, vi que me observaba mientras me cepillaba los dientes; su mirada seguía mis movimientos con una intensidad que me encendió la piel.

—Sabes que acabo en cinco minutos —dijo con cautela.

—Ya, pero sabes que se me da fatal esperar. —Le sonreí a su reflejo—. Además, me gusta la compañía.

—No me cabe duda.

Había algo en su tono que me hizo detenerme con el cepillo de dientes todavía en la boca. Intentaba sonar seco e indiferente, pero por debajo se notaba un acaloramiento, quizá frustración, o algo completamente distinto.

—¿Algún problema? —pregunté tras enjuagarme.

—Ningún problema. —Jamie terminó de afeitarse con pasadas rápidas y eficientes—. Solo observo.

—¿El qué observas?

No respondió; se limitó a limpiar la cuchilla y a dirigirse a la puerta. Pero al pasar a mi lado, me di cuenta del ligero rubor que le subía por el cuello y de cómo su respiración se había vuelto un poco irregular.

Definitivamente, no era nada.

El jueves por la noche decidí subir la apuesta.

Jamie estaba en la cocina cuando salí de la ducha, vestido solo con una toalla anudada a la cadera. No había sido del todo deliberado –sinceramente, se me había olvidado que había dicho que se quedaría a preparar la cena–, pero cuando lo vi de espaldas junto a la encimera, decidí no darme prisa en subir a vestirme.

—Hola —dije con naturalidad, cruzando la cocina descalzo para coger un vaso de agua del fregadero—. Qué bien huele.

Jamie se giró de forma automática para responder y se quedó helado. Su mirada descendió de mi cara a mi pecho, bajó hasta donde la toalla se asentaba en mis caderas y, a continuación, volvió a subir con una rapidez casi cómica.

—Estoy haciendo… —Se aclaró la garganta y miró a todas partes menos a mí—. Pasta. Solo pasta.

—Genial. —Me apoyé en la encimera, lo bastante cerca como para que tuviera que rozarme para llegar a los fogones—. ¿Necesitas ayuda?

—No. No, yo me encargo. —Jamie alargó la mano para coger el salero que estaba a mi lado, con movimientos cuidadosos y controlados. Pero le temblaba ligeramente la mano y, al intentar desenroscar la tapa, se le resbaló.

El recipiente entero cayó al suelo y la sal estalló sobre las baldosas de la cocina en un desastre de cristales blancos.

—Mierda —masculló Jamie, arrodillándose de inmediato para empezar a limpiarlo—. Lo siento, no sé cómo…

—Jamie. —Me agaché a su lado, tan cerca que pude ver cómo se le habían sonrojado las mejillas—. Es solo sal.

—Ya lo sé. —Pero su voz sonaba tensa y estaba atacando el estropicio con papel de cocina como si fuera una afrenta personal a su sistema organizativo—. Normalmente tengo mejor coordinación.

—¿Ah, sí?

Algo en mi tono hizo que levantara la vista y, por un instante, nos quedamos cara a cara en el suelo de la cocina, tan cerca que podía contarle las motas doradas de sus ojos marrones. El aire entre nosotros estaba cargado, denso de posibilidades y de todo lo que no decíamos.

Jamie tragó saliva.

—Debería… la pasta seguramente se ha pasado.

—Seguramente. —No me moví. Él tampoco.

El temporizador de la cocina eligió ese preciso instante para sonar, estridente e insistente, y Jamie se puso en pie de un salto, como si lo hubieran liberado de un hechizo.

—Claro. La cena. —Apagó el fuego con manos ligeramente temblorosas—. Deberías ir a vestirte.

—¿Debería?

—Sí. —La palabra le salió más cortante de lo que seguramente pretendía—. Deberías.

Me levanté despacio, fijándome en cómo su mirada seguía el movimiento a pesar de sus evidentes intentos por no mirar.

—Si tú lo dices, Jamie.

En su reflejo en el oscuro cristal de la ventana de la cocina, pude verlo observarme mientras me alejaba, con una expresión atrapada entre la frustración y algo que se parecía mucho al anhelo.

Arriba, me puse unos vaqueros y una camiseta, y sonreí a mi reflejo en el espejo del baño. El vaho de la ducha lo había empañado y, en un impulso, tracé dos palabras con el dedo: «Hola, guapo».

Cuando volví a bajar, Jamie había limpiado la sal y estaba sirviendo la pasta con su habitual y meticulosa atención al detalle. Me sirvió una ración sin decir nada, pero lo pillé mirando hacia la escalera como si se preguntara qué había estado haciendo yo ahí arriba.

Comimos en un silencio relativo, con el aire todavía vibrando con una tensión sin resolver. Cada vez que Jamie cogía su vaso de agua

o me pasaba la pimienta, yo era consciente de sus manos, de la forma cuidadosa en que se movía, del ligero rubor que aún le teñía las mejillas.

Después de cenar, subí a mi cuarto pensando en la forma en que Jamie me había mirado antes, en ese instante de parálisis justo antes de que el salero se estrellara contra el suelo.

Cuando entré en el baño más tarde, el espejo estaba empañado por el vaho de la ducha de Jamie. Vi que mi mensaje había sido borrado. En su lugar, alguien había dibujado una carita sonriente, pequeña y trazada con esmero.

Me quedé mirándola un buen rato y después me eché a reír.

Quizá Jamie Brennan no era tan indiferente como quería hacerme creer.

9

JAMIE

Se me había olvidado por completo que le había prometido a Ellen recuperar su libro, hasta que me acorraló en Port Reads durante mi descanso para comer, agarrándose el pecho con dramatismo como si se estuviera muriendo de mono literario.

—Jamie, por favor. Me lo dejé anoche en el bar, y si no lo termino hoy, puede que me consuma de la impaciencia —dijo, juntando las palmas en un gesto de súplica fingida—. Pásate por The Shell, porfi. Iría yo misma, pero tengo que cubrir el turno de María en la galería cuando salga de aquí.

The Shell & Shaker era el último lugar donde quería pasar la tarde del miércoles. El caos bañado en neón del bar de cócteles queer más popular de Ptown ya era una sobrecarga sensorial en un día bueno, y últimamente yo andaba con los nervios más a flor de piel que de costumbre. Pero Ellen tenía esa mirada suplicante que hacía imposible negarle nada y, sinceramente, estaba en deuda con ella por todas las veces que me había cubierto cuando yo tenía que resolver emergencias con el mantenimiento de la casa.

—Vale —dije, arrepintiéndome al instante de mi decisión—. Pero me debes un café.

—Trato hecho. ¿Y por qué no intentas divertirte un poco mientras estás allí? ¿Hablar con un tío mono? ¿Vivir un poco?

Le lancé una mirada que podría haberle marchitado el entusiasmo, pero se limitó a sonreír y salió de la tienda con un gesto teatral.

Tras cerrar a las seis, caminé las pocas manzanas que me separaban de Commercial Street, serpenteando entre la multitud vespertina de turistas con bolsas de la compra del arcoíris y lugareños que volvían a casa del trabajo. El letrero de neón de The Shell & Shaker ya brillaba contra el cielo crepuscular, y el sonido de la música y las risas se derramaba sobre la acera.

Empujé la puerta y me topé con una pared de ruido y aire húmedo que olía a lima y a ron. El bar estaba abarrotado con la clientela habitual de los miércoles por la tarde, una mezcla de trabajadores de verano que se relajaban después de sus turnos y turistas que empezaban temprano el modo vacaciones. Busqué a Ty con la mirada, con la intención de coger el libro rápidamente y escapar antes de que alguien intentara meterme en una conversación sobre mi vida social inexistente.

Lo vi detrás de la barra y se me detuvieron los pies.

Ty se estaba riendo de algo, todo su cuerpo animado por la diversión, lanzando una coctelera con una soltura experta mientras hablaba con alguien sentado en la barra. Alguien alto, bronceado e irritantemente atractivo, con un pelo oscuro perfectamente peinado y un aire de confianza desenfadada.

El otro Marcus. Lo reconocí de la reunión en la playa, aunque esta noche parecía aún más pulcro con una camisa blanca entallada que de alguna manera se las había arreglado para dejar estratégicamente desabrochada.

Me dije a mí mismo que fuera, cogiera el libro y me largara. Una simple transacción. Nada del otro mundo.

En lugar de eso, me quedé merodeando cerca de la pared del fondo, observando su interacción como si estuviera en una siniestra operación de vigilancia. El otro Marcus estaba inclinado sobre la barra, lo bastante cerca como para que Ty tuviera que agacharse para oírlo por encima de la música. Cuando Ty echó la cabeza hacia atrás, riéndose de lo que fuera que le había dicho el otro Marcus, algo caliente e incómodo se me retorció en el pecho.

Hacían buena pareja. Una pareja perfecta, sin esforzarse, de una forma que me hizo ser consciente de repente de mis propios pantalones chinos, cuidadosamente planchados.

—¿Te pongo algo?

Di un respingo y me giré para encontrarme con otra camarera, una mujer con el pelo corto y morado y una mirada sagaz.

—Ah, eh… —carraspeé—. En realidad, busco un libro. Mi amiga Ellen se lo dejó aquí anoche.

—Debes de ser Jamie —dijo ella, sonriendo—. Soy Sam. Ellen te describió a la perfección.

—¿Debería preocuparme?

—Probablemente. —Se agachó tras la barra y reapareció con un libro de bolsillo bastante manoseado—. Aquí tienes. Aunque podrías quedarte a tomar algo. Ty prepara unos mojitos de muerte.

Volví a mirar hacia Ty, justo a tiempo de ver cómo el otro Marcus alargaba el brazo y le tocaba el antebrazo, demorando los dedos sobre la piel bronceada mientras decía algo que hizo que a Ty se le arrugaran los ojos al sonreír.

—Gracias, pero debería irme —dije apresuradamente, aceptando el libro—. Mañana madrugo.

Sam siguió mi mirada.

—¿Seguro? Creo que se alegraría de verte.

El modo en que lo dijo hizo que se me encendiera la cara, como si pudiera ver a través de mi cuidada compostura y adivinar el patético lío de sentimientos que por lo visto llevaba dentro. Apreté con más fuerza el libro de Ellen y me dirigí hacia la puerta sin mirar atrás.

El aire de la noche se sentía fresco después del ambiente cargado del bar, pero no sirvió de nada para calmar la energía inquieta que me corría por las venas. Caminé a casa más rápido de lo necesario, tomando el camino largo por las calles residenciales más tranquilas, intentando sacudirme la imagen de la mano del otro Marcus en el brazo de Ty.

Era ridículo. Ty era camarero. Ligar era, literalmente, parte de su trabajo, y el otro Marcus era claramente un cliente habitual. No

había nada significativo en su interacción, nada que mereciera la extraña agitación que sentía en el estómago.

Para cuando llegué al 542 de Bayberry Lane, casi me había convencido de que estaba exagerando. Al entrar, la casa estaba en silencio, Ty seguía trabajando, e intenté sumergirme en mi rutina nocturna habitual. Me preparé un té, elegí un libro de mi pila de lecturas actuales y me instalé en el porche con la intención de tener una noche perfectamente tranquila.

Veinte minutos después, estaba mirando el mismo párrafo por cuarta vez, con la mente empeñada en reproducir la química natural que había entre Ty y el otro Marcus. La forma en que el otro Marcus se había inclinado. La forma en que Ty se había reído, de manera abierta y genuina, y dirigiéndose a alguien que definitivamente no era yo.

Cerré el libro de un golpe y entré para llamar a Dylan.

—Consulta cafetera de emergencia —anuncié cuando descolgó. —¿Estás libre?

—Son las ocho de un miércoles. Por supuesto que estoy libre. ¿Cuál es la crisis esta vez? ¿Ty ha dejado una toalla mojada en el parqué?

—No es por las toallas.

—Qué ominoso. Haré café de más.

El apartamento de Dylan estaba a quince minutos en bici, encima de la galería que dirigía en un tramo más tranquilo de Commercial Street. Su casa era una mezcla ecléctica de arte local, muebles de segunda mano y aproximadamente diecisiete cafeteras diferentes, cada una de las cuales, según él, cumplía una función distinta.

Lo encontré en la cocina, moliendo granos con la atención que la mayoría de la gente reserva para una operación a corazón abierto.

—Y bien —dijo sin levantar la vista—. ¿Qué ha hecho Ty ahora?

—¿Por qué das por hecho que esto va sobre Ty?

—Porque hace tres semanas te quejabas de su horario para hacer batidos, y ahora me llamas estresado cuando ya ha anochecido. O ha pasado a poner death metal a las seis de la mañana, o está pasando otra cosa.

Me dejé caer contra la encimera, sintiéndome ridículo de repente.

—No es nada dramático. Es solo que… he ido a The Shell esta noche a por el libro de Ellen.

—¿Y?

—Y Ty estaba allí. Trabajando. Hablando con el otro Marcus.

Las cejas de Dylan treparon hacia el nacimiento del pelo.

—¿Hablando cómo?

—Pues ya sabes. Hablando. Riéndose. Siendo encantador. —Hice un gesto de impotencia—. ¿Quizá ligando? No sé. Tampoco es que estuviera tomando notas.

—Pero te quedaste lo suficiente como para formarte una opinión sobre su interacción.

—Estaba cogiendo el libro.

—Ya, claro. —Dylan vertió agua humeante sobre el café molido con una calma exasperante—. ¿Y cómo te ha hecho sentir ver a Ty hablando con el otro Marcus?

Abrí su congelador y saqué un polo de cereza, quitándole el envoltorio con más violencia de la necesaria.

—No sé a qué te refieres.

—Jamie.

—Vale. Ha sido molesto. Vivimos juntos y no necesito la complicación de que traiga ligues de una noche a casa. Es un problema de espacio compartido. Pura logística entre compañeros de piso.

Dylan me miró fijamente durante exactamente tres segundos y luego se echó a reír.

—¿Qué?

—Cielo. Estás celoso.

Le di un mordisco al polo con tanta fuerza que se me congeló el cerebro.

—No estoy celoso. Eso requeriría que estuviera interesado en Ty, y no lo estoy. Somos compañeros de piso. Temporales. Hay una diferencia entre mantener los límites y estar celoso.

—¿La hay?

—Sí. —Lo señalé con el polo para enfatizar—. Los celos implican una inversión emocional. A mí simplemente me preocupa nuestra convivencia.

—Claro. —Dylan sirvió café en dos tazas, añadiendo nata a la mía sin que se lo pidiera—. Así que, si Ty se llevara al otro Marcus a casa esta noche, ¿a ti te parecería bien? ¿Solo cosas de compañeros de piso?

El palo del polo se partió en mi mano.

Me quedé mirando los trozos rotos y luego mis manos, pegajosas por el zumo de cereza derretido. La idea de Ty entrando por la puerta de nuestra casa con el otro Marcus, de oírlos reír juntos en el pasillo, de que el otro Marcus viera la forma cuidadosa en que yo había ordenado el salón y probablemente hiciera algún comentario sobre los compañeros de piso estirados…

—Necesito una servilleta —dije en voz baja.

Dylan me dio una, junto con una taza de café.

—Jamie.

—Lo sé. —Me limpié las manos metódicamente, tirando el palo roto del polo a su cubo de compost con más fuerza de la necesaria —. Lo sé, ¿vale? Pero no tiene sentido. Llevamos un mes viviendo juntos. Un mes. Se va a finales de agosto, y apenas nos conocemos.

—¿Te gustaría conocerlo mejor?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones que no estaba preparado para examinar. Me hundí en una de las sillas desparejadas de la cocina de Dylan y rodeé la taza caliente con las manos.

—A veces creo que sí —admití—. No es como me lo esperaba. Lee poesía. Prepara unas tortitas con pepitas de chocolate los domingos por la mañana que probablemente sean ilegales en doce estados.

—Suena terrible —suspiró Dylan con dramatismo.

—Y se fija en las cosas. Como en que prefiero leer junto a la ventana cuando estoy estresado, o que siempre bebo té cuando llueve. La semana pasada mencioné de pasada que echaba de menos tener flores frescas en casa, y al día siguiente había un tarro de cristal lleno de rosas de playa en la encimera de la cocina.

—Menudo monstruo.

Lo fulminé con la mirada.

—No me estás ayudando.

—No intento ayudarte a que te autoconvenzas de lo contrario, si es a eso a lo que te refieres. —Dylan se sentó en la silla de enfrente —. Jamie, tienes derecho a sentirte atraído por tu compañero de piso. Tienes derecho a querer que pase algo entre vosotros. El mundo no se va a acabar porque admitas que sientes algo.

—Pero podría complicar las cosas sin remedio.

—O podría mejorarlas.

Tomé un largo sorbo de café, dejando que el calor se asentara en mi pecho. Fuera, podía oír el sonido lejano de la música de los bares de Commercial Street, la superposición de risas y conversaciones que marcaban otra noche de verano.

—¿Y si estoy interpretando esto mal? —dije finalmente—. ¿Y si todos los pequeños momentos que creo que son significativos son solo Ty siendo simpático? ¿Y si estoy proyectando alguna fantasía patética en una situación de convivencia perfectamente normal?

—¿Y si no?

—Dylan.

—Hablo en serio. ¿Y si todos esos momentos son exactamente lo que crees que son? ¿Y si Ty está igual de interesado e igual de confundido que tú sobre cómo navegar por esto?

La posibilidad se sentía a la vez emocionante y aterradora. Pensé en la carita sonriente del espejo del baño, en la forma en que los ojos de Ty seguían mis movimientos cuando creía que no me daba cuenta.

—No sé cómo hacer esto —dije en voz baja—. No sé cómo desear a alguien con quien vivo. No sé cómo manejar la posibilidad de que salga mal y aun así tener que compartir baño el resto del verano.

—No tienes que resolverlo todo esta noche.

—Pero tampoco puedo seguir fingiendo que no está pasando.

Dylan alargó la mano sobre la mesa y me apretó la mía.

—No, no puedes. Pero eso no significa que tengas que hacer nada dramático. Podrías empezar por admitir ante ti mismo que te atrae. Que verlo con otra persona te hizo sentir posesivo y celoso y quizá un poco asustado.

Cerré los ojos, dejando que las palabras se asentaran.

—Me atrae.

—¿Y qué has sentido?

—Miedo. Y en cierto modo, un alivio. —Abrí los ojos y me encontré con la mirada alentadora de Dylan—. Me atrae Tyler. Y no tengo ni la más remota idea de qué hacer al respecto.

—Eso es un comienzo.

Terminé mi café y volví a casa en bici lentamente, tomando el camino largo por el puerto, donde el sonido del agua chapoteando contra los muelles ofrecía un contrapunto relajante a mis pensamientos acelerados. Para cuando llegué a Bayberry Lane, eran más de las once, y la bicicleta de Ty ya estaba en el cobertizo.

Dentro, la casa estaba en silencio, salvo por el suave sonido de la música que venía de arriba. Subí los escalones con cuidado, deteniéndome frente a la habitación de Ty, de donde se filtraba una luz cálida por debajo de la puerta. Podía oírlo moverse, probablemente preparándose para dormir después de su turno.

Por un momento, consideré llamar a la puerta. Decir algo casual sobre haberlo visto en el trabajo, quizá preguntarle qué tal le había ido la tarde. Tanteando el terreno.

En lugar de eso, me fui a mi propia habitación y me quedé despierto durante dos horas, mirando al techo y preguntándome qué era exactamente lo que tenía miedo de perder, cuando en realidad nunca había tenido nada.

10

TY

Llamé dos veces a la puerta de Angie antes de usar la llave de repuesto que me había dado a las tres semanas de hacernos amigos. Vivía en un estudio minúsculo encima del salón de manicura de la calle Bradford, pero, de algún modo, había conseguido que pareciera el centro del universo con guirnaldas de luces, muebles de segunda mano y una impresionante colección de pósteres de conciertos antiguos.

—¡Estoy aquí! —gritó desde la cocina americana, donde estaba dándole la vuelta a unos sándwiches de queso en un hornillo eléctrico—. Espero que hayas traído cerveza, porque ya solo me queda el cartón de vino de emergencia.

Levanté el pack de seis que había pillado en el súper.

—¿Te vale una Corona?

—Siempre. —Deslizó un sándwich perfectamente dorado en un plato de cartón y me lo entregó—. Por cierto, tienes una cara de mierda.

—Gracias. Justo lo que necesitaba oír después de un turno doble.

—Lo digo en serio. Tienes esa cara de amargado tan rara tuya. —Me entrecerró los ojos mientras yo abría dos cervezas—. ¿Duermes lo suficiente? ¿Comes verdura? ¿Tienes orgasmos con regularidad?

Casi me atraganto con el primer sorbo.

—Joder, Angie.

—¿Qué? Son indicadores de salud importantes. —Le dio un bocado a su sándwich, estudiándome con la concentración de una documentalista de naturaleza—. Espera. ¿Cuándo fue la última vez que te liaste con alguien?

Intenté hacer memoria. Había estado aquel chico de Boston hacía tres semanas, el que me invitó a unas copas en el Boatslip y me siguió a casa. Antes de eso, quizá el turista de Connecticut que se alojaba en The Shell & Shaker.

—No sé. Hace poco, ¿no?

—«Hace poco» no es una fecha, Tyler.

—¿Y qué más da?

—Pues que normalmente tienes a un tío diferente siguiéndote cada fin de semana como un perrito faldero. Este verano has estado prácticamente célibe. —Me apuntó con el sándwich, acusadora—. Lo cual me lleva a mi teoría sobre tu tontería con el compañero de piso.

—No tengo ninguna tontería con mi compañero de piso.

—Claro que no. Por eso mencionas a Jamie aproximadamente cada cinco minutos cuando estamos juntos.

—Eso no es verdad.

—«Jamie ha reorganizado el armario de las especias y ahora tiene sentido». «Jamie me ha dejado café preparado esta mañana». «Jamie tiene unas manos muy bonitas». «Jamie estaba monísimo con sus gafas de leer».

—Nunca he dicho nada de sus manos.

—Pero te has fijado en ellas.

Mierda. Me había fijado.

Dedos largos, uñas cuidadas, la forma en que sostenía los libros como si fueran algo precioso.

—Mira —continuó Angie—, no te juzgo. Jamie está bueno de esa manera de bibliotecario estirado que seguramente te pone. Pero lleváis viviendo juntos… ¿qué, un mes? ¿Y no has movido ficha?

—Es complicado.

—¿Por qué?

—Somos compañeros de piso. Si sale mal, me quedo en la calle el resto del verano.

—Vale, buen punto. Pero esa no es la verdadera razón. —Se apoyó en la encimera, lanzándome esa mirada que significaba que estaba a punto de decir algo que no quería oír—. Te gusta.

—Claro que me gusta. Es mi compañero de piso.

—No, Tyler. Te *gusta*. En plan, quieres salir con él, cogerle de la mano y descubrir qué cara tiene cuando se levanta por la mañana.

Me quedé mirando la botella de cerveza mientras jugueteaba con la etiqueta.

—No es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Ya sabes. Relajado. Espontáneo. Tíos que no dejan notitas pasivo-agresivas sobre los posos del café.

—Tíos que son, básicamente, como tú.

—Puede ser.

—¿Y qué tal te ha ido con eso?

Pensé en la sarta de líos de verano que había tenido a lo largo de los años. Chicos guapos que desaparecían a las pocas noches sin dejar nada más que vagas promesas de escribir más tarde y el persistente aroma de una colonia cara en mis almohadas.

—Jamie es diferente —dije al final.

—¿En qué?

—Él… —Hice una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Se fija en los detalles. Por ejemplo, sabe que tarareo cuando estoy nervioso, así que empezó a poner música por las mañanas para que no me sintiera cohibido. Y repuso en el baño el jabón caro ese que le dije que me gustaba del súper. Finge que le molesta que deje las cosas desordenadas, pero siempre me guarda las sobras cuando cocina.

—Suena horrible.

—Y es listo. No solo en plan empollón, aunque también lo es. Pero ve cosas que a los demás se les escapan. Me recomendó una novela sobre un camarero que hereda un bar en un pueblo pequeño, y era exactamente lo que necesitaba.

Angie sonreía de oreja a oreja.

—Estás coladísimo por este tío.

—No estoy colado por nadie.

—Acabas de pasarte cinco minutos describiendo por qué tu compañero de piso es increíble.

—Estaba explicando por qué es un buen compañero de piso.

—Tyler. —Dejó la cerveza y me miró con seriedad—. Nunca has hablado de ningún tío como hablas de Jamie. Ni de lejos.

Eso me dejó mudo. Porque tenía razón. Había salido con muchos chicos, me lo había pasado bien con muchos más, pero nunca me había encontrado prestándole atención a las preferencias de café de alguien o preguntándome en qué pensaba cuando se quedaba mirando el océano por las tardes.

—Seguro que piensa que soy un desastre —dije.

—¿Lo eres?

—¿Comparado con él? Sin duda. Deberías ver la rutina matutina de este tío. Es como ver una performance.

—Pero te dejó mudarte con él. Y sigue dejando que te quedes.

—Porque necesita el dinero del alquiler.

—Tyler, la mitad de los gais de Provincetown le pagarían el alquiler a Jamie solo por la oportunidad de vivir con él. Si quisiera que te fueras, ya te habrías ido.

Me terminé la cerveza y cogí otra, pensando en las últimas semanas. En cómo Jamie había empezado a dejar la puerta de su dormitorio abierta cuando leía por la noche, como una invitación. La carita sonriente que dibujó en el espejo del baño después de que yo le dejara mi mensaje de broma. El hecho de que se hubiera comprado el libro que le recomendé y lo hubiera dejado bien a la vista en la mesa de centro.

—Esto es una estupidez —dije—. Total, solo estoy aquí hasta el final del verano. ¿Qué sentido tiene encariñarse?

—A lo mejor no tiene ninguno. A lo mejor esa no es la pregunta de verdad.

—¿Y cuál es la pregunta de verdad?

—Si quieres pasarte el resto del verano fingiendo que no quieres besarlo, o si quieres ver qué pasa si dejas de fingir.

Cuando llegué a casa, eran más de las once. La bici de Jamie estaba en el cobertizo y había luces encendidas en el piso de abajo. Lo encontré en la cocina, sentado a la mesita con un libro abierto junto a una taza de té. Levantó la vista cuando entré, y sentí un extraño vuelco en el pecho.

—Hola —dije—. ¿Buen libro?

—No está mal. —Marcó la página con un dedo—. ¿Qué tal tu noche libre?

—Bien. Angie ha hecho sándwiches de queso y me ha dado consejos existenciales que no había pedido.

—Suena muy de Angie. —A Jamie se le curvó una comisura de los labios—. ¿Qué clase de consejos?

Cogí una cerveza de la nevera, ganando tiempo para pensar en una respuesta que no revelara exactamente cuántos de los consejos de Angie habían sido sobre él.

—Los de siempre. Que coma más verdura. Que duerma más. Que deje de ser un desastre emocional.

—¿Eres un desastre emocional?

—El jurado aún está deliberando.

Jamie volvió a su libro, pero sentía su mirada sobre mí mientras me movía por la cocina. Había algo diferente en su atención esa noche, como si estuviera intentando descifrar algo.

Empecé a limpiar la encimera sin pensarlo, solo por tener algo que hacer con las manos. Era una de esas costumbres que se me habían pegado de ver a Jamie, ese impulso automático de limpiar los pequeños desórdenes antes de que se convirtieran en grandes.

—No tienes por qué hacer eso —dijo Jamie en voz baja.

—Ya lo sé.

Pero seguí limpiando, y él no me dijo que parara. El silencio que se instaló entre nosotros no fue incómodo ni estuvo cargado con esa extraña tensión que nos había estado rondando últimamente. Era simplemente… pacífico. Como si hubiéramos encontrado una especie de ritmo que funcionaba.

—Tyler.

Levanté la vista. Jamie me estudiaba con esa expresión cautelosa que ponía cuando intentaba decidir si decir algo o no.

—¿Sí?

—Gracias. Por limpiar sin que te lo pidan. Sé que puedo ser… especialito con estas cosas.

—No eres especialito. Solo te gusta que las cosas tengan sentido.

—A la mayoría de la gente le parece irritante.

—La mayoría de la gente es idiota.

Con eso conseguí que me dedicara una sonrisa de verdad, de esas que le llegan a los ojos y hacen que las pecas de su nariz se noten más.

—Probablemente tengas razón en eso.

Terminé con la encimera y me apoyé en ella, cerveza en mano, observando a Jamie leer. El pelo empezaba a rizársele en las puntas, donde lo tenía un poco largo de más, y no paraba de subirse las gafas por el puente de la nariz con un gesto distraído que resultaba ridículamente adorable.

—¿Qué lees? —pregunté.

Levantó la portada. *Los siete maridos de Evelyn Hugo*.

—Me lo recomendó Ellen. Dijo que necesitaba más novelas con personajes femeninos complejos.

—¿Está bien?

—Solo llevo cincuenta páginas, pero creo que va a destrozarme emocionalmente.

—Los mejores libros suelen hacerlo.

Jamie me miró por encima de las gafas.

—¿Esa es tu filosofía literaria?

—Una de ellas. También creo en los finales felices, pero solo si se los han ganado.

—¿Y qué hace falta para ganarse un final feliz?

—Que los personajes evolucionen. Que afronten su mierda en lugar de huir de ella.

—El listón está bastante alto.

—Merece la pena esforzarse por las cosas buenas.

Nos miramos a través de la cocina y sentí esa atracción familiar, como si estuviera al borde de un precipicio alto y peligroso. Los ojos de Jamie se veían oscuros detrás de las gafas, y me pregunté qué estaría pensando, si estaría sintiendo la misma gravedad que yo.

—Debería irme a dormir —dijo al final, pero no hizo ademán de levantarse.

—Probablemente.

—Mañana tengo un día largo en la tienda. Las multitudes del sábado.

—Son lo peor.

—Los turistas que preguntan si tenemos el nuevo libro de Stephen King, cuando se refieren al que salió hace tres años.

—Unos monstruos.

Jamie se rio, una risa de verdad que me llenó el pecho de calidez.

—Tú lo entiendes.

—Te entiendo a ti.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y la expresión de Jamie cambió, volviéndose más seria. Cerró el libro con cuidado, marcando la página con un marcapáginas de cinta.

—¿De verdad? —preguntó.

—Eso creo. Quizá mejor de lo que piensas.

Jamie se levantó despacio, recogiendo la taza de té y el libro. Al pasar a mi lado para dejar la taza en el fregadero, se detuvo, lo bastante cerca como para oler su jabón y el ligero aroma a librería que siempre se le quedaba impregnado en la ropa.

—Buenas noches, Tyler.

—Buenas noches, Jamie.

Se dirigió a las escaleras, y yo me quedé en la cocina hasta que oí cerrarse la puerta de su dormitorio. Entonces me terminé la cerveza e intenté averiguar en qué momento exacto había dejado de ver a Jamie como mi compañero de piso temporal y había empezado a verlo como alguien de quien podría estar enamorándome.

11

JAMIE

Se me ha vuelto a olvidar la comida.

De pie en la salita del personal de Port Reads, a las tres y media de la tarde, contemplando el hueco donde debería haber estado mi sándwich, maldije mentalmente mi rutina matutina. O, más bien, la falta de ella. Normalmente era metódico con estas cosas, pero últimamente mi cerebro había estado ocupado con asuntos más urgentes. Como la forma en que Ty tarareaba mientras preparaba el café. O cómo se dejaba las gafas de leer en la encimera de la cocina después de quedarse dormido con un libro. O el hecho de que llevaba unas dos semanas pensando sin parar en besarle.

—Pensamientos muy productivos, Jamie —mascullé mientras cogía las llaves.

El camino a casa desde Commercial Street me llevó quince minutos, el tiempo justo para que el azúcar en sangre me diera otro bajón y el humor se me agriara del todo. Los turistas abarrotaban las aceras, moviéndose con la parsimonia de quien no tiene ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Una familia de cuatro se había detenido justo delante de Spiritus Pizza para hacer fotos, bloqueando el paso mientras su hijo pequeño chillaba que quería un helado. El caos del sábado por la tarde se me hizo especialmente chirriante cuando lo único que me apetecía era un sándwich

tranquilo y quizá veinte minutos para relajarme antes de volver al trabajo.

Giré por Bayberry Lane y sentí que parte de la tensión abandonaba mis hombros. Nuestra calle estaba lo bastante apartada como para escapar de lo peor de la marabunta turística, flanqueada por casitas de madera desgastada y rosales silvestres que habían crecido a su aire, y que probablemente llevaban allí desde los años veinte. La luz de la tarde se filtraba entre los robles achaparrados, bañándolo todo en esa neblina dorada tan particular que hacía que Ptown pareciera una postal en verano.

La puerta de entrada se atascó un poco al empujarla, otro apunte para mi creciente lista mental de mantenimiento. Pero, en cuanto entré, oí el inconfundible sonido de nuestra batidora prehistórica funcionando a toda máquina en la cocina.

Seguí el ruido y me encontré a Ty de pie junto a la encimera, rodeado de lo que parecía ser el contenido de toda nuestra nevera. Llevaba una de sus camisetas de tirantes descoloridas y unos vaqueros recortados, descalzo como siempre, con el pelo cayéndole sobre la frente mientras se concentraba en el estropicio que estuviera organizando.

—Por favor, dime que no estás haciendo otro de tus batidos de proteínas —dije, dejando caer las llaves sobre la encimera—. Porque estoy bastante seguro de que la batidora ya está traumatizada.

Ty levantó la vista y sonrió.

—Humus, en realidad. Y antes de que preguntes, sí, soy consciente de que tenemos humus perfectamente bueno en la nevera. Pero este está mejor.

—Estás haciendo humus. Casero.

—Garbanzos, tahini, zumo de limón, ajo. Algo revolucionario. —Apagó la batidora y se secó las manos en un trapo de cocina—. ¿Qué haces en casa? ¿No deberías estar vendiéndole novelas serias a gente que busca lecturas de playa?

—Se me ha olvidado la comida. He pensado en venir a pillar algo rápido antes de desmayarme encima de un cliente.

Ty señaló el surtido de ingredientes esparcidos por la encimera.

—Llegas en el momento perfecto. Estaba a punto de preparar unos sándwiches.

Examiné el despliegue: pan fresco de Angel Foods, rodajas gruesas de tomate, pepino, brotes y lo que parecía lechuga de verdad en lugar de la triste iceberg que solíamos tener por casa.

—Esto parece muy elaborado para un tentempié de sábado por la tarde.

—Tenía energía que quemar. —Empezó a untar el humus en el pan con esa eficacia despreocupada que sugería que lo había hecho antes. Muchas veces—. Además, me imaginé que volverías a casa muerto de hambre y de mal humor, y he acertado en ambas cosas.

—No estoy de mal humor.

—Estás usando esa dicción tuya tan rematadamente precisa. Solo lo haces cuando estás molesto o intentando no decir una bordería.

Abrí la boca para discutir, pero me di cuenta de que no le faltaba razón.

—Vale. Estoy ligeramente irritado por los turistas que creen que Commercial Street es su estudio de fotografía personal.

—¿Ves? De mal humor. —Ty fue colocando las verduras con el mismo esmero que ponía yo al ordenar las estanterías por orden alfabético—. ¿Quieres la mitad?

La pregunta fue casual, lanzada como si estuviera preguntando por el tiempo. Pero algo en su forma de decirlo, esa naturalidad con la que asumía que, por supuesto, yo querría compartir su sándwich improvisado, me oprimió el pecho.

—No tienes por qué —dije.

—Lo sé. ¿Quieres la mitad o no?

Debería haber dicho que no. Debería haber cogido una barrita de cereales y haber vuelto al trabajo. Debería haber mantenido la cuidadosa distancia que había intentado restablecer desde la reunión en la playa. En lugar de eso, me oí decir:

—Sí. Gracias.

Ty cortó los dos sándwiches en diagonal y me pasó un plato. De repente, la cocina pareció más pequeña, más íntima, como si estuviéramos jugando a las casitas de una forma que probablemente era peligrosa para mi salud mental. Pero tenía hambre, el sándwich

tenía una pinta estupenda y Ty ya se estaba acomodando en una de las sillas de nuestra pequeña mesa.

Me senté frente a él y di un bocado. El pan aún estaba caliente de la panadería, y el humus casero de Ty estaba varios niveles por encima de cualquiera que pudiéramos haber comprado. Cremoso y con un toque de ajo, y con el punto justo de limón para darle chispa.

—La verdad es que está muy bueno —admití.

—No te sorprendas tanto. Tengo talentos ocultos.

—Estoy empezando a darme cuenta.

Comimos en silencio durante unos minutos, y me sorprendí fijándome en las cosas. La forma en que la luz de la tarde entraba de soslayo por la ventana de la cocina, proyectando sombras cambiantes sobre la mesa. Los discretos sonidos de Ty al masticar, el crujido ocasional de la casa asentándose a nuestro alrededor. El hecho de que este simple momento me pareciera más apacible que nada que hubiera experimentado en semanas.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Ty al cabo de un rato.

Me tensé ligeramente, preparándome de forma automática para preguntas personales que no quería responder.

—Depende de lo que sea.

—¿Por qué los libros? ¿Por qué acabaste llevando una librería en lugar de hacer otra cosa con tu carrera de Filología?

No era la pregunta que me esperaba, y eso me descolocó. La mayoría de la gente que preguntaba por mi profesión quería saber por qué había «tirado la toalla» con la escritura o la enseñanza, o si ganaba lo suficiente para vivir. Ty estaba preguntando algo diferente.

—Me gustan los libros —dije, y al instante me di cuenta de lo inadecuada que sonaba esa respuesta—. Quiero decir, obviamente me gustan los libros. Pero es más que eso.

—¿En qué sentido?

Di otro bocado, ganando tiempo para averiguar cómo explicar algo que nunca había expresado con palabras.

—Los libros son… fiables. No cambian según tu estado de ánimo, el tiempo que haga o si has tomado suficiente café. Un buen libro sigue siendo un libro excelente tanto si lo lees por primera vez como por décima. Hay algo reconfortante en eso.

—¿Y la gente no es fiable?

—La gente es complicada. Llena de contradicciones y dobles intenciones. —Hice una pausa, consciente de que probablemente estaba revelando más de mí mismo de lo que pretendía—. Los libros tienen sentido. Incluso cuando son caóticos o difíciles, tienen sentido.

Ty asintió lentamente, como si de verdad estuviera sopesando lo que yo había dicho en lugar de esperar su turno para hablar.

—¿Y antes? ¿Siempre quisiste trabajar con libros?

—Di clases de Lengua y Literatura en un instituto durante unos años. En Boston.

—Has hablado en pasado. ¿No te gustó?

—Me gustaban los libros. Enseñar fue más difícil de lo que esperaba. —Dejé el sándwich, sorprendido de encontrarme a mí mismo continuando—. Los adolescentes son brutalmente sinceros. Te dicen exactamente lo que piensan de tu clase, de tu corte de pelo o de tus decisiones vitales. Sin filtros, sin fingimientos educados.

—Suena aterrador.

—Lo era. ¿Pero también bastante refrescante? No fingían que les importaran cosas que no les importaban. Si les mandaba un libro que les parecía un rollo, me lo decían. Si yo tenía un mal día, me preguntaban qué me pasaba. Era… intenso.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste?

La verdadera respuesta era complicada. Recortes de presupuesto, políticas internas y la lenta comprensión de que me estaba quemando intentando que a los chavales les gustara la literatura tanto como a mí. Pero, por debajo de todo eso, había algo más simple y más difícil de admitir.

—No se me daba muy bien —dije finalmente—. Podía enseñarles a analizar un texto y a escribir redacciones coherentes, pero no conseguía que se entusiasmaran con la lectura. Y para mí eso era como fracasar en lo único que importaba.

Ty se quedó callado un momento, estudiándome con una expresión que no supe interpretar.

—Sabes que eso es una gilipollez, ¿verdad?

—¿Perdona?

—No puedes obligar a nadie a que le apasione algo. Puedes compartir tu entusiasmo, puedes crear oportunidades para que lo descubran por sí mismos, pero no se puede fabricar la pasión. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿Cuántos de esos chavales crees que se acuerdan de tus clases? ¿Cuántos de ellos cogieron un libro años después por algo que dijiste?

—No tengo ni idea.

—Exacto. Nunca sabrás a cuánta gente le cambiaste la forma de pensar, porque ese tipo de influencia es invisible. Aparece años más tarde, cuando alguien lee algo que le recuerda una conversación que tuvo en tu clase.

Me le quedé mirando, desconcertado por la seguridad en su voz.

—Hablas como si tuvieras experiencia en el tema.

—Mi profesora de literatura de primero de bachillerato, la señora Patterson. Una mujer menudita, probablemente no pesaría ni cuarenta kilos empapada. Nos mandó leer *Rebeldes* y yo pensé que iba a ser lo más aburrido del mundo. Pero ella hablaba del libro como si importara, como si aquellos personajes fueran personas de verdad por las que merecía la pena preocuparse. —Ty sonrió, de esa forma pequeña y genuina que le transformaba toda la cara—. Para mí lo cambió todo. Me hizo darme cuenta de que los libros podían tratar sobre gente como yo, gente que no encajaba en categorías bien definidas.

—Esa es una buena profesora.

—Esa es una profesora genial. Y apuesto a que tú también lo fuiste, aunque no pudieras verlo.

El cumplido me golpeó en un lugar inesperado, a la vez cálido e incómodo. Bajé la vista a mi plato, tratando de entender por qué la opinión de Ty de repente importaba tanto.

—Jamaica Plain —dije al cabo de un momento.

—¿Qué?

—Ahí es donde vivía en Boston. Jamaica Plain. Un apartamento pequeño encima de una panadería que hacía unos cruasanes de almendra increíbles. Los olía hornearse cada mañana a las cinco en punto.

—Suena bien.

—Lo era. Me gustaba el barrio, me gustaba ir andando al trabajo, me gustaba tener una rutina que tuviera sentido. —Clavé mis ojos en los suyos al otro lado de la mesa—. Pero estaba solo. Muy solo, de una forma que tardé en reconocer. Tenía compañeros de trabajo y vecinos a los que saludaba por la calle, pero ninguna conexión real. Nadie que me conociera lo suficiente como para preguntarme qué tal estaba y querer oír de verdad la respuesta.

—¿Por eso viniste aquí?

—En parte. Ellen me ofreció el trabajo de encargado de Port Reads, y me pareció una oportunidad de empezar de cero en un sitio más pequeño. Un sitio donde quizá podría descubrir quién era cuando no me esforzaba tanto por ser lo que los demás esperaban.

—¿Y lo has hecho? ¿Lo has descubierto?

Reflexioné sobre la pregunta, mirando nuestra cocina, pensando en el último mes de convivencia con Ty. En las batallas de pósits, los cafés compartidos y las tardes tranquilas leyendo en el porche. En la forma en que su presencia había trastocado, y de algún modo mejorado, mi rutina cuidadosamente construida.

—Estoy en ello —dije.

Ty alargó el brazo por encima de la mesa y me arregló el sándwich, girándolo para que el corte diagonal apuntara en otra dirección.

—Los has cortado mal —dije sin pensar—. Los cortes en diagonal son estructuralmente inestables. El relleno se escurre.

—Nosotros también —dijo Ty con una sonrisa—. Somos estructuralmente inestables.

Casi me atraganto con el bocado de sándwich.

—¿Nosotros?

—Todo este tinglado. El librero estirado y el camarero caótico compartiendo casa ocho semanas. No debería funcionar.

—Y no funciona. Dejas los posos del café en la cafetera de émbolo.

—Y tú ordenas las especias alfabéticamente.

—La organización no es un defecto de carácter.

—Tampoco lo es la espontaneidad.

Nos miramos a través de la mesa, y volví a sentir esa atracción familiar, la que me hacía querer acortar la distancia entre nosotros y ver qué podía pasar. Los ojos de Ty brillaban con algo que podría haber sido afecto, y su sonrisa se había suavizado hasta volverse más cálida y privada.

—Debería volver al trabajo —dije, pero no hice ademán de levantarme.

—Probablemente.

—Ellen se preguntará dónde estoy.

—Seguro.

Pero ninguno de los dos se movió, y la luz de la tarde siguió desplazándose por la mesa, y me di cuenta de que, por primera vez en más tiempo del que podía recordar, no quería estar en ningún otro sitio.

12

TY

Llevaba casi un mes viviendo con Jamie y estaba bastante seguro de que ya era capaz de predecir la mayoría de sus reacciones. La forma en que apretaba la mandíbula cuando dejaba los platos en el fregadero por la noche. El ligero tic en el ojo cuando usaba su prensa francesa sin enjuagarla primero. La respiración honda y pausada que tomaba cada vez que encontraba mis chanclas tiradas en el pasillo en lugar de perfectamente alineadas junto a la puerta.

Pero no estaba preparado para la cara que puso cuando salí del baño el martes por la mañana, secándome el pelo con lo que, al parecer, era la toalla equivocada.

«¿Me estás tomando el pelo?».

Jamie estaba de pie en el pasillo, sujetando la taza de café como si pudiera darle apoyo emocional. El pelo se le curvaba ligeramente en las puntas, esa cosa que le pasaba cuando iba tarde y estaba estresado.

«Es mi toalla buena».

Bajé la vista hacia la mullida toalla azul que tenía en las manos. Era exactamente igual que todas las demás del armario de la ropa blanca, aunque quizá más suave.

«¿Tu toalla buena?».

«La de algodón egipcio. La que mencioné específicamente que no era para el día a día».

«¿Cuándo mencionaste eso?».

«El segundo día que te mudaste. Te hice un recorrido completo por la jerarquía de las toallas».

Traté de recordar esa conversación, pero mi mente se quedó en blanco.

«¿Me estás diciendo que tienes un sistema de clasificación de toallas?».

«No es un sistema de clasificación, es organización básica. Están las toallas de playa, las de diario y las buenas para ocasiones especiales».

«¿Y qué se considera una ocasión especial digna de toalla? ¿La visita de un dignatario? ¿Fiestas de guardar?».

A Jamie, definitivamente, le dio un tic en el ojo.

«Es algodón egipcio, Ty. ¿Sabes cuánto cuesta eso?».

Sostuve la toalla en alto, examinándola con una seriedad exagerada.

«Pues al tacto es bastante parecida a las otras».

«¿Parecida? —El tono de Jamie se agudizó—. ¡Es de cuatrocientos hilos!».

«No sé qué significa eso».

«¡Significa que no la usas para secarte después de las duchas al volver del curro, cuando hueles a sal y a cerveza!».

Vale, eso dolió un poco. No el comentario sobre oler como el bar —probablemente era justo después de una noche ajetreada sirviendo copas—, sino la forma en que lo dijo, como si mi mera existencia estuviera contaminando su preciada toalla.

Me había esforzado tanto por ser el compañero de piso ideal. Limpiaba lo que ensuciaba, reponía el café cuando lo terminaba, incluso le compraba ese jabón pijo que le gustaba. Pero, por lo visto, seguía sin estar a la altura de los increíblemente exigentes estándares de Jamie.

«¿Sabes qué? —dije, desenrollando la toalla de mi cintura—. Toma. Quédate con tu toalla especial».

Se la lancé con lo que probablemente me pareció un gesto muy dramático, pero que acabó pareciendo más bien teatro de aficionados. La toalla se desplegó a cámara lenta y aterrizó sobre el hombro de Jamie mientras él se quedaba allí, mirándome con la boca abierta.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba en el pasillo, completamente desnudo, tras haberme quitado lo único que se interponía entre el decoro público y yo en un arrebato toallil.

Jamie abrió y cerró la boca sin que saliera ningún sonido. Su mirada bajó, volvió a subir y luego se fijó en un punto a la altura de mi clavícula, como si tuviera miedo de mirar a cualquier otro sitio.

«Bueno —dije, cruzándome de brazos—. Qué situación más incómoda».

Jamie emitió un sonido que podría haber sido una risa o un ahogo.

«Estás…».

«¿Desnudo? Sí, ya me he dado cuenta».

«En mi pasillo».

«¿Tu pasillo?».

«Nuestro pasillo. El pasillo es de los dos…». Jamie se interrumpió, sin dejar de mirar fijamente mi clavícula. «Estás desnudo en nuestro pasillo por una discusión sobre una toalla».

«Tú eres el que quería la toalla de vuelta».

«¡No me refería a que me la devolvieras al instante!».

Algo en su expresión azorada, en la forma en que se aferraba tanto a la taza de café como a la toalla como si pudieran anclarlo a la realidad, me pareció absolutamente ridículo. Empecé a reír. No una risita, sino una carcajada de verdad que brotó de algún lugar profundo de mi pecho.

«No tiene gracia», dijo Jamie, pero las comisuras de sus labios temblaban.

«Tiene un poco de gracia».

«Estamos teniendo una disputa doméstica sobre el número de hilos de una toalla mientras tú estás…».

«¿Desnudo?».

«¿Quieres dejar de decir eso?».

No podía parar de reír. Toda la situación era absurda. Dos hombres adultos discutiendo sobre ropa de baño a las ocho de la mañana y, de alguna manera, yo había acabado montando un estriptis involuntario en el proceso.

Jamie intentó mantener su expresión severa, pero vi que le costaba. Le temblaron un poco los hombros y luego soltó un bufido. Un bufido de verdad, que fue posiblemente el sonido menos digno que le había oído hacer nunca.

Aquello rompió su entereza por completo. Jamie se dobló por la mitad, muerto de risa, casi derramando el café sobre el parqué.

«Esto es de locos —logró decir entre bocanadas de aire—. Estás como una cabra».

«Lo dice el hombre con una jerarquía de toallas».

«¡De cuatrocientos hilos!».

«¡Me da igual si está tejida con pelo de unicornio!».

Nos quedamos allí, riéndonos como idiotas, y me di cuenta de que era la primera vez que veía a Jamie perder el control por completo. No las reacciones cuidadosas y comedidas a las que estaba acostumbrado, sino una risa genuina e incontenible que le iluminaba toda la cara.

Cuando por fin recuperamos el aliento, el aire entre nosotros había cambiado. La tensión de la discusión se había disipado, reemplazada por algo completamente distinto. Algo que me hizo ser muy consciente del espacio que nos separaba, de la forma en que los ojos de Jamie se desviaban hacia abajo a pesar de sus evidentes esfuerzos por no mirar.

Estaba tan cerca que podía oler su café y el ligero aroma del jabón que usara. Tan cerca como para ver el instante exacto en que la risa se desvaneció y dio paso a algo más complicado.

«Probablemente debería vestirme», dije en voz baja.

«Probablemente».

Pero ninguno de los dos se movió. La respiración de Jamie había cambiado, se había vuelto más lenta y deliberada. La taza de café temblaba ligeramente en sus manos.

Di un paso hacia él y los ojos de Jamie se agrandaron. No de alarma, exactamente, sino de consciencia. Como si de repente

comprendiera lo que estaba pasando entre nosotros y no estuviera seguro de si correr hacia ello o huir.

«Jamie», dije, probando su nombre en el espacio cargado que nos separaba.

Tragó saliva.

«¿Sí?».

«Voy a besarte ahora».

No era una pregunta, pero esperé de todos modos. Esperé a que retrocediera o pusiera alguna excusa o me recordara los límites apropiados entre compañeros de piso. En lugar de eso, la mirada de Jamie se posó en mi boca y se quedó ahí.

Me acerqué más, lo suficiente para que la toalla que sostenía me rozara el pecho. Jamie contuvo el aliento, y pude ver el momento exacto en que su cuidado autocontrol empezó a fracturarse.

Pero entonces algo cambió en su expresión. No rechazo, exactamente, sino vacilación. Un destello de incertidumbre que me hizo detenerme.

«Todavía no», dijo en voz baja.

No un «no», sino un «todavía no», y de alguna manera eso pareció más significativo que cualquier rechazo rotundo.

Asentí, comprendiendo. Aún no habíamos llegado a ese punto, pero nos estábamos acercando. Lo bastante cerca como para sentirlo crecer entre nosotros, esa cosa que había ido creciendo desde el día en que me mudé.

Jamie me miró fijamente durante un largo rato. Me tendió la toalla.

«Ve a ponerte algo de ropa antes de que a la señora Santos le dé por regar las plantas y te vea bien por la ventana».

Tomé la toalla, dejando que mis dedos rozaran los suyos al hacerlo. Jamie volvió a contener el aliento, y yo archivé esa reacción para futuras referencias.

«Que conste —dije, enrollándome la toalla a la cintura—, que eres mucho más interesante cuando no te esfuerzas tanto por ser perfecto».

Las mejillas de Jamie se sonrojaron.

«No me esfuerzo por ser perfecto».

«Sí que lo haces. Y no es necesario. No conmigo».

Lo dejé plantado en el pasillo, todavía con el café en la mano y con cara de no saber muy bien qué acababa de pasar. En mi cuarto, me puse unos pantalones cortos y una camiseta, sonriéndole a mi reflejo en el espejo.

El casi beso había sido un riesgo. Pero la forma en que Jamie había respondido, la forma en que había dicho «todavía no» en lugar de «nunca», me pareció un progreso. Como si quizá todos esos pequeños momentos que habíamos estado compartiendo, todo ese cuidadoso baile alrededor del otro, estuviera llevando a alguna parte después de todo.

Cuando volví a salir, Jamie se había ido. Probablemente había huido a la seguridad de la librería. Pero sobre mi cama encontré la toalla de algodón egipcio, cuidadosamente doblada con un pósit pegado en la parte superior: «Para tu delicada sensibilidad. Intenta no corromperla con tus gérmenes de camarero».

Me reí y guardé la nota en el cajón de la cómoda junto con las otras que Jamie me había dejado durante el último mes. Cada una, un pequeño trozo de su personalidad celosamente guardada, ofrecido a su pesar.

Quizá le estaba dando demasiadas vueltas a las discusiones sobre toallas y a los encuentros en el baño. Pero algo había cambiado definitivamente entre nosotros esa mañana. Las cuidadosas fronteras que habíamos mantenido estaban empezando a desdibujarse, y cada vez me costaba más fingir que quería que siguieran ahí.

13

JAMIE

Coloqué la antología de Adrienne Rich boca abajo por tercera vez esa mañana. Mis manos se movían con el piloto automático mientras mi cerebro reproducía la escena del pasillo en un bucle infinito y tortuoso. La expresión de Ty. La forma en que se había acercado. La distancia exacta que nos separaba cuando pronunció mi nombre.

Voy a besarte ahora.

Pero no lo había hecho. Yo le había respondido que todavía no y él, sin más…, lo había aceptado. Asintió como si tuviera todo el sentido del mundo, como si yo no acabara de entrar en pánico y fastidiarlo todo.

¿Qué significaba eso? ¿Que había cambiado de opinión? ¿Que mi pánico evidente había aniquilado el impulso que lo había llevado a querer besarme? Quizá se había dado cuenta a medio camino de que besar a su casero estirado y neurótico era una idea pésima.

Agarré otra pila de poemarios, intentando concentrarme en el orden alfabético en lugar de en el aspecto que tenía el pecho de Ty con las gotas de agua aún aferradas a su piel. En cómo le había cambiado la voz al decir mi nombre. En cómo había esperado, dándome tiempo para decidir, como si mi respuesta de verdad importara.

—Siguen boca abajo.

La voz de Ellen me dio un susto de muerte. Los libros se desparramaron por el suelo en una cascada de lomos dañados y páginas dobladas.

—Mierda. —Me dejé caer de rodillas para recogerlos—. Lo siento, es que estoy…

—¿Sufriendo un colapso mental en toda regla? —Ellen se agachó a mi lado y me ayudó a recoger los volúmenes caídos—. ¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Mientes como un bellaco. —Me entregó un ejemplar de *Crush*, de Richard Siken, porque el universo tenía un sentido del humor de lo más retorcido—. Es por tu compañero de piso, el camarero buenorro, ¿a que sí?

Me concentré en alisar las páginas.

—No es mío.

—¿Pero está buenorro?

—Eso no… Eso no viene al caso.

La sonrisa cómplice de Ellen hizo que me entraran ganas de esconderme en el almacén.

—Jamie, cariño, parece que estés intentando resolver un problema de cálculo con tus sentimientos. ¿Qué ha pasado?

Me puse en pie, aferrando los libros como si fueran un escudo.

—No ha pasado nada. Ese es el problema.

—Ah. —Inclinó la cabeza, estudiándome—. A veces, un «casi» es peor que un «nada».

Exacto. Un «casi» implicaba posibilidad sin resolución. Un «casi» significaba pasarse el día entero preguntándose qué habría sucedido si yo hubiera sido más valiente, menos miedoso, más como el tipo de persona que puede lidiar con que un hombre despampanante quiera besarle en el pasillo de su casa.

—Tengo que hacer inventario —dije, y escapé a la trastienda antes de que Ellen pudiera hacerme más preguntas.

La mañana transcurrió con una lentitud exasperante, entre libros mal colocados y miradas huidizas. Cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, se me disparaba el corazón, aterrorizado ante la idea de que Ty entrara como había hecho la semana pasada.

Pero no apareció, lo cual fue, en cierto modo, peor. ¿También me estaba evitando él? ¿Se arrepentía del casi beso? ¿Estaba planeando su huida de mi casa antes de que las cosas se volvieran aún más incómodas?

A la hora de la comida, me había sugestionado tanto que Dylan, en cuanto me vio aparecer con los bocadillos vietnamitas, me dijo:

—Parece que estés sufriendo una hemorragia nasal emocional.

—Gracias. De gran ayuda. —Piqueteé mi *bánh mì*, sin nada de apetito—. Estoy bien.

—Claro. Y yo soy hetero en secreto. —Dylan se recostó en la silla, observándome—. Es por Ty, ¿verdad? ¿Ha pasado algo?

—No. —Le di un bocado al bocadillo para no tener que dar explicaciones. El limoncillo y el cilantro se convirtieron en ceniza en mi boca.

—Jamie… —La voz de Dylan se suavizó—. Sea lo que sea, te va a salir una úlcera si sigues interiorizándolo todo de esta manera.

Dejé el bocadillo sobre la mesa, de repente agotado.

—Casi me besa.

Las cejas de Dylan se dispararon.

—¿Casi?

—Esta mañana. Ha habido un incidente con una toalla, y él estaba… —Hice un gesto vago, incapaz de encontrar las palabras para describir a Ty de pie, desnudo, en nuestro pasillo, con el agua todavía brillándole en la piel—. Y entonces ha dicho que iba a besarme, pero me ha entrado el pánico y he dicho «todavía no», y ahora no sé qué significa eso ni si lo he fastidiado todo, o si de verdad quería hacerlo.

—Respira. —Dylan me acercó el café con hielo—. Para empezar, «todavía no» no es un rechazo. Es un vale para otra ocasión.

—¿Y si se lo ha tomado como un rechazo? ¿Y si piensa que no me interesa?

—Entonces es idiota, y por lo que me has contado, no lo es. —Dylan me estudió con la paciencia de quien me había acompañado en todas mis crisis románticas desde la universidad—. Jamie, ¿puedo preguntarte una cosa?

Asentí, temiendo la revelación que estaba por llegar.

—¿De qué tienes miedo en realidad? Porque no es solo de si Ty quiere besarte o no.

Tenía razón, por supuesto. El miedo era más profundo que el rechazo. Tenía que ver con abrirme a desear algo que no podía controlar ni organizar ni archivar de forma ordenada. Tenía que ver con dejar que alguien viera las partes caóticas y ansiosas de mí que mantenía cuidadosamente ocultas tras estanterías ordenadas por colores y rutinas matutinas.

—El Labor Day es en menos de un mes —dije en voz baja—. Se irá, buscará su propio piso y yo volveré al punto de partida.

—¿Solo, pero a salvo?

Sus palabras me dolieron porque eran ciertas. Llevaba tanto tiempo eligiendo la seguridad por encima de todo lo demás que había olvidado lo que se sentía al desear algo más.

—Sabes —dijo Dylan mientras removía el café—, a veces las mejores cosas pasan cuando dejamos de intentar protegernos de ellas.

Pasé la tarde escondido en la sección de biografías, ordenando alfabéticamente libros que ya estaban en perfecto orden. Cuando Ellen por fin me echó a las cinco, tomé el camino largo a casa, bajando por Commercial Street a pesar de las hordas de turistas. Pasé por delante del Lobster Pot, donde las familias esperaban en colas interminables. Por delante de Marine Specialties, donde las *drag queens* rebuscaban entre hallazgos *vintage*. Por delante del lugar donde Ty me había invitado a un café aquella primera semana, cuando pensaba que las ocho semanas de convivencia se me harían eternas.

Ahora, un mes me parecía un suspiro. Un mes antes de que Ty se mudara y mi vida volviera a sus ritmos predecibles. Un mes para averiguar si el «todavía no» podría convertirse en un «sí» sin destruirlo todo en el proceso.

La casa estaba vacía cuando llegué. La ausencia de Ty parecía deliberada, como si me estuviera dando espacio para procesar lo que fuera que había pasado entre nosotros. O quizá estaba en la playa, encandilando a turistas y lugareños por igual, olvidándose ya

de su casero rarito que ni siquiera era capaz de gestionar un simple casi beso.

Me preparé la cena, algo sencillo que no requiriera pensar. Comí de pie, apoyado en la encimera, como hacía Ty a veces, aunque me sentí extraño sin sus comentarios sobre mi necesidad de usar platos de verdad. La casa estaba demasiado silenciosa sin sus tarareos, sus pasos en el piso de arriba, su presencia llenando espacios que no me había dado cuenta de que estaban vacíos.

A las nueve, desistí de fingir que leía y me retiré a mi habitación. Podría esperarlo despierto, intentar hablar con él cuando volviera de su turno. Explicarle que «todavía no» no significaba «nunca», que solo necesitaba tiempo para dejar de sentir pánico ante la posibilidad de desearlo.

Pero ¿qué le diría? «Perdona que esté demasiado aterrorizado por mis propios sentimientos como para dejar que me beses, pero, por favor, no tires la toalla todavía». Sonaba patético hasta en mi cabeza.

Oí a Ty llegar sobre las once, sus pasos cautelosos en la escalera, como si intentara no despertarme. La puerta del baño se cerró con un clic, corrió el agua; los sonidos familiares de su rutina nocturna. Permanecí tumbado en la oscuridad, escuchando, preguntándome si él también estaría pensando en lo de esta mañana. Si estaría aliviado por que lo hubiera detenido, o decepcionado, o si le era completamente indiferente.

La puerta de su dormitorio se cerró con un suave clic. La casa se sumió en el silencio.

Me quedé mirando el techo, reviviendo la mañana por centésima vez. La forma en que había pronunciado mi nombre. La paciencia con la que había esperado mi respuesta. La aceptación en su gesto cuando yo había entrado en pánico.

«Todavía no», había dicho. Dos palabras que ahora, en la oscuridad, pesaban mucho más. Una promesa que no estaba seguro de saber cómo cumplir.

Mañana tendría que enfrentarme a él durante el café. Fingir que todo era normal mientras sorteábamos esta nueva tensión entre nosotros, este «casi» que flotaba en el aire como la niebla matutina

sobre el puerto. Tres semanas más de distancias prudentes y momentos inacabados.

A menos que encontrara el valor para convertir ese «todavía no» en algo más.

Pero esa noche, tumbado en mi cuarto cuidadosamente organizado, con sus estanterías ordenadas por colores y su orden predecible, la valentía se sentía tan lejana como septiembre. Así que cerré los ojos e intenté no pensar en las gotas de agua sobre una piel besada por el sol, en el tono exacto de la voz de Ty cuando dijo que iba a besarme, en todos esos «casi» que quizá nunca llegarían a ser nada más.

14

TY

—En absoluto —dije, pero Angie ya estaba sacando el móvil y cotilleando el caos que hubiese encontrado en la página de eventos de Ptown.

—Venga, es perfecto. Martes de karaoke en el Squealing Pig. Bebidas a mitad de precio, canciones horribles y espectáculo garantizado. —Levantó la vista del teléfono con ese brillo en los ojos que anunciaba problemas—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste una auténtica locura?

—¿Te vale cuando acepté vivir con el hombre más estirado de Nueva Inglaterra?

—Eso no es una locura, eso es desarrollo de personaje. —Angie se apoyó en la barra, ignorando la pila de vasos que había que fregar—. Además, llevas días de capa caída. Desde el Gran Incidente de la Toalla del jueves pasado.

Había cometido el error de contarle lo de la situación del pasillo. Bueno, algunas partes. Las partes que no incluían que yo me había quedado desnudo delante de Jamie, ni la forma en que me había mirado antes de decir «todavía no» con aquella voz queda que llevaba días atormentándome.

—No estoy de capa caída.

—Ayer limpiaste todo el inventario de licores. Dos veces. O estás de capa caída o estás sufriendo un ataque de nervios y, como sigues en pie, me decanto por lo primero.

Tenía razón. Últimamente había estado inquieto, atrapado entre las ganas de forzar las cosas con Jamie y el pánico a joder la mejor situación de convivencia que había tenido en meses. Los últimos días se habían resumido en una cortesía forzada y comidas compartidas cargadas con todo lo que no nos decíamos.

—Vale —dije—. Pero no pienso cantar.

—Eso ya lo veremos. —Angie sonrió de oreja a oreja—. Invita a Jamie.

—¿Qué? No. Ni hablar.

—¿Por qué no? A lo mejor te sorprende. Los tíos estirados siempre ocultan un lado salvaje. Es como una ley de la naturaleza.

—Jamie preferiría comer cristales antes que cantar en el karaoke de un garito.

—¿Así que dices que hay una posibilidad?

Le tiré un trapo de bar a la cabeza.

—Digo que hay un cero por ciento de posibilidades.

Sin embargo, más tarde, de camino a casa después del turno, me encontré dándole vueltas. ¿Cuándo había sido la última vez que Jamie había hecho algo solo por diversión? En el mes que llevaba viviendo con él, su rutina consistía en trabajar, leer, organizar cosas que ya estaban organizadas y alguna que otra conversación existencial en el porche. Quizá Angie tuviera razón. Quizá necesitaba hacer una auténtica locura.

Lo encontré en la cocina, preparándose un té con la precisión de un experimento de química. Al verme entrar, levantó la vista y, por un segundo, nos quedamos allí parados, con el peso de todo lo no dicho suspendido entre nosotros como la niebla de la mañana.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó; una pregunta tan normal que casi se me olvidó que llevábamos días andando de puntillas el uno con el otro.

—A tope. La temporada alta no perdona. —Cogí una cerveza de la nevera, intentando parecer natural—. Oye, pregunta rara. ¿Te apetece venir al karaoke esta noche?

Jamie parpadeó.

—Perdona, ¿qué?

—Karaoke. En el Squealing Pig. Con Angie y probablemente la mitad de los trabajadores de verano de Commercial Street. —Le di un sorbo a la cerveza, observando cómo su expresión pasaba por la confusión, la alarma y lo que podría haber sido curiosidad—. Sé que no es lo tuyo, pero…

—Tienes razón —dijo—. No es lo mío en absoluto.

—Vale, de acuerdo. Olvida que te lo he preguntado.

Empecé a subir las escaleras, pero su voz me detuvo.

—¿A qué hora?

Me di la vuelta. Jamie removía su té con una concentración innecesaria, sin mirarme.

—A las nueve y media. Pero de verdad que no tienes por qué…

—Ya sé que no tengo por qué. —Por fin levantó la vista, y había algo distinto en su expresión. Determinación, quizá—. A las nueve y media. Allí estaré.

Y entonces pasó por mi lado en dirección al salón, dejándome plantado en la cocina y preguntándome qué demonios acababa de pasar.

El Squealing Pig hacía honor a su nombre. Escondido entre una galería de arte y una tienda de postales *vintage* carísimas, era el tipo de sitio que probablemente incumplía varias normas sanitarias, pero lo compensaba con su encanto y sus bebidas baratas y fuertes. Cuando llegué a las diez menos cuarto, el local estaba a reventar con la mezcla habitual de gente del pueblo, trabajadores de temporada y turistas que se habían desviado del camino principal de Commercial Street.

Angie había conseguido una mesa cerca del escenario improvisado, que en realidad no era más que una esquina con un micrófono y una máquina de karaoke que parecía más vieja que yo. Me hizo un gesto para que me acercara; ya se había tomado tres copas e irradiaba esa clase de energía peligrosa que acaba con alguien cantando Céline Dion.

—¿De verdad que viene Papi Librero? —preguntó en cuanto me senté.

—No lo llames así.

—No has respondido a la pregunta.

—Dijo que vendría. —Consulté el móvil. Ni un mensaje—. A lo mejor ha cambiado de opinión.

—O a lo mejor está sufriendo un pequeño ataque de pánico mientras elige canción. ¿Qué canta un estirado licenciado en Filología Inglesa en un karaoke? ¿Un poema de Emily Dickinson con música?

Antes de que pudiera responder, lo vi. Estaba de pie en la entrada, recorriendo la sala con la mirada cautelosa de quien entra en territorio enemigo. Y llevaba vaqueros. Vaqueros de verdad, oscuros y bien ajustados, con una camisa de botones azul claro que hacía que sus ojos parecieran increíblemente cálidos detrás de las gafas.

Me había acostumbrado a ver a Jamie con su uniforme de chinos y cárdigans, con esa imagen de respetabilidad académica tan cuidadosamente cultivada. Los vaqueros lo cambiaban todo. Hacían que pareciera más joven, más accesible; como alguien que de verdad podría cantar en el karaoke de un garito un martes por la noche.

—Joder —susurró Angie—. Está…

—¿Humano?

—Iba a decir «bueno», pero vale, me quedo con humano.

Jamie nos vio y se abrió paso entre la multitud, esquivando a turistas borrachos y a un grupo muy entusiasta que cantaba algo que podría haber sido «Bohemian Rhapsody» si forzabas mucho el oído e ignorabas la mitad de las notas.

—Has venido —dije cuando llegó a la mesa, intentando no sonar tan sorprendido como me sentía.

—Me has invitado. —Se sentó frente a mí y examinó el bar con la energía de un antropólogo que estudia una cultura desconocida—. Esto está… animado.

—Esa es una forma de describirlo —dijo Angie—. ¿Qué bebes? Y no me digas que té, porque en este sitio seguramente no tengan nada que no salga de una botella.

—Una cerveza está bien.

Fui a por las bebidas, en parte para darle a Jamie la oportunidad de aclimatarse sin que yo estuviera encima y en parte porque necesitaba un minuto para procesar el hecho de que de verdad se hubiera presentado. Cuando volví, él y Angie estaban enfrascados en una conversación sobre algo que la hacía reír más fuerte de lo que la había visto reír en semanas.

Nos sumimos en una charla distendida, de esas que fluyen entre anécdotas compartidas y bromas amables. Jamie se fue relajando visiblemente a medida que avanzaba la noche; sus hombros perdieron la tensión habitual. Cuando alguien destrozó por completo «Livin' on a Prayer», se rio en lugar de hacer una mueca de dolor.

—Deberías subir —dijo Angie durante una breve pausa en la carnicería musical.

—Ni hablar —respondió Jamie, pero a su protesta le faltaba convicción.

—Venga, es una tradición. Todo el mundo tiene que cantar al menos una vez.

—No creo que eso sea una norma de verdad.

—Pues ahora lo es. —Se giró hacia mí—. Ty, apóyame.

Miré a Jamie, intentando calibrar la seriedad de su resistencia.

—No tienes por qué. Pero en realidad es bastante divertido una vez que superas el pánico inicial.

—¿Y qué iba a cantar?

—Cualquier cosa —dijo Angie—. Cuanto peor, mejor. Esa es la gracia.

Como si fuera una señal, alguien empezó a entonar una versión verdaderamente dolorosa de «My Heart Will Go On», con gestos dramáticos y un *vibrato* capaz de romper cristales.

—¿Lo ves? —dije—. El listón está literalmente por los suelos.

Jamie se quedó callado un buen rato, mirando su cerveza como si pudiera sacarlo del apuro. Entonces, se levantó.

—Una canción —dijo—. Y como se os ocurra grabarlo, me busco otros amigos.

Angie soltó un chillido y dio una palmada, como si Jamie acabara de aceptar donar un riñón. Lo observé mientras se acercaba a la máquina de karaoke, introducía el número de una canción y cogía el

micrófono con la expresión resignada de quien se enfrenta a un pelotón de fusilamiento.

Sonaron las primeras notas y reconocí la canción al instante: «The Night We Met» de Lord Huron. *Claro*. Tenía que ser Jamie, escogiendo algo melancólico y precioso mientras todo el mundo destrozaba clásicos del pop.

Se quedó allí un momento, sujetando el micrófono como si fuera a morderle. Luego, empezó a cantar.

Su voz era queda, un poco rasposa, claramente sin educar. Se le escaparon algunas notas, empezó la segunda estrofa con medio compás de retraso y parecía que quería que se lo tragara la tierra. Pero había algo en su forma de cantar, cuidadosa y sincera, que hizo que el ruidoso bar se convirtiera en ruido de fondo.

No podía apartar los ojos de él. Era Jamie despojado de su armadura habitual de reserva y cortesía, simplemente de pie, vulnerable, frente a una sala llena de desconocidos. La letra hablaba de arrepentimiento y de oportunidades perdidas, y la forma en que la cantaba me hizo pensar que entendía perfectamente lo que significaba.

Cuando terminó, el bar estalló en aplausos y vítores. A Jamie pareció sorprenderle la respuesta positiva; un rubor le tiñó las mejillas mientras devolvía el micrófono y regresaba a nuestra mesa.

—Ha sido precioso —dijo Angie y, por una vez, no estaba siendo sarcástica.

—Ha sido aterrador —respondió Jamie, pero estaba sonriendo—. No me puedo creer que acabe de hacer eso.

—Tienes una voz bonita —dije, lo que era un eufemismo. Su voz era cálida y honesta, de esas que te hacían querer escuchar con más atención.

—Es horrible y lo sabes.

—No es horrible. Es auténtica.

Algo pasó entre nosotros en ese instante, y me di cuenta de lo que le había costado subir allí y dejarse ver. De la misma forma que le había costado algo dejarme vivir en su espacio cuidadosamente ordenado, compartir cenas de pasta, cafés por la mañana y conversaciones tranquilas en el porche.

—Mi turno —anuncié, levantándome antes de que el momento se volviera demasiado denso.

Elegí «Teenage Dream» porque era ridícula y divertida, y exactamente lo contrario a la reflexiva balada de Jamie. Si él podía ser vulnerable, yo podía hacer el idiota. La canté a gritos y desafinada, exagerando el absurdo hasta que todo el bar se unió para cantar el estribillo.

Cuando volví a la mesa, Jamie negaba con la cabeza, pero no podía dejar de sonreír.

—Ha sido una auténtica locura —dijo.

—De eso se trataba.

Nos quedamos una hora más, viendo los desastres musicales de los demás y discutiendo sobre qué canciones elegirían. Jamie se relajó más de lo que lo había visto nunca, riéndose de las peores actuaciones y ofreciendo comentarios sorprendentemente graciosos sobre todo, desde la elección de las canciones hasta la presencia escénica.

Cuando nos fuimos, el aire nocturno se sentía fresco en mi piel después del ambiente cargado del bar. Caminamos despacio por Commercial Street, ninguno de los dos con prisa por llegar a casa y romper el hechizo de la noche.

—Gracias —dijo Jamie cuando giramos hacia nuestra calle.

—¿Por qué?

—Por invitarme. Por no dejar que me esconda entre mis libros todo el verano.

—No te escondes.

—Sí que lo hago. Vaya que si lo hago. —Se detuvo y me miró; la luz de una farola se reflejó en sus gafas—. Esta noche ha sido divertida. Había olvidado lo que era eso.

Estábamos lo bastante cerca como para que pudiera ver las tenues pecas que salpicaban su nariz, lo bastante cerca como para que hubiera sido fácil inclinarse y besarlo como llevaba semanas deseando hacer. El recuerdo de nuestro momento en el pasillo flotaba entre nosotros, con toda esa tensión y esa posibilidad que habían estado latentes bajo nuestra cortés formalidad.

Pero, en lugar de eso, di un paso atrás y eché a andar de nuevo.

—Deberíamos repetirlo alguna vez —dije, que no era lo que quería decir, pero parecía más seguro que las alternativas.

—Quizá —respondió Jamie, poniéndose a mi lado—. Aunque puede que necesite tiempo para recuperarme del trauma de cantar en público.

Llegamos a la casa y Jamie se detuvo con la mano en la verja.

—Por si sirve de algo —dijo en voz baja—, creo que tu versión de «Teenage Dream» fue ligeramente peor que mi intento de ser profundo.

—¿Ligeramente?

—Vale, significativamente peor. Pero en el mejor de los sentidos.

Nos dimos las buenas noches en el porche y lo vi desaparecer dentro antes de entrar yo. Arriba, podía oírlo moverse por su habitación; seguramente se estaría poniendo su pijama de siempre y archivando la noche como una anomalía interesante en su verano, por lo demás, ordenado.

Pero mientras me preparaba para dormir, no dejaba de pensar en su aspecto en aquel escenario improvisado, nervioso y real y completamente él mismo. Y en el sonido de su risa mientras volvíamos a casa, suelta y libre, como si se hubiera dejado algo pesado en el Squealing Pig.

Quedaban tres semanas para el Labor Day. Tres semanas para averiguar si momentos como el de esta noche eran solo magia de verano o algo que podría sobrevivir al final de la temporada.

Me quedé dormido tarareando «Teenage Dream» y pensando en el sonido de la voz de Jamie, que cantaba sobre noches que ojalá pudiéramos cambiar.

15

JAMIE

El martes por la mañana me desperté con la sensación de que alguien me había cambiado mi ansiedad de siempre por rayos de sol de verdad. No un sol metafórico, sino rayos de calor auténticos que se extendían por mi pecho al recordar lo de anoche. El karaoke. El baile ridículo de Ty. La forma en que me miró cuando terminé de cantar, como si lo hubiera sorprendido.

Como si me hubiera sorprendido a mí mismo.

Me preparé café sin mirar la hora, tarareé mientras esperaba a que se hiciera y solo me di cuenta de lo que estaba haciendo cuando Ty apareció en el umbral de la puerta, con el pelo de punta en ángulos imposibles.

«¿Acabas de tararear?», me preguntó, entrecerrando los ojos con suspicacia.

«Yo no tarareo».

«Claro que has tarareado. Pero si acabas de hacerlo. ¿Era… 'The Night We Met'?».

Sentí que el calor me subía por el cuello. «No sé de qué me hablas».

Ty sonrió con esa expresión lenta y divertida que provocaba cosas en mi estómago que yo prefería ignorar. «Jamie Brennan

tarareando a las siete de la mañana. Voy a marcarlo en el calendario».

«No tienes calendario».

«Pues me compraré uno solo para la ocasión».

Se acercó a la cafetera, lo bastante cerca como para notar el olor de su champú, y se sirvió una taza. Nuestros hombros se rozaron cuando fue a coger la nata y, por primera vez, no me aparté de inmediato.

Un avance, por lo visto.

«¿Has dormido bien?», preguntó, apoyado en la encimera.

«Bien». Mejor que bien, en realidad. Me había quedado dormido repasando la noche anterior en lugar de mi lista habitual de preocupaciones. «¿Y tú?».

«Genial. He estado toda la noche soñando con tu actuación estelar».

«Mi actuación fue pasable, como mucho».

«Tu actuación», dijo Ty, dando un sorbo de café y observándome por encima del borde de la taza, «fue muchas cosas. Pero "pasable" no fue una de ellas».

Antes de que pudiera encontrar una respuesta para eso, cogió una tostada y desapareció escaleras arriba, dejándome en la cocina con lo que estaba bastante seguro de que se podía calificar como una sonrisa de idiota.

Necesitaba a Dylan. Pero ya.

Port Reads no abría hasta dentro de una hora, pero sabía que Dylan estaría en la galería desde temprano, probablemente trabajando en su última exposición o en la novela que se creía que nos estaba ocultando a todos. Lo encontré exactamente donde esperaba: sentado en el suelo con las piernas cruzadas, rodeado de cuadros, con un café helado sudando condensación sobre sus vaqueros, a pesar de que apenas eran las ocho y el tiempo no estaba para bebidas frías.

«Estás radiante», dijo sin levantar la vista.

«No estoy radiante».

«Estás radiante, te lo aseguro. Es inquietante». Dylan colocó dos lienzos pequeños contra la pared, ladeó la cabeza para estudiarlos y

luego me miró. «¿Buena noche?».

«Estuvo bien».

«La gente no está radiante cuando las cosas "están bien", Jamie. Suéltalo».

Me senté en un taburete salpicado de pintura, intentando poner una expresión que pareciera normal. «Fuimos a un karaoke».

«¿Fuimos?».

«Ty, Angie y yo».

Las cejas de Dylan le subieron hasta la frente. «Tú. En un karaoke».

«Sé cantar en un karaoke».

«Una vez me dijiste que el karaoke era "narcisismo performativo disfrazado de entretenimiento"».

«A lo mejor he cambiado de opinión».

«A lo mejor es que tienes un crush».

La palabra me cayó como un jarro de agua fría. Crush. Un término tan adolescente, pero escucharlo en voz alta me oprimió el pecho.

«No es un crush», dije de inmediato. «Somos compañeros de piso. Nada más».

«Ajá». Dylan movió otro cuadro, claramente poco impresionado con mi negativa. «¿Cantaste?».

«Puede».

«¿Qué cantaste?».

«¿Y eso qué más da?».

«Da y mucho. La canción que eliges revela todo sobre tu estado emocional».

Suspiré. «"The Night We Met". La de Lord Huron».

Las manos de Dylan se quedaron quietas sobre el lienzo que estaba ajustando. «Esa canción es desoladora».

«Es una elección perfectamente razonable».

«Es una canción sobre el arrepentimiento, las oportunidades perdidas y el deseo de poder volver atrás para cambiarlo todo». Dylan se giró por completo hacia mí, y su expresión pasó de divertida a preocupada. «Jamie, ¿qué narices está pasando entre Ty y tú?».

«Nada. No pasa nada. Solo estamos…». Hice un gesto vago, buscando palabras que no sonaran ridículas. «Coexistiendo. Con éxito».

«Coexistiendo».

«Sí».

«Y él es, ¿qué, soportable?».

Pensé en Ty preparando el desayuno la mañana anterior, de pie en nuestra cocina bajo esa luz suave, disculpándose sin poner excusas. En cómo sonrió cuando acepté ir al karaoke, como si le hubiera hecho un regalo inesperado. En cómo retrocedió la semana pasada en lugar de besarme, respetando un límite que ni siquiera yo sabía que estaba marcando.

«Él es…». Hice una pausa, buscando la palabra adecuada. Algo neutro. Algo que no le diera más munición a Dylan. «De hecho, es bastante encantador».

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera evitarlo. La taza de Dylan se quedó congelada a medio camino de sus labios.

«Encantador», repitió.

«Quería decir considerado. Es considerado».

«Has dicho encantador».

«Me he equivocado al hablar».

«Jamie». Dylan dejó el café y me miró con la paciencia de quien le explica aritmética básica a un niño especialmente lento. «Has llamado "encantador" a tu compañero de piso buenorro. Has ido a un karaoke. Estás tarareando. ¿Quieres que empecemos esta conversación otra vez?».

Me quedé mirando un cuadro en la pared, intentando recuperar el equilibrio. Era una acuarela de Commercial Street bajo la lluvia, todo bordes difuminados y colores suaves, el tipo de desastre precioso en el que normalmente evitaba pensar demasiado.

«Vale», dije por fin. «A lo mejor no es solo coexistir».

«Así me gusta».

«A lo mejor me he dado cuenta de que…». Busqué palabras que fueran ciertas sin ser aterradoras. «Le interesan los libros. Y hace un café muy bueno. Y no me juzga por reorganizar las estanterías cuando estoy estresado».

«Esas son cosas muy seguras de las que darse cuenta».

«Y a lo mejor también me he dado cuenta de que tiene una forma de moverse por el mundo como si perteneciera a todas partes, y de que cuando sonríe es como si compartiera un secreto, y la semana pasada casi me besó en el pasillo y yo le dije "todavía no" en vez de "no" y no he podido dejar de pensar en lo que eso significa».

Las palabras se atropellaron, más rápidas de lo que podía contenerlas; meses de observación cuidadosa y sentimientos reprimidos por fin salían a la luz. Dylan escuchó sin interrumpir, con una expresión cada vez más cómplice.

«Ahí está», dijo cuando terminé.

«¿Ahí está el qué?».

«La verdad. Te gusta».

«Yo…». Abrí la boca para discutir, pero la volví a cerrar. ¿Qué sentido tenía? Dylan me conocía desde hacía tres años. Me había visto salir exactamente con dos personas en ese tiempo, ambos hombres seguros, intelectuales y emocionalmente inaccesibles que nunca habían desafiado mis rutinas ni me habían hecho cuestionar mis límites cuidadosamente construidos.

«Sí», admití en voz baja. «Me gusta».

«¿Te gusta de verdad?».

«Me gusta de verdad».

«No solo atracción. No solo buena química de compañeros de piso. Te gusta».

Pensé en Ty leyendo en el porche la semana pasada, completamente absorto en su novela de piratas espaciales, riéndose de vez en cuando de algo que leía. En la forma en que había escuchado cuando hablé de dar clase, haciendo preguntas que demostraban que había estado prestando atención. En cómo me había hecho reír en el Squealing Pig, cantando esa canción ridícula como si la alegría fuera lo más natural del mundo.

«Me gusta de verdad», confirmé.

Dylan asintió lentamente, como si acabara de confirmar una hipótesis que llevaba semanas poniendo a prueba. «Sabes que esto ya no es un crush, ¿verdad?».

Esta vez, las palabras me golpearon de forma diferente. Más pesadas. Más permanentes. Un crush sugería algo temporal, manejable, algo que podías ignorar o esperar a que se desvaneciera. Esto parecía más grande. Más complicado.

«No lo hagas», dije.

«¿Que no haga qué?».

«No lo hagas más grande de lo que es. Se va en tres semanas. Después del puente, volverá a la vida que tuviera antes, y yo volveré a la mía. Esto es solo… el verano».

«A lo mejor».

«Seguro. No pegamos ni con cola. A mí me gusta el orden, a él le gusta el caos. Yo leo ficción literaria, él lee sobre piratas espaciales. Yo me acuesto a las diez, él llega a casa a las dos de la mañana cantando canciones de musicales».

«Los polos opuestos se atraen».

«Los polos opuestos se sacan de quicio y luego uno de los dos se muda».

Dylan volvió a coger el café y me estudió por encima del borde de la taza. «¿Te ha sacado de quicio últimamente?».

Lo pensé con sinceridad. La guerra de pósits había terminado hacía semanas. Sus tarareos se habían convertido en música de fondo en lugar de en una molestia. Incluso su costumbre de dejar las toallas en el suelo del baño me parecía más entrañable que irritante ahora, sobre todo desde que había empezado a doblarlas después.

«No», admití.

«¿Cuándo fue la última vez que reorganizaste las estanterías?».

«No veo qué tiene que ver eso».

«Jamie. ¿Cuándo?».

«Hace dos semanas. O quizá tres». Antes de que Ty empezara a preparar la cena para los dos y nuestras conversaciones en el porche se convirtieran en algo habitual. Antes de que empezara a desear encontrarlo en la cocina al volver del trabajo.

«Tres semanas sin organizar nada por estrés. Eso podría ser un récord personal».

«He estado muy ocupado en la tienda».

«Has estado feliz, querrás decir».

Feliz. Una palabra tan simple para algo que se sentía tan complicado. Pero Dylan no se equivocaba. La ansiedad de bajo nivel que solía zumbarme bajo la piel se había calmado en el último mes. Dormía mejor. Sonreía más. Pasaba menos tiempo preocupándome por si estaba viviendo la vida correctamente y más tiempo simplemente viviéndola.

«Eso no cambia nada», dije. «Sigue siendo temporal».

«¿Tiene que serlo?».

La pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, cargada de posibilidades que no estaba preparado para examinar. Dylan movió otro cuadro, dándome tiempo para procesarlo, pero podía sentir su atención como un peso.

«No se va a quedar en Ptown», dije finalmente. «Este trabajo es de temporada. Su vida está en otra parte».

«Su vida podría estar en cualquier parte. Es lo que tienen los camareros, que son portátiles».

«Dylan».

«Solo digo que, a lo mejor, en lugar de asumir que tiene que acabar mal, podrías ver qué pasa si lo intentas de verdad».

Intentarlo. Una palabra tan pequeña, pero que se sentía enorme. Intentarlo significaba admitir en voz alta que quería algo más que estas conversaciones cautelosas y circulares. Significaba arriesgar la cómoda rutina que habíamos construido. Significaba que la posibilidad de perderlo en tres semanas dolería aún más de lo que ya iba a doler.

Pero también significaba la posibilidad de no perderlo en absoluto.

«No sé cómo hacerlo», dije en voz baja.

Dylan sonrió, y fue la primera expresión genuina que había puesto desde que entré. «Empieza con algo pequeño. Dile que te gusta su café. Dale las gracias por la cena. Deja de analizar cada interacción como si fuera una partida de ajedrez».

«¿Y si no está interesado?».

«Jamie. El tío casi te besa en el pasillo. Te invitó a un karaoke. Te prepara pasta para cenar. O está interesado o es la persona más

romántica por accidente de todo Cape Cod. Tenéis que dejar de hacer el idiota los dos, en serio».

Me reí a mi pesar. «Visto así…».

«Te lo digo como alguien que lleva un mes viéndoos marear la perdiz. Tú le gustas. Él te gusta a ti. El resto son solo detalles».

Detalles. Como el hecho de que no había salido con nadie en ocho meses, o que nunca había vivido con alguien que me atrajera. Como el hecho de que en tres semanas el verano terminaría y todo cambiaría, quisiera yo o no.

Pero quizá Dylan tenía razón. Quizá, en lugar de catalogar todas las formas en las que esto podía salir mal, podía centrarme en cómo me sentía ahora mismo. La calidez en mi pecho cuando Ty me sonreía. La forma en que nuestras conversaciones se habían vuelto más profundas y sinceras. El simple placer de compartir espacio con alguien que se sentía como un hogar.

«Vale», dije.

«¿Vale?».

«Voy a intentarlo. Pasos pequeños. Nada de partidas de ajedrez».

Dylan sonrió y levantó su taza de café en un brindis fingido. «Por Jamie Brennan, que por fin admite que tiene sentimientos».

«Por Jamie Brennan, que probablemente está a punto de hacer un ridículo espectacular».

«Eso también. Pero oye, al menos será interesante».

Contra eso no podía discutir.

16

TY

Las luces se apagaron exactamente a las 21:47, justo cuando le estaba escribiendo a Angie para preguntarle si debería lanzarme de una vez por todas con Jamie. En un segundo estaba mirando el móvil, escribiendo y borrando el mismo mensaje por quinta vez, y al siguiente la casa se sumió en la más absoluta oscuridad. Hasta las farolas de la calle se habían apagado.

Me quedé sentado en la cama un minuto, esperando a que la corriente volviera, pero como no lo hizo, cogí el móvil para usar la linterna y fui hasta el salón, donde un suave resplandor dorado ya danzaba por las paredes.

Jamie estaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas, envuelto en lo que parecían todas las mantas que tenía, y leía a la luz de las velas. Había encendido al menos seis por toda la estancia, convirtiendo el salón en una escena sacada de una serie de época. Solo le faltaban unas gafas de montura fina y un pañuelo al cuello.

—Qué rápido eres —dije, acomodándome en el sillón de enfrente.

Levantó la vista del libro, con el rostro a media luz por el parpadeo de las llamas.

—Tengo velas de emergencia en todas las habitaciones. La red eléctrica de Ptown no es que sea muy de fiar durante las tormentas

de verano.

—Pero si no hay ninguna tormenta.

—Será por la sobrecarga de los turistas. Todo el mundo con el aire acondicionado y los aparatos cargando. A veces la red se rinde y punto —marcó la página con un dedo—. Debería volver en menos de una hora.

Estudié su cara a la luz de las velas, fijándome en cómo el suave resplandor le suavizaba los rasgos, normalmente afilados. Parecía más joven, más relajado.

—Pareces extrañamente preparado para el apocalipsis.

—La formación de boy scout nunca se olvida —cerró el libro y lo dejó a un lado—. Además, he vivido suficientes apagones veraniegos como para saber que no hay que dejarse llevar por el pánico.

—Ah, ¿así que fuiste boy scout? Estoy intentando imaginarme al pequeño Jamie aprendiendo a hacer nudos y a encender fuegos.

—Me tomaba muy en serio las insignias —una sonrisa asomó por la comisura de sus labios—. El jefe de mi patrulla decía que era el niño de once años más organizado que había conocido.

—No me extraña —me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Cuál era tu insignia favorita?

—Leer. Obviamente —señaló las estanterías que cubrían las paredes—. Aunque también se me daba de maravilla acampar y la supervivencia en la naturaleza.

—Eso ya me cuesta más imaginármelo. Tú en el bosque, a la aventura.

—Me gustaba su estructura. Había reglas para todo: cómo purificar el agua, construir un refugio, pedir ayuda… Me daba seguridad saber que existía una forma correcta de afrontar cualquier situación.

La forma en que lo dijo hizo que algo se me revolviera en el pecho. Incluso de niño, Jamie había estado buscando la manera de controlar su entorno y de dar sentido a un mundo que probablemente le parecía caótico e impredecible. Me pregunté qué le habría hecho necesitar ese tipo de seguridad con tanta urgencia.

—¿Nos sentamos en el porche? —le pregunté—. Igual fuera se está más fresco.

Se lo pensó, mirando hacia la puerta principal.

—Los mosquitos nos van a acribillar.

—Yo te protegeré de los mosquitos.

—¿Con qué? ¿Con tu encanto arrollador?

—Si es necesario.

Jamie se rio, un sonido que nunca dejaba de provocar que el estómago me diese un vuelco.

—Vale. Pero me llevo mi fortaleza de mantas.

Nos trasladamos fuera. Jamie seguía envuelto en su colección de mantas mientras yo cogía dos cervezas de la nevera, ahora inerte. Las botellas apenas estaban frías, pero una cerveza es una cerveza. La calle estaba extrañamente silenciosa sin el zumbido habitual de los aires acondicionados y los aparatos electrónicos. Incluso la calle Commercial, que normalmente bullía con la gente que abarrotaba los bares a esas horas, parecía apagada.

Jamie se acomodó en su silla de siempre, con las piernas encogidas debajo del cuerpo, como un gato. Yo ocupé la otra silla y abrí mi cerveza, escuchando el lejano sonido de las olas y el murmullo más cercano del viento entre los hierbajos de la playa del vecino.

—Qué bien se está —dije—. Qué paz.

—Lo dices como si te sorprendiera.

—Pues supongo que sí. Estoy acostumbrado al ruido: música de fondo, gente hablando, coches… lo que sea. El silencio me pone nervioso.

Jamie le dio un sorbo a su cerveza e hizo una mueca por la temperatura.

—A mí me encanta el silencio. Es una de las razones por las que me mudé aquí.

—¿Y cuáles son las otras?

Se quedó callado un momento, con la vista fija en la calle a oscuras.

—Empezar de cero, supongo. Después de que lo de ser profesor no saliera bien, necesitaba un sitio donde pudiera, simplemente…, ser yo. Descubrir quién era cuando no intentaba ser lo que los demás esperaban de mí.

Había algo crudo en su voz, una vulnerabilidad que solo le había atisbado en contadas ocasiones. Me dieron ganas de estirar el brazo por el espacio que nos separaba y tocarle la mano, pero me quedé quieto, intuyendo que necesitaba la distancia para seguir hablando.

—¿Y qué esperaban los demás? —pregunté.

—Éxito. Logros. Una trayectoria clara del punto A al punto B —se ajustó la manta sobre los hombros—. Mis padres tenían todo un plan para mi vida: una buena universidad, una carrera respetable, una casa en las afueras, boda, hijos… Todo muy pulcro y predecible.

—¿Y tú querías otra cosa?

—Yo quería no decepcionarlos. Pero tampoco era capaz de convertirme en la persona que ellos querían que fuera. El trabajo de profesor se suponía que era un punto intermedio: respetable, pero también con sentido. Cuando aquello se fue al traste… —se encogió de hombros—, me di cuenta de que había estado viviendo la vida que otro había imaginado para mí.

Asentí, comprendiendo más de lo que probablemente él creía.

—Así que te mudaste al borde del continente y abriste una librería.

—Técnicamente, me mudé al borde del continente y conseguí un trabajo en la librería de otro. Pero sí.

—Eso es de valientes.

Jamie se volvió para mirarme, con una expresión de sorpresa en el rostro.

—No creo que nadie me haya llamado valiente nunca.

—Pues deberían haberlo hecho. Hay que tener agallas para mandar tu vida a la mierda y empezar de nuevo.

Nos quedamos sentados en un silencio cómodo durante un rato; el aire cálido estaba cargado de sal y del lejano aroma de las rosas de playa. Me sorprendí a mí mismo estudiando el perfil de Jamie a la luz de la luna: la forma en que la manta se le había deslizado de un hombro, el cuidado con el que sostenía la cerveza, como si temiera derramarla.

—¿Y tú? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Qué te trajo a Ptown?

La pregunta que llevaba semanas esquivando. Le di un trago largo a la cerveza para ganar tiempo y entonces me di cuenta de

que estaba harto de escurrir el bulto.

—Mi padre —dije—. O, mejor dicho, el hecho de que hace dos años que no me habla.

Jamie se quedó muy quieto, como hacía cuando escuchaba de verdad; no solo oía las palabras, sino que prestaba atención a lo que había debajo de ellas.

—Estábamos muy unidos cuando yo era pequeño —continué—. Me enseñó a hacer surf, me llevaba de acampada… todas esas cosas para estrechar lazos entre padre e hijo. Creía que era el tío más guay del mundo. Pero en el último año de instituto salí del armario y todo cambió.

Notaba las palabras oxidadas en la boca. Ya había contado esta historia antes, pero nunca a alguien cuya reacción me importara de verdad.

—No me echó de casa ni nada dramático. Simplemente… se distanció. Dejó de preguntarme por mi vida. Dejó de invitarme a las reuniones familiares. Cuando me gradué en la universidad, no vino a la ceremonia. Dijo que tenía que trabajar.

Jamie emitió un sonido suave, a medio camino entre un suspiro y un murmullo de comprensión.

—La última conversación que tuvimos fue sobre mis perspectivas laborales. No paraba de insistir en que solicitara puestos «de verdad», trabajos en empresas que quedaran bien en el currículum. Cuando le dije que estaba contento trabajando de camarero y viendo qué hacer con mi vida, me contestó que quizá entendería lo que es la responsabilidad cuando madurara —me reí, pero sonó amargo—. Tenía veintiocho años.

—No es justo.

—No, no lo es. Pero tampoco es sorprendente. El concepto de masculinidad de mi padre es bastante limitado. Un hijo gay que sirve copas para ganarse la vida no encaja en el molde.

Me di cuenta de que estaba apretando la botella de cerveza con demasiada fuerza y me obligué a relajarme. Este era exactamente el tipo de conversación que solía evitar, la que te dejaba con una sensación de vulnerabilidad y desamparo. Pero algo en la oscuridad

y en la firme presencia de Jamie me hizo sentir que podía soltar las palabras sin peligro.

—Así que desde entonces he ido dando tumbos. Diferentes ciudades, diferentes bares, sin quedarme en ningún sitio el tiempo suficiente como para echar raíces. Pensé que si seguía moviéndome, no importaría que no tuviera un lugar de verdad.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy sentado en un porche en Ptown bebiendo cerveza caliente a oscuras. Podría ser peor.

Jamie guardó silencio durante un buen rato, y me pregunté si habría dicho demasiado, si lo habría asustado con la confesión sobre los problemas con mi padre. Pero cuando lo miré, su expresión era pensativa, no de alarma.

—Por si sirve de algo —dijo finalmente—, creo que tu padre es idiota.

Aquella simple frase me afectó más que cualquier discurso elaborado.

—¿Sí?

—Sí. Eres amable, divertido, trabajador y haces un café excelente. Si él no es capaz de ver eso porque está obsesionado con ideas anticuadas sobre cómo debería ser su hijo, él se lo pierde.

Algo que tenía atenazado en el pecho se aflojó.

—Gracias.

—Lo digo en serio —Jamie se removió en la silla, ajustándose la manta—. Y que conste que no creo que haya nada de malo en ir descubriendo las cosas sobre la marcha. Algunos necesitamos más tiempo para encontrar nuestro camino.

—¿Aunque ese camino implique servir copas a los turistas?

—Sobre todo en ese caso. Se te da bien y haces feliz a la gente. Eso no es ninguna tontería.

La convicción en su voz me pilló por sorpresa. Jamie, el que lo planeaba todo y valoraba la estabilidad por encima de todo, defendiendo mi forma caótica y desestructurada de afrontar la vida. Me entraron ganas de besarlo y de llorar, todo a la vez.

—Además —añadió—, la temporada turística mantiene Ptown a flote. Sin gente como tú, este sitio se moriría cada invierno.

—¿Gente como yo?

—Trabajadores de temporada a los que de verdad les importa hacer bien su trabajo. Eso no se da por sentado, ¿sabes?

Me quedé mirándolo, a este hombre tan correcto que, de alguna manera, había visto en mí algo que mi propio padre no había podido ver. El espacio entre nuestras sillas me pareció a la vez demasiado grande y demasiado pequeño.

—¿Jamie?

—¿Sí?

—Gracias por escucharme.

Sonrió, e incluso en la penumbra pude ver la calidez en sus ojos.

—Gracias por contármelo.

La luz decidió volver justo en ese momento, de forma repentina y brusca tras una hora de oscuridad. La lámpara del porche se encendió con toda su intensidad, haciendo que ambos entrecerráramos los ojos y nos riéramos. A través de las ventanas, pude ver el interior de la casa de repente iluminado; las velas parecían pequeñas e innecesarias frente a las luces eléctricas.

—Bueno —dijo Jamie, desenvolviéndose de su colección de mantas—, esa es mi señal para apagar las velas antes de que quememos la casa.

—Buena idea —lo seguí adentro, fijándome en el cuidado con el que realizaba su rutina nocturna: velas apagadas, mantas dobladas, botellas de cerveza vacías enjuagadas y apartadas para reciclar.

Mi estómago eligió ese instante para rugir, tan fuerte que Jamie se dio la vuelta.

—¿Has cenado? —preguntó.

—He comido tarde —mentira. Había estado demasiado nervioso pensando en si lanzarme o no como para acordarme de la comida.

Jamie desapareció en la cocina y oí el sonido del tostador al encenderse. Unos minutos después, apareció con un plato con una única tostada, negra por un lado y apenas caliente por el otro.

—Lo siento —dijo, con aire avergonzado—. Se me había olvidado lo puñetero que es el tostador después de los apagones. Se reinicia todo.

Miré el triste y desigual trozo de pan que me ofrecía.

—¿Estás intentando envenenarme?

—Estoy intentando darte de comer —partió la tostada por la mitad y me dio el trozo menos carbonizado—. Nos repartimos el desastre.

Le di un mordisco a mi mitad, que ciertamente tenía más bordes quemados que tostada propiamente dicha, y observé a Jamie hacer lo mismo. Arrugó la cara mientras masticaba.

—Esto está malísimo —dijo.

—Absolutamente horrible —convine, dándole otro bocado.

—¿Y por qué seguimos comiéndola?

—Porque me la has preparado tú.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera evitarlo, más sinceras de lo que pretendía. Jamie me miró y algo cambió en su expresión.

—Ty…

—Será mejor que me vaya a la cama —dije rápidamente, sintiéndome de repente demasiado expuesto—. Mañana madrugo.

Asintió, aunque no apartó los ojos de mi cara.

—Que duermas bien.

—Tú también.

Ya estaba a medio camino de mi habitación cuando me di la vuelta. Jamie seguía de pie en la cocina, sosteniendo su mitad de la horrible tostada.

—Jamie, ¿lo que has dicho antes sobre encontrar tu camino?

—¿Sí?

—Creo que estoy empezando a averiguar cuál es el mío.

No esperé su respuesta. Pero al cerrar la puerta de mi dormitorio, juraría que le oí susurrar mi nombre.

17

JAMIE

El jueves por la mañana, el calor golpeó Ptown como un castigo divino. Para cuando llegué andando al trabajo, llevaba la camisa pegada a la espalda y los turistas ya empezaban a abandonar Commercial Street para buscar la seguridad con aire acondicionado de las tiendas y los restaurantes. Hasta el puerto parecía perezoso, el agua demasiado quieta y cristalina.

En Port Reads, Ellen había puesto el viejo aparato de ventana a la máxima potencia, lo que significaba que traqueteaba constantemente y se limitaba a mover el aire caliente de un lado a otro sin llegar a enfriar nada. Me pasé la mayor parte del día reponiendo la sección de viajes mientras los clientes se abanicaban con folletos y se quejaban del tiempo.

—Es como respirar sopa —anunció una mujer, usando una guía de Cape Cod a modo de abanico improvisado.

Asentí con compasión mientras calculaba mentalmente cuántas horas más faltaban para que pudiera escapar a mi casita. Al menos allí tenía ventilación cruzada y la pequeña bendición de los árboles que daban sombra.

A las cinco, la sola idea de cocinar algo más complejo que un sándwich me daba ganas de tumbarme en el linóleo de la librería y rendirme por completo. Pero me había prometido que empezaría a

cenar platos de verdad en lugar de sobrevivir a base de café y lo que fuera que a Ty le diera por preparar. «Crecimiento personal», lo había llamado Dylan. En ese momento, se parecía más a una tortura personal.

La casa estaba ligeramente más fresca que la calle, pero no mucho más. Había dejado todas las ventanas abiertas esa mañana, con la esperanza de que corriera una brisa que nunca llegó. El salón parecía un invernadero, e incluso mi cocina, normalmente impoluta, tenía un aspecto mustio.

Me quedé parado delante de la nevera un minuto entero, dejando que el aire frío me envolviera mientras intentaba reunir la energía necesaria para hacer la cena. Algo sencillo. Pasta, quizá, o huevos revueltos. Comida que requiriera un calor mínimo y aún menos esfuerzo mental.

Los huevos revueltos ganaron por descarte. Saqué el cartón de la nevera, junto con la mantequilla y la leche, moviéndome con esa lentitud deliberada que exige el calor. Todo pesaba, todo era un esfuerzo, como si me moviera bajo el agua.

El primer error fue poner el fuego a media potencia por costumbre. El segundo fue no prestar atención al chisporroteo de la sartén al calentarse. Para cuando casqué el primer huevo, la mantequilla ya se estaba dorando, demasiado caliente e impaciente.

Estaba batiendo los huevos en un cuenco, tratando de salvar la situación con un poco de técnica, cuando oí la llave de Ty en la puerta de entrada. Llevaba toda la semana doblando turnos, cubriendo a alguien que se había rajado de su compromiso para la temporada turística. La mayoría de los días llegaba a casa con pinta de haberse peleado personalmente con cada uno de los transeúntes de Commercial Street.

—¿Jamie? —su voz llegó desde el pasillo, cansada pero cálida.

—En la cocina —contesté sin apartar la vista de mi tarea.

Oí sus pasos en el parqué, el golpe sordo de su bandolera al caer al suelo cerca de la puerta. Apareció en mi campo de visión periférico, con el pelo húmedo de sudor y la camisa del trabajo pegada al pecho de una manera que hizo que mi cerebro se

detuviera momentáneamente antes de volver a sus preocupaciones ovoides.

—Joder, qué calor —dijo, abriendo la nevera y cogiendo una botella de agua—. ¿Cómo se te ocurre cocinar con este tiempo?

—Decisiones de vida cuestionables.

Se rio, un sonido grave y ligeramente entrecortado. Sentía cómo me observaba trabajar, lo que debería haberme molestado, pero por alguna razón no lo hizo. Había algo reconfortante en su presencia en la cocina, como si ese fuera su sitio.

—Huele bien —comentó, lo cual era muy generoso por su parte, teniendo en cuenta que estaba bastante seguro de que ya había empezado a quemar lo que quedaba de la mantequilla.

Estaba echando los huevos batidos en la sartén, viéndolos burbujear y cuajar en la superficie demasiado caliente, cuando Ty pasó por detrás de mí para llegar al cajón de los cubiertos. Era una maniobra de cocina perfectamente normal, el tipo de movimiento coordinado que llevábamos semanas haciendo sin incidentes.

Pero esta vez, al estirarse para coger un tenedor, su mano izquierda se posó suavemente en la parte baja de mi espalda.

Solo para apoyarse. Un simple roce casual entre dos personas que comparten espacio en una cocina estrecha y alargada. Nada más significativo que las docenas de roces y choques accidentales que ocurren cuando vives con alguien.

Excepto que…

Excepto que no apartó la mano de inmediato. Su palma descansó en la curva de mi espalda, cálida incluso a través de mi camisa de algodón, y sentí cada uno de sus dedos como si se estuvieran marcando a fuego en mi piel. Se me cortó la respiración, de forma brusca y audible, y me quedé completamente inmóvil.

Los huevos siguieron cocinándose, probablemente demasiado, pero yo no era capaz de recordar cómo mover la espátula. Toda mi atención se había concentrado en el punto donde la mano de Ty tocaba mi columna, en la suave presión que ejercía, en la forma en que su pulgar rozaba, casi imperceptiblemente, la tela.

Debería haberme apartado. Debería haber hecho alguna broma sobre el espacio personal o la eficiencia en la cocina. Debería haber

hecho cualquier cosa que no fuera quedarme ahí plantado, paralizado, con el corazón martilleándome las costillas como si intentara escapar.

Pero no me moví. Y él tampoco.

El momento se alargó entre nosotros, tenso y eléctrico, mientras los huevos siseaban en la sartén y la cocina se volvía imposiblemente más cálida. Podía sentir a Ty detrás de mí, sólido y cercano, su aliento removiendo el pelo de mi nuca. Su mano permanecía firme en mi espalda, sin moverse, sin explorar, simplemente… ahí. Presente. Intencionada.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Probablemente unos segundos. Parecieron horas.

Finalmente, en silencio, Ty retiró la mano. Cogió el tenedor del cajón, el leve tintineo de los cubiertos, y retrocedió para darme espacio. Pero la ausencia de su contacto fue casi peor que su presencia, como perder algo que apenas había tenido tiempo de entender que deseaba.

—Perdona —dijo con la voz un poco ronca—. No quería agobiarte.

Me volví hacia los fogones, agradecido por tener una excusa para no mirarlo. Los huevos estaban claramente pasados, gomosos y con un aspecto lamentable.

—No pasa nada. Es que…, bueno, intentaba no quemar la cena.

Lo cual era mentira. Ya había quemado la cena, y los dos lo sabíamos.

—Claro —dijo Ty, y pude oír la sonrisa en su voz—. Una tarea importante.

Se quedó en la cocina mientras yo terminaba de «cocinar», apoyado en la encimera con su botella de agua, sin hablar, pero sin irse tampoco. Yo era hiperconsciente de su presencia, de cómo me observaba servir los huevos en los platos, de la naturalidad con que se estiraba para coger el salero.

Cada pequeña interacción se sentía ahora cargada de electricidad, preñada del recuerdo de su mano en mi espalda. Cuando pasó rozándome para coger unas servilletas, contuve la

respiración. Cuando nuestros dedos se tocaron al darle su plato, una descarga me recorrió el brazo.

—Gracias —dijo al aceptar su ración de huevos ligeramente catastróficos.

—No me des las gracias todavía. Aún no los has probado.

Comimos de pie en la encimera de la cocina, ambos demasiado acalorados como para plantearnos sentarnos en cualquier lugar que no tuviera acceso directo a las ventanas abiertas. Los huevos estaban, como era de esperar, terribles. Demasiado hechos y poco sazonados, con una desafortunada textura gomosa que delataba mi completo abandono de los principios básicos de la cocina.

—Están… —empezó Ty, masticando pensativamente.

—¿Malísimos?

—Iba a decir «originales».

—Eso es ser generoso.

—Soy un tío generoso. —Le dio otro bocado e hizo una mueca—. Vale, están bastante malos. Pero los he comido peores.

—¿Cuándo?

—En el comedor de la universidad. El primer año. Tenían una cosa que llamaban huevos revueltos, pero estoy bastante seguro de que era solo goma amarilla con forma de huevo.

Me reí a mi pesar.

—¿Y aun así te lo comías?

—Tenía dieciocho años y un hambre permanente. Me habría comido hasta los platos si les hubieran puesto salsa picante.

Terminamos nuestros respectivos desastres en un silencio cómplice, esa clase de quietud que resulta cómoda en lugar de incómoda. Pero bajo esa normalidad, todavía podía sentir el eco de su contacto, la forma en que mi piel había respondido a la simple presión de su palma.

Después de cenar, Ty desapareció en el cuarto de baño para lo que yo ya había aprendido que era su ritual posjornada: una ducha fría que duraba exactamente doce minutos y producía suficiente vapor como para empañar todos los espejos de la casa. Aproveché ese tiempo para limpiar la cocina, rascando los trozos quemados de

la sartén e intentando convencerme de que no había pasado nada importante.

Solo había sido un roce. La gente se toca todo el tiempo. Contacto casual y sin importancia entre compañeros de piso que se mueven en un espacio pequeño. El hecho de que todo mi sistema nervioso hubiera sufrido un cortocircuito probablemente era solo un efecto secundario del calor, la deshidratación o la locura veraniega en general.

Excepto que todavía podía sentir la forma exacta de su mano en mi espalda. Su calor. La forma en que no la había retirado al instante.

Estaba metiendo los platos en el lavavajillas cuando Ty salió del baño, con el pelo húmedo y la piel enrojecida por el agua. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y me obligué a concentrarme muy intensamente en enjuagar la espuma de un tenedor.

—¿Mejor? —pregunté sin levantar la vista.

—Mucho. Aunque creo que voy a derretirme en el sofá y a fundirme con los muebles.

—Parece un plan sólido.

Esperaba que desapareciera en el salón, tal vez que encendiera el pequeño ventilador que habíamos estado colocando estratégicamente por toda la casa. En lugar de eso, se quedó en el umbral de la cocina, desenroscando el tapón de otra botella de agua.

—¿Jamie?

—¿Sí? —Finalmente levanté la vista, lo que fue un error. La combinación de pelo húmedo, piel sonrosada y la forma en que me miraba hizo que se me secara la boca.

—Gracias por la cena.

—Estaba malísima.

—Sí, pero la has hecho de todos modos. Aunque aquí dentro haga más o menos la temperatura del infierno y cualquier persona cuerda habría pedido comida para llevar.

—No soy conocido por mi cordura.

Sonrió, una sonrisa lenta y cálida.

—Me estoy empezando a dar cuenta.

Había algo en su voz, una nota que no pude identificar del todo, pero que hizo que se me acelerara el pulso. Nos miramos a través de la pequeña cocina y sentí que el aire entre nosotros cambiaba, cargándose de posibilidades.

Entonces, el móvil de Ty vibró en algún lugar del salón, rompiendo el momento. Miró hacia el sonido y luego de nuevo a mí.

—Debería mirar. Podría ser del trabajo.

—Claro.

Empezó a irse, pero se detuvo en la puerta.

—¿Jamie?

—¿Sí?

—Por si sirve de algo, no me ha importado. Lo de antes. En la cocina.

Antes de que pudiera procesar esa afirmación o formular cualquier tipo de respuesta, se había ido, dejándome solo junto al fregadero con el corazón intentando abrirse paso a golpes fuera de mi pecho.

Terminé de limpiar la cocina con precisión metódica, repasando encimeras que ya estaban limpias y reorganizando botes de especias que ya estaban perfectamente alineados. Pero me temblaban ligeramente las manos y no dejaba de reproducir las palabras de Ty en mi cabeza.

No me ha importado.

Lo que significaba que él había sido tan consciente del momento como yo. Que el contacto no había sido del todo accidental, o al menos, que el hecho de que se prolongara no lo había sido. Que quizá no me estaba volviendo loco ni estaba interpretando señales que no existían.

La idea era aterradora y emocionante a partes iguales.

Me retiré a mi habitación antes de lo habitual, con la excusa del agotamiento por el calor. Pero en realidad, necesitaba espacio para procesar lo que había pasado, lo que podría significar y si yo era lo suficientemente valiente como para desear que volviera a ocurrir.

Cerré los ojos y me permití recordar el peso de su mano en mi espalda, la forma en que el tiempo pareció ralentizarse y volverse

más denso a nuestro alrededor. Mañana, probablemente, lo analizaría hasta despojarlo de todo significado, encontraría una docena de razones por las que no era más que una coincidencia y proximidad.

Pero esta noche, en la oscuridad de mi cuarto, con el sonido de Ty moviéndose por la casa, me permití preguntarme qué pasaría si no fuera nada de eso.

18

TY

No podía dormir.

No era por el calor, aunque la casita seguía pareciendo un horno de ladrillo a pesar de tener todas las ventanas abiertas. Tampoco por el estrés del trabajo ni por el turno de mañana en el The Shell & Shaker. No podía dormir porque no paraba de revivir aquel momento en la cocina, la forma en que Jamie se había quedado completamente inmóvil cuando le toqué la espalda.

No se había apartado.

Esa era la idea que daba vueltas y más vueltas en mi cabeza mientras yacía en la cama, escuchando el lejano rumor de las olas y el ocasional coche que pasaba por Commercial Street. Jamie, que se encogía cuando la gente se acercaba demasiado y que probablemente tenía un diagrama de flujo mental sobre las interacciones apropiadas entre compañeros de piso, no se había apartado de mi contacto.

Es más, diría que se había inclinado hacia mí. Solo un poco, de forma casi imperceptible, pero lo había notado.

Me di la vuelta en la cama y le di un puñetazo a la almohada, frustrado. Estaba adentrándome en terreno pantanoso. Jamie no era un turista en busca de un rollo de verano ni un cliente habitual del bar que supiera exactamente lo que quería. Era complicado,

precavido y, probablemente, lo más opuesto a un lío casual por lo que me había sentido atraído en mi vida.

Pero, joder, sí que me atraía. Lo había hecho desde la primera noche, cuando me enseñó la casa con esa energía nerviosa suya y sus estanterías ordenadas por colores. La atracción no había hecho más que empeorar durante las últimas semanas: al verle beber su té matutino con una precisión casi religiosa, al oírle tararear inconscientemente mientras limpiaba, al vislumbrar el humor seco y la amabilidad genuina que se escondían tras su apariencia reservada.

Y esa noche, por primera vez, me había permitido tocarle. Tocarle de verdad, no el roce accidental de manos o el choque de hombros en el estrecho pasillo. Le había puesto la mano en la espalda, la había mantenido ahí, y él me había dejado.

La pregunta era: ¿y qué cojones hacía yo con esa información?

Debí de quedarme dormido en algún momento, porque me despertó el sonido de Jamie moviéndose por la planta de abajo. El molinillo de café, el hervidor, el suave tintineo de su taza favorita contra la encimera. Apenas eran las siete y media, lo que significaba que a las nueve estaría en Port Reads, o incluso antes si Ellen esperaba recibir un nuevo pedido.

Lo encontré en la mesa de la cocina, ya vestido para el trabajo con unos chinos planchados y una camisa de botones de un azul suave que, de alguna manera, hacía que sus ojos parecieran más oscuros. Levantó la vista cuando aparecí y capté el rápido destello de conciencia en su expresión antes de que la enmascarara con una estudiada amabilidad.

—Buenos días —dijo, pasando la página del libro que estuviera leyendo—. Hay café, si quieres.

—Gracias —me acerqué a la encimera, hiperconsciente del espacio que nos separaba—. ¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú?

Mentiroso. Podía ver las tenues sombras bajo sus ojos, la forma en que sus hombros mantenían un ápice de tensión de más. La noche anterior le había afectado tanto como a mí.

—Al final sí —dije, lo cual era bastante sincero. Me serví café en mi taza de siempre, la que tenía una imagen desvaída de las dunas de Ptown y que había comprado en Marine Specialties mi segunda semana en el pueblo—. ¿Vas pronto a la librería?

—Ellen quiere que la ayude a montar el expositor de las novedades antes de que abramos —cerró el libro y marcó la página con un marcapáginas de cuero que probablemente costaba más que la colección entera de marcapáginas de la mayoría de la gente—. Hoy será un día de mucho trabajo. Las multitudes del fin de semana ya empiezan a notarse.

Asentí, apoyado en la encimera. La luz de la mañana que entraba por las ventanas iluminaba la sutil onda que se le formaba en las puntas del pelo, donde rozaba el cuello de la camisa. Me pregunté qué se sentiría al pasar los dedos por él, si sería tan suave como parecía.

Vaya pensamientos para las siete y media de la mañana.

—Estaba pensando —dije, sorprendiéndome a mí mismo—, que esta semana podría hacer yo la compra.

Jamie levantó la vista, claramente desconcertado.

—Ah. Pues… no tienes por qué hacerlo.

—Ya sé que no tengo por qué. Quiero hacerlo. Llevas haciendo tú la compra desde que me mudé, y la verdad es que me divierte pasearme por el Stop & Shop y juzgar el contenido de los carros de la gente.

Una pequeña sonrisa asomó por la comisura de sus labios.

—¿Juzgas la compra de la gente?

—Religiosamente. En plan, ¿quién cojones compra doce pizzas congeladas y nada más? ¿Cuál es su historia? ¿Está alimentando a un pequeño ejército de adolescentes o es que no aprecia en absoluto la comida de verdad?

—A lo mejor no tienen tiempo —sugirió Jamie, pero ahora sí que estaba sonriendo. —O a lo mejor les gustan las pizzas congeladas.

—Trágico, en cualquier caso.

Se rio, un sonido suave y genuino, y *madre mía, ese sonido hizo que algo se removiera en mi pecho*. Esto era lo que había echado en falta en todos esos rollos de verano y flirteos de bar. No solo la

atracción física, que sin duda estaba ahí, sino esta conexión tan fácil, la forma en que el humor de Jamie encajaba con el mío incluso cuando fingía ser todo seriedad y decoro.

—Vale —dijo finalmente—. Si de verdad no te importa. Puedo hacerte una lista.

—Claro que puedes.

—¿Qué se supone que significa eso?

Sonreí de oreja a oreja.

—Nada. Solo que seguro que es muy organizada. Por secciones, probablemente por colores.

Abrió la boca para protestar y luego la cerró, con una expresión de ligera culpabilidad.

—Es eficiente.

—Seguro que sí. Muy de Jamie.

—¿Es un cumplido o un insulto?

—Un cumplido, sin duda.

Algo cambió en el ambiente, y el pique amistoso adquirió un matiz más cálido. Jamie me sostuvo la mirada un instante antes de apartarla y coger su taza de café con una precisión milimétrica.

—Debería irme ya —dijo, pero no se levantó de inmediato.

—Sí, yo también. Le prometí a Angie que la ayudaría a mover unos muebles antes de mi turno.

—Qué amable por tu parte.

—A veces lo soy.

—A veces —convino él, pero su tono era cariñoso.

Terminamos el café en un silencio agradable, y me sorprendí a mí mismo observando cómo la luz de la mañana jugaba en su perfil, la forma cuidadosa en que ordenaba sus cosas antes de salir para el trabajo. Todo lo que hacía Jamie tenía esa silenciosa intencionalidad, como si hubiera considerado todos los resultados posibles antes de tomar la más mínima decisión.

Debería haberme resultado molesto. En cambio, lo encontraba extrañamente reconfortante.

Se fue él primero, deteniéndose en el umbral para recordarme dónde guardaba las bolsas de la compra reutilizables. Lo vi caminar

por Bayberry Lane en dirección a Commercial Street, y me di cuenta de que su paso era más relajado de lo habitual, menos apresurado.

Quizá la noche anterior también le había sentado bien.

Pasé la mañana ayudando a Angie a reorganizar su estudio, lo que consistió principalmente en levantar yo cosas pesadas mientras ella dirigía el tráfico y comentaba mi vida personal.

—Estás radiante —anunció a mitad del tercer intento de mover el sofá.

—Estoy sudando. Es agosto en Ptown y me tienes jugando al Tetris con los muebles desde hace dos horas.

—No, esto es distinto. Es el resplandor de alguien que por fin está haciendo progresos con el imposible compañero de piso del que está colado.

Me detuve mientras ajustaba su estantería.

—No lo llamaría un avance, la verdad.

—Pero algo ha pasado.

—Puede ser.

Se cruzó de brazos y me lanzó su mirada más intimidante. No era especialmente intimidante, dado que Angie apenas medía metro y medio y en ese momento llevaba un peto manchado de pintura, pero había aprendido a no subestimarla cuando quería información.

—Vale —dije, dejando los libros que sostenía—. Tuvimos un momento. En la cocina. Le toqué la espalda y no salió huyendo a su cuarto para ponerse a reorganizar su cajón de los calcetines.

—¿Que le tocaste la espalda?

—No en ese plan. Bueno, no del todo. Fue… Joder, no sé cómo explicarlo. Pareció algo intencionado, pero también natural. Y él se quedó ahí quieto y me dejó.

La expresión de Angie se suavizó.

—Ty…

—Lo sé.

—Te gusta de verdad.

—Lo sé.

—En plan, te gusta de verdad. No solo en plan «me quiero acostar con él».

Me pasé una mano por el pelo, sintiendo de repente todo el peso de la situación.

—Sí. Me gusta de verdad. Lo cual es aterrador, porque me va a echar de la casa en dos semanas, ¿y entonces qué? Yo volveré a dar tumbos de pueblo en pueblo y él volverá a su vida perfectamente organizada, sin ningún camarero que siembre el caos y le desordene la cocina.

—A lo mejor ya no quiere su vida perfectamente organizada.

—Venga ya, Angie. Mírale a él y mírame a mí. No somos precisamente compatibles a largo plazo.

—Sois más compatibles de lo que crees —se acercó y me habló con más dulzura—. Y quizá, en lugar de decidir cómo acaba esta historia antes de que haya empezado de verdad, podrías intentar… estar con él. A ver qué pasa.

Quería rebatirla, enumerar todas las razones por las que era una mala idea. Pero al pensar en la reacción de Jamie la noche anterior, en cómo me había mirado esa mañana, en la cautelosa esperanza de su expresión cuando me había ofrecido a hacer la compra… quizá Angie tenía razón.

Después de irme de su casa, caminé hasta el Stop & Shop con la lista meticulosamente organizada de Jamie. La había escrito con su caligrafía pulcra, con los artículos agrupados por sección y pequeñas casillas de verificación junto a cada uno. Era exactamente tan organizada como había predicho y, por alguna razón, eso me enterneció de una forma estúpida.

Me sorprendí a mí mismo tomándome más tiempo del necesario en ciertos pasillos, leyendo sus preferencias entre líneas. Había escrito «leche de avena» sin especificar la marca, así que me quedé cinco minutos comparando opciones antes de decidirme por la ecológica de vainilla, que costaba el doble que la normal. Algo me decía que Jamie bien valía esos tres dólares de más.

La sección de frutería y verdulería reveló más pistas. Variedades específicas de manzanas, verduras ecológicas, hierbas aromáticas de las que no había oído hablar en mi vida. Añadí algunas cosas que no estaban en la lista, productos que le había visto comprar antes o que había mencionado que quería probar.

Cuando volví a la casa, Jamie ya había regresado del trabajo y estaba sentado en el porche con un libro y un vaso de té helado. Levantó la vista cuando subí el primer tramo de la compra por los escalones de la entrada, y capté el momento en que se fijó en el cartón de leche de avena cara que asomaba por la bolsa.

—No hacía falta que compraras la cara —dijo, pero había algo tierno en su voz.

—He querido hacerlo.

Parpadeó, como si no estuviera seguro de cómo procesar una afirmación tan sencilla.

—Gracias.

—De nada.

Hice tres viajes más al coche y Jamie me ayudó a guardarlo todo en la cocina. No comentó nada sobre los productos extra que había comprado, pero me fijé en la forma en que sus dedos se demoraron en la tableta de chocolate bueno, en el manojo de albahaca fresca, en la tarrina de fresas que no aparecía por ninguna parte en su lista.

—Es demasiado —dijo en voz baja.

—Es la compra, Jamie. No te estoy pidiendo matrimonio.

Se rio, pero su risa sonó un poco temblorosa.

—Ya lo sé. Es solo que… no estoy acostumbrado a que la gente haga estas cosas.

—¿Qué cosas? ¿La compra?

—A que me presten atención.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, en la luz de la tarde que se filtraba por las ventanas de la cocina. Dejé de vaciar la bolsa que sostenía y lo miré, lo miré de verdad. Jamie tenía la vista clavada en la albahaca como si contuviera los secretos del universo, y las mejillas arreboladas.

—Jamie.

Levantó la cabeza y me sostuvo la mirada un instante antes de volver a apartarla.

—Por si te sirve de algo —dije, repitiendo sus palabras de la noche anterior—, a mí me gusta prestarte atención.

Esta vez, no apartó la mirada.

19

JAMIE

La película era un bodrio.

No uno de esos bodrios con encanto, de los que son tan ridículos que acaban siendo buenos, sino una película genuinamente espantosa. El tipo de thriller de acción descerebrado en el que los coches explotan sin motivo y los diálogos parecen escritos por alguien a quien le han descrito una conversación humana de oídas. Ty la había elegido de la limitada selección disponible en el portátil, sonriendo mientras pasaba de largo tres películas aclamadas por la crítica para aterrizar en algo llamado *Venganza Absoluta: Código Rojo*.

—Confía en mí —había dicho, acomodándose en el sofá con un cuenco de las fresas que había comprado por la mañana—. A veces el cerebro necesita comida basura.

Yo había protestado, como era natural. Le había señalado que podíamos ver algo con una cinematografía decente, o al menos con una trama coherente. Pero, de algún modo, había acabado acurrucado en una esquina del sofá, con el portátil sobre la mesa de centro, observando cómo las explosiones se reflejaban en el rostro de Ty a la luz tenue del salón.

Y no había dejado de mirar. No la película, exactamente. Más bien… la forma en que Ty reaccionaba a ella. Su risa fácil ante los

momentos más absurdos. La manera en que se inclinaba hacia delante durante las secuencias de acción, como si de alguna forma pudiera ayudar al protagonista a escapar de cualquier situación imposible que los guionistas hubieran ideado. El gesto ausente con el que me ofrecía fresas sin apartar la vista de la pantalla.

—Esto es objetivamente horrible —dije durante una escena de persecución especialmente absurda en la que a la moto del villano le salían alas de repente.

—Totalmente —convino Ty con alegría—. Esa es la gracia.

—Solo por el trabajo de cámara ya deberían denunciarlos por violación de los derechos humanos.

—Jamie. —Se giró hacia mí con las cejas enarcadas—. ¿De verdad estás analizando la cinematografía de *Venganza Absoluta: Código Rojo*?

—Alguien tiene que hacerlo. Está claro que el director no lo hizo.

La risa de Ty fue cálida e incrédula.

—Eres increíble.

Sentí que el calor me subía por el cuello.

—Solo digo que existen unos principios básicos de la narrativa visual que…

—Eres adorable.

Las palabras se me atascaron en la garganta. Perdí el hilo de cualquier defensa intelectual que estuviera construyendo sobre la composición de planos y la estructura narrativa. En la pantalla, algo explotó, pero fui incapaz de oírlo por encima del repentino torrente de sangre en mis oídos.

Ty seguía mirándome, con una expresión más suave que un momento antes.

—Perdona. No quería interrumpir tu crítica de cine.

—No has interrumpido nada —dije, demasiado rápido—. Solo estaba… Es que es malísima.

—Mmm. —Pero ya no miraba la pantalla.

De alguna manera, en el transcurso de esa conversación, nos habíamos acercado en el sofá. *¿Cuándo había pasado?* No recordaba haberme movido, pero mi hombro casi rozaba el suyo, y nuestras rodillas se tocaban sin duda a través de la fina tela de nuestros

respectivos pijamas. El portátil parecía muy lejano; su brillo apenas nos alcanzaba en nuestro rincón de la estancia.

En la pantalla, el protagonista le explicaba algo urgente a una mujer con bata de laboratorio mientras una música dramática crecía de fondo. Ninguno de los dos estaba prestando atención.

—Jamie —dijo Ty en voz baja.

—¿Sí?

No respondió de inmediato. Se limitó a mirarme con aquellos ojos azul océano que llevaban semanas perturbándome el sueño. Aún tenía el pelo húmedo de la ducha, con las puntas ligeramente onduladas, y olía a mi jabón mezclado con algo indefiniblemente suyo.

Debería apartar la mirada. Debería poner cualquier excusa: que necesito agua, o comprobar las cerraduras, o que de repente me he acordado de un asunto urgente del inventario de la librería que no puede esperar a la mañana. Debería restablecer la cuidadosa distancia que había estado manteniendo entre nosotros desde aquel momento en la cocina, cuando su mano en mi espalda había reescrito todos los límites que creía entender.

En lugar de eso, me giré hacia él.

Fue un movimiento pequeño, casi imperceptible, pero lo cambió todo. Ahora estábamos uno frente al otro y el espacio que nos separaba parecía cargado de posibilidades. La mirada de Ty se desvió hacia mi boca y luego volvió a subir, y sentí que algo cálido y peligroso se desplegaba en mi pecho.

—¿Te parece bien? —preguntó, tan bajo que casi no lo oí por encima de las explosiones que seguían emanando del portátil.

Asentí, sin fiarme de que mi voz fuera capaz de producir palabras. La parte racional de mi cerebro, la que solía gestionar situaciones que requerían una planificación cuidadosa y una evaluación de riesgos, al parecer había abandonado el barco por completo. Solo podía concentrarme en la forma en que Ty me miraba, como si yo fuera algo a lo que merecía la pena prestar atención.

Se inclinó un poco más. Podía contarle las pecas bajo el resplandor azul del portátil, podía ver el instante exacto en que su

respiración pasaba de ser constante a superficial. El aroma a fresa de sus labios se mezclaba con el aire salado que entraba por las ventanas abiertas y, en la distancia, oí el sonido familiar de las risas nocturnas de Commercial Street arrastradas por el viento.

Estaba pasando.

Después de semanas de límites cuidadosos y distancia educada, después de todos mis sermones internos sobre compañeros de piso temporales y complicaciones inevitables, Ty estaba a punto de besarme en mi propio salón, y yo iba a dejar que lo hiciera.

Quería que lo hiciera.

Más que eso.

Quería devolverle el beso.

Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi piel. Sus ojos se habían vuelto suaves y oscuros, centrados por completo en mí, como si nada más en el mundo importara. Como si este momento, este sentimiento entre nosotros, fuera lo único digno de su atención.

Y fue entonces cuando mi cerebro decidió organizar una intervención en toda regla.

¿Qué crees que estás haciendo exactamente, Jamie?

El pensamiento me cayó como un jarro de agua fría. Estaba a punto de besar a mi compañero de piso temporal, un chico que se marcharía en dos semanas. Un chico que probablemente besaba a gente a todas horas, que coleccionaba rollos de verano como si fueran conchas marinas y los dejaba atrás con la misma facilidad en cuanto llegaba septiembre. Un chico que era todo lo que yo no era: espontáneo, magnético, seguro de sí mismo.

¿Qué pasaría después del beso?

¿Qué pasaría cuando dos semanas se convirtieran en dos meses y Ty se hubiera embarcado en su siguiente aventura?

¿Qué pasaría cuando volviera a estar sentado solo en esta casita, rodeado por el fantasma de lo que fuera que había sido esto, demostrando una vez más que se me daba espectacularmente mal interpretar a la gente a la que se suponía que debía mantener a distancia?

La ansiedad familiar me recorrió la espalda, fría e implacable. Este era exactamente el tipo de situación que me había mudado a

Ptown para evitar. El tipo de situación que terminaba conmigo dándole demasiadas vueltas a cada interacción, analizando cada palabra, preguntándome si me lo había imaginado todo mientras la otra persona ya había olvidado mi nombre.

Solté una risa. Corta, seca, a la defensiva.

Ty parpadeó; la suavidad de su mirada se desvaneció y la confusión sustituyó a lo que fuera que se estaba gestando entre nosotros.

—¿Jamie?

—Perdona —dije, levantándome ya del sofá—. Es que… voy a por un poco de agua.

—Agua.

—Sí. La deshidratación. Es peligrosa.

Caminé hacia la cocina dando tumbos, como si mi coordinación se hubiera convertido de repente en un concepto extraño. A mi espalda, oí el escueto «oh» de Ty, que probablemente interpretó mi retirada exactamente como lo que era. El sonido me dolió en el pecho, pero seguí andando.

En la cocina, me apoyé en la encimera y me tapé los ojos con las palmas de las manos. *Brillante, Jamie. Absolutamente brillante*. Acababa de reírme en la cara de la persona con la que había compartido el momento más genuino en meses. Posiblemente años. ¿Y para qué? ¿Para protegerme de la teórica posibilidad de una futura decepción?

Desde el salón, aún podía oír la película. Un villano soltaba un monólogo sobre venganza y traición mientras una música sintetizada intentaba crear tensión. Parecía la banda sonora perfecta para mis últimas decisiones vitales.

Llené un vaso de agua que no necesitaba y me quedé allí, de pie, sujetándolo, escuchando cómo los latidos de mi corazón volvían gradualmente a un ritmo que se asemejaba a la normalidad. A través de la ventana de la cocina, veía las luces del puerto titilando a lo lejos, pacíficas y constantes. La temporada turística estaba terminando, pero los bares seguirían llenos esta noche. Gente conectando, arriesgándose, permitiéndose desear cosas sin llevar a cabo antes una evaluación de riesgos completa.

Gente más valiente que yo, por lo visto.

Cuando por fin volví al salón, Ty había regresado a su posición original en el sofá, estableciendo una cuidada distancia entre su sitio y donde yo había estado. Levantó la vista cuando entré y me dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mucho —mentí, volviendo a acomodarme en mi rincón del sofá. El espacio entre nosotros parecía ahora enorme, un océano de palabras no dichas y oportunidades perdidas.

Terminamos la película en un silencio relativo. En la pantalla, el protagonista salvaba el mundo mediante una combinación de física imposible y pura determinación. Los créditos aparecieron sobre imágenes de él caminando hacia la puesta de sol, presumiblemente en dirección a su próxima aventura.

—Bueno —dijo Ty mientras yo cerraba el portátil—. Ha sido…

—Objetivamente horrible —terminé yo.

—Sí. —Se estiró, con cuidado de no invadir el espacio personal que acababa de restablecer—. Pero entretenida, en cierto modo.

—En cierto modo.

Nos dimos las buenas noches con la misma distancia educada que habíamos mantenido durante su primera semana en la casita, antes de que las miradas furtivas y las conversaciones en la cocina lo complicaran todo. Ty subió al piso de arriba mientras yo cerraba la puerta principal y apagaba las luces, siguiendo mi rutina nocturna de siempre como si nada hubiera cambiado.

Pero veinte minutos más tarde, tumbado en la cama, con la vista clavada en el techo y escuchando a Ty moverse en la habitación de encima, no pude evitar la sensación de que acababa de cometer un terrible error. No por casi besarlo, sino por haberme apartado.

Al otro lado de mi ventana, Ptown se acomodaba en su ritmo nocturno. Música lejana de los bares, alguna risa o conversación ocasional a la deriva, el eterno sonido de las olas contra el rompeolas del puerto. Todos los sonidos de la gente viviendo sus vidas, arriesgándose, dejándose sorprender por lo que pudieran encontrar en la oscuridad.

Me di la vuelta y me tapé la cabeza con la almohada. Dos semanas. Solo tenía que mantener los límites apropiados durante dos semanas más, y entonces mi vida podría volver a su anterior estado de soledad predecible y cómoda.

Se suponía que ese pensamiento debía ser reconfortante.

En cambio, me pareció la sensación más solitaria del mundo.

20

TY

ESTABA COMPLETAMENTE DESCENTRADO en el Shell & Shaker y era más que evidente. Por tercera vez en el mismo turno, había fastidiado un simple Cape Codder, olvidándome por completo del zumo de arándanos. Sam me lanzó una mirada de preocupación mientras tiraba aquel desastre de vodka con soda y volvía a empezar.

«¿Estás bien?», me preguntó durante una breve tregua entre comandas.

«Perfectamente», mentí, agarrando el zumo de arándanos con más fuerza de la necesaria.

El bar estaba a rebosar, como cualquier viernes por la noche. Una despedida de soltera de Boston chillaba de la risa cerca de las ventanas, mientras que un grupo de osos se había apoderado de la mesa de billar. La lista de reproducción iba alternando la predecible mezcla de éxitos pop y clásicos de la música disco que mantenía a todo el mundo contento y con la copa en la mano. Normalmente, yo me movía como pez en el agua en medio de ese caos, pero esa noche cada comanda se me antojaba como escalar el Pilgrim Monument con pesas en los tobillos.

No podía dejar de pensar en la cara de Jamie justo antes de que se riese y se apartara. En cómo se le habían abierto los ojos de par en par, con una expresión a medio camino entre el deseo y el

pánico. En el sonido seco y defensivo de su risa, como si se estuviera protegiendo de algo peligroso.

De mí, por lo visto.

«¡Ty!». La voz de Sam me sacó de mi bucle. «La mesa seis sigue esperando sus mojitos».

Eso. Mojitos.

Podría prepararlos hasta dormido. Pero, por lo visto, hoy no.

Machaqué la hierbabuena como si me lo hubiera tomado como algo personal, imaginando la expresión de Jamie al volver de la cocina con aquel vaso de agua innecesario. Una distancia educada que reemplazaba lo que fuera que se hubiese estado cociendo entre nosotros en el sofá.

Para cuando terminé mi turno a las dos de la madrugada, ya había pedido disculpas a más clientes de los que podía contar y le había dejado a Sam el mayor porcentaje de las propinas que pude, como penitencia por haber sido un completo desastre. El camino a casa por Bradford Street se me hizo eterno. Cada sombra me recordaba el paseo de vuelta del karaoke con Jamie, la conversación fluida y las miradas furtivas que habían hecho que todo pareciera posible.

Me quedé parado delante del 542 de Bayberry Lane durante un minuto entero, con las llaves en la mano, incapaz de entrar. Jamie ya estaría durmiendo, a salvo, atrincherado en su dormitorio perfectamente ordenado, con su estantería organizada por colores y sus cuidadosas barreras. La idea de pasar de puntillas por delante de su puerta y fingir que todo era normal a la mañana siguiente, con un café y una conversación comedida de por medio, me oprimía el pecho.

En lugar de eso, di media vuelta y anduve los quince minutos que había hasta casa de Angie, en Pearl Street.

Abrió al tercer golpe, entrecerrando los ojos para mirarme a través de la cadenilla de seguridad. «Son las dos y media de la madrugada, Callahan».

«Lo sé. Lo siento. ¿Puedo quedarme aquí unos días?».

Quitó la cadena de inmediato. Angie se hizo a un lado y me analizó de arriba abajo con esa mirada crítica que solo dan los años

de amistad. «Jamie, ¿verdad?».

«La situación con Jamie me está volviendo loco», admití, y la seguí hasta el caos familiar de su estudio. Había lienzos apoyados en todas las paredes y el futón plegable ya estaba hecho con las sábanas de repuesto que guardaba precisamente para este tipo de emergencias.

«¿Qué ha pasado?». Fue hacia la pequeña cocina y puso agua a calentar para hacer té, a pesar de la hora que era.

Me dejé caer en el futón y eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared. «Casi nos besamos durante la noche de peli. O sea, estábamos a punto. Le pregunté si le parecía bien y todo. Y entonces él… se rio. Se levantó a por agua. Volvió como si no hubiera pasado nada».

«Vaya». Angie me entregó una taza de manzanilla que olía a decepción y a malas decisiones. «Pero, por otro lado, no me sorprende».

«¿Cómo que no te sorprende?».

Se acurrucó en el sillón manchado de pintura que había frente a mí, sosteniendo su propia taza. «Venga ya, Ty. Sabes de qué va todo esto. Jamie es la estabilidad, el compromiso y los planes a cinco años vista personificados. Tú eres el tío que nunca se ha quedado en un sitio más de lo que dura la temporada turística. Seguramente le aterra encariñarse de alguien que ya tiene un pie fuera».

«Yo no tengo…», empecé, pero me callé. Porque ¿acaso no era verdad? ¿No se suponía que estaba pensando ya en mi próximo destino para después del Día del Trabajo?

«¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien más de unas pocas semanas?», preguntó Angie con delicadeza.

Me puse a pensar. A pensar de verdad. Estuvo Carlos, en Rehoboth Beach, hacía dos veranos, pero aquello se fue apagando en cuanto terminó la temporada. Antes de eso, una sarta de rollos agradables pero, en última instancia, olvidables en varias ciudades costeras de la costa este. «No es que vaya de picaflor. Es que… es más fácil que las cosas no se compliquen cuando sabes que te vas a ir».

«Exacto. Y Jamie sabe que ese es tu patrón. ¿Por qué iba a arriesgarse a enamorarse de alguien que nunca ha mostrado el más mínimo interés en quedarse?».

La verdad de sus palabras me cayó como una losa en el estómago. Dejé el té a un lado, saqué el móvil y busqué el contacto de Patricia. Era tarde, pero mi tía abuela siempre había sido un ave nocturna.

Contestó al segundo tono. «¿Tyler? ¿Va todo bien?».

«Hola, tía Patricia. Perdona que te llame tan tarde».

«Tonterías. Estaba despierta leyendo. ¿Qué te preocupa?».

Podía oír cómo se acomodaba en el que seguramente era su sillón favorito, el que estaba junto a la ventana que daba al puerto. Aquel sonido familiar me hizo un nudo en la garganta. «Es por Jamie. Mi compañero de piso».

«El joven que lleva la librería. He oído hablar muy bien de él».

«Sí, bueno. Creo que la he fastidiado, pero bien». Le conté lo del casi beso, la retirada de Jamie, el nudo que sentía en el pecho y que llevaba ahí desde la noche de peli. «No sé qué hacer. Nos quedan dos semanas de contrato de alquiler y luego se supone que tengo que… Ni siquiera sé adónde se supone que tengo que ir después del Día del Trabajo».

Patricia se quedó en silencio un buen rato. Cuando habló, su voz tenía ese particular peso de la perspicacia que me había guiado en cada decisión importante desde que tenía dieciséis años. «Te conozco de toda la vida, Tyler. Siempre has sido mi niño trotamundos, nunca contento con quedarte quieto mucho tiempo. Y eso nunca ha sido algo malo. El mundo necesita gente que sepa adaptarse, que pueda llevar energía nueva allá donde va».

«¿Pero?».

«Pero esta es la primera vez que te oigo plantearte si merecería la pena cambiar esa forma de ser por alguien».

Me quedé mirando el techo de Angie, con sus manchas de humedad, mientras procesaba aquella observación. «Yo no he dicho…».

«No ha hecho falta. El mero hecho de que estés tan afectado, de que me llames a las tres de la madrugada, me lo dice todo. Ese

joven te importa».

«Sí, me importa», admití, y aquellas palabras parecieron adquirir un peso enorme en la pequeña habitación. «De verdad. Pero no sé cómo ser el que se queda. Nunca lo he intentado».

«Quizá por eso mismo merezca la pena intentarlo ahora», sugirió Patricia. «Uno no madura haciendo lo que ha hecho siempre, Tyler. Madura corriendo riesgos, incluso cuando no estamos seguros de ser capaces de hacer lo que se nos pide».

Después de colgar, me tumbé en el futón de Angie, con la mirada perdida en la oscuridad. A través de las finas paredes, podía oír a la pareja de al lado en lo que sonaba como una apasionada reconciliación tras una pelea anterior. Ptown a las tres de la madrugada: todo el mundo resolviendo sus dramas a escasos metros los unos de los otros.

Hacía ya un buen rato que Angie se había retirado a su alcoba, detrás de una sábana colgada, pero por su respiración supe que ella tampoco estaba dormida.

«Por si sirve de algo», dijo en voz baja, «creo que tú también le gustas. Solo que tiene miedo».

«Ya, bueno. A lo mejor tiene motivos para tenerlo».

«O a lo mejor», replicó ella, «estáis siendo un par de idiotas y deberíais hablar las cosas como adultos».

Me tapé la cara con la almohada de repuesto. «¿Desde cuándo es ese mi punto fuerte?».

«Ahí te doy la razón». La oí moverse en la cama. «Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Pero, Ty, no tardes mucho en resolver esto. El verano no dura para siempre, ni siquiera en Ptown».

Tenía razón, por supuesto. El Día del Trabajo estaba cada vez más cerca con cada amanecer. Pronto los turistas harían las maletas, cargarían sus coches de alquiler y volverían a Boston, a Nueva York o a dondequiera que viviesen su realidad. Los trabajadores de temporada se dispersarían hacia sus próximos empleos, siguiendo el buen tiempo y las oportunidades temporales costa abajo.

¿Y yo adónde iría? Por primera vez en años, no podía imaginármelo. No podía imaginarme metiendo a Betsy y mi bolsa de lona en la camioneta de alguien, rumbo a la siguiente ciudad

costera, al siguiente trabajo de camarero y a la siguiente serie de relaciones sin complicaciones.

Lo único que podía imaginar era la cara de Jamie a la luz de la lámpara, la forma en que se había inclinado hacia mí antes de que el miedo ganara la partida. El sonido de sus tarareos en la cocina. La delicadeza con la que marcaba la página del libro antes de levantar la vista para verme de verdad.

Me había enamorado de mi estirado, ansioso y guapísimo compañero de piso. Y no tenía ni la más remota idea de qué hacer al respecto.

La revelación debería haber sido aterradora. En lugar de eso, fue como entender por fin la letra de una canción que llevaba todo el verano tarareando sin saber por qué.

Ahora solo me quedaba averiguar si Jamie querría escucharla algún día.

21

JAMIE

Me despertó el silencio.

No que no hubiera sonado el despertador, ni la luz del sol filtrándose por las cortinas, sino el silencio absoluto y total que llenaba la casita como un peso muerto. Me quedé un momento en la cama, desorientado, antes de darme cuenta de qué fallaba. No oía el zumbido de la cocina. Ni el de la batidora triturando la combinación de frutas y proteína en polvo con la que Ty había decidido alimentar su mañana. Ni la ducha abierta exactamente a las 7:45, seguida por el inevitable reguero de huellas mojadas por el suelo del baño.

Ty no había vuelto a casa.

Otra vez.

Consulté el móvil. Jueves, 8:12. Tres días ya desde nuestra incómoda conversación sobre mantener las cosas «simples», y tres noches que se había quedado en el piso de Angie en vez de aquí. La parte racional de mi cerebro insistía en que eso era exactamente lo que yo quería. Espacio. Límites. Un regreso a la existencia pacífica y organizada que había cultivado antes de que el huracán Ty arrasara mi puerta.

Entonces, ¿por qué la casita me parecía tan rematadamente vacía?

Bajé las escaleras en pijama, yendo automáticamente a por la cafetera de émbolo antes de recordar que Ty no estaba para habérmela dejado sucia. La cocina estaba impoluta. Inmaculada. Cada plato en su sitio, cada superficie limpia. Tenía exactamente el mismo aspecto que antes de que se mudara, cuando me había convencido a mí mismo de que el orden y la soledad eran todo lo que necesitaba.

El café me supo a decepción.

Me senté a la mesa de la cocina con la taza, mirando Bayberry Lane por la ventana. La señora Silva ya estaba regando sus hortensias, probablemente preguntándose por qué mi rutina matutina de refunfuñar sobre las manías de mi compañero de piso se había silenciado de repente. Pasó un corredor con los auriculares puestos, y lo reconocí como uno de los trabajadores de temporada del The Shell & Shaker. El tipo de tío que seguramente le tiraría los tejos a Ty en las pistas de vóley-playa detrás del Ptown Commons, todo sonrisas fáciles y confianza despreocupada.

Se me revolvió el estómago y aparté el pensamiento de mi cabeza.

Esto era temporal, me recordé a mí mismo. El contrato de alquiler de Ty terminaba pronto. Pasaría a lo siguiente, lo que fuera, probablemente a algún lugar más cálido y menos complicado que la habitación de invitados de un librero cascarrabias. Yo volvería a mis mañanas silenciosas y a mis sesiones de lectura por la noche, a mi vida cuidadosamente organizada donde la mayor alteración era intentar ordenar alfabéticamente la sección de poesía mientras los turistas preguntaban si teníamos algo «veraniego, pero no muy largo».

El problema era que empezaba a sospechar que esa vida me resultaría mucho menos satisfactoria que antes.

El móvil vibró con un mensaje de Dylan: *¿Café en el Whydah? Ellen cubre la galería hasta las doce.*

Me quedé mirando el mensaje un buen rato y luego respondí: *No puedo. Trabajo.*

Es jueves. Port Reads no abre hasta las diez.

Día de inventario.

Jamie.

¿Qué?

Llevas tres días sin salir de casa si no es para trabajar. Ellen está preocupada. Yo estoy preocupado. ¿Qué pasa?

Dejé el móvil en la mesa sin responder. Lo último que necesitaba era el psicoanálisis bienintencionado de Dylan sobre por qué de repente evitaba toda interacción social. Me echaría un vistazo y sabría exactamente qué me pasaba, y yo no estaba listo para admitirlo en voz alta.

La verdad era que lo echaba de menos.

No solo la presencia de Ty, sino la forma en que había transformado la casita sin siquiera intentarlo. La forma en que tarareaba mientras preparaba el desayuno, creando una banda sonora para unas mañanas que no me había dado cuenta de que estaba disfrutando. La forma en que dejaba los libros bocabajo en la encimera, con el lomo abierto para no perder la página, una costumbre que debería haberme vuelto loco pero que, en cambio, despertaba mi curiosidad por saber qué había captado su atención. La forma en que se despatarraba en el sofá por la noche, leyendo alguna *space opera* ridícula con la misma concentración que yo le dedicaba a Proulx o a Didion.

La forma en que me hacía reír de mí mismo en lugar de limitarme a catalogar sus defectos mentalmente.

Terminé el café y subí las escaleras arrastrando los pies para vestirme para otro día de fingir que todo estaba bien. Mi dormitorio parecía demasiado ordenado, demasiado silencioso, como la sala de un museo de mi vida anterior. Al otro lado del pasillo, la puerta de Ty estaba entreabierta y dejaba ver la cama sin hacer y la ropa esparcida que había dejado atrás cuando hizo la bolsa para pasar la noche fuera.

Debería cerrar la puerta. Respetar su intimidad. Darle el espacio que ambos habíamos acordado que era necesario.

En lugar de eso, me encontré empujándola para abrirla un poco más.

Su tabla de surf, Betsy, estaba apoyada en la pared del fondo, donde llevaba desde el día de la mudanza. Una pila de libros de

bolsillo se tambaleaba en la mesilla de noche, junto a un vaso de agua medio vacío y sus gafas de sol de carey. La ventana estaba abierta y dejaba entrar la brisa salada que siempre parecía seguirlo a todas partes como una atmósfera personal.

Olía a él. A crema solar y a algo indefiniblemente cálido y limpio que yo había empezado a asociar con el hogar.

Contrólate, Jamie.

Cerré la puerta y me metí en la ducha, decidido a empezar el día sin más anhelos patéticos por la compañía de mi compañero de piso temporal. Pero ni siquiera bajo el agua caliente pude quitarme de la cabeza el recuerdo del martes por la noche, cuando casi nos besamos en el sofá. La forma en que Ty me había mirado, como si yo fuera algo que merecía la pena desear en lugar de simplemente tolerar. La forma en que su voz se había suavizado cuando preguntó si me parecía bien.

La forma en que entré en pánico y lo arruiné todo.

Cuando llegué a Port Reads, estaba firmemente decidido a fingir que nada de esto importaba. Ty se iría en diez días. Había sobrevivido treinta y tres años sin él; sin duda podría apañármelas el resto de mi vida de la misma manera.

«Tienes una cara horrible», anunció Ellen en cuanto abrí la puerta.

«Buenos días a ti también».

«En serio, Jamie. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo que no fuera café y angustia existencial?».

No le hice caso y me dirigí a la caja, pero me siguió, claramente dispuesta a someterme a un interrogatorio en toda regla.

«Ha llamado Dylan. Está preocupado».

«Dylan se preocupa por todo».

«Dice que no has respondido a sus mensajes».

«Le he respondido esta mañana».

«Con una mentira sobre el día de inventario».

Me quedé a medias mientras contaba el dinero de la caja. «¿Cómo sabes que era mentira?».

«Porque hiciste inventario el martes. Estuve aquí, ¿recuerdas? Reorganizaste toda la sección de misterio porque dijiste que te

ayudaría a 'pensar con claridad'». Ellen se sentó en el mostrador, estudiándome con la intensidad de quien llevaba cuarenta años gestionando los problemas de los demás. «Esto es por tu compañero de piso, ¿verdad?».

«Con Ty está todo bien».

«No he dicho que no esté bien. Pero te acabas de poner nervioso cuando lo he mencionado».

«Yo no me pongo nervioso».

«Lo estás haciendo ahora mismo. Eso que haces de enderezar libros que ya están rectos». Señaló mis manos, que, en efecto, estaban jugueteando con una pila de novelas de tapa dura perfectamente alineada. «¿Qué ha pasado?».

La campanilla de la puerta sonó, salvándome de tener que responder. Me lancé a ayudar a los clientes con el tipo de entusiasmo desesperado que normalmente se reserva para la gente que huye de desastres naturales, recomendando lecturas playeras y memorias de autores locales con una alegría frenética.

Pero la distracción duró poco. A la hora de comer, Ellen había reclutado a Dylan, que apareció con cafés con hielo y esa expresión decidida que significaba que no se iría hasta que yo hubiera confesado toda mi agitación emocional.

«Venga», dijo, sentándose en la silla junto a la caja. «Habla».

«No hay nada de qué hablar».

«Llevas tres días sin ver la luz del sol. Estás reorganizando secciones que ya estaban organizadas. Y Ellen dice que casi te echas a llorar cuando alguien te ha preguntado si tenías alguna novela romántica sobre segundas oportunidades».

«No me he echado a llorar».

«Se te ha quebrado la voz», gritó Ellen desde la trastienda.

Me hundí en la silla y me tapé la cara con las manos. «Vale. ¿Queréis la verdad? Lo echo de menos. Ya, y es *una locura*».

Dylan y Ellen intercambiaron una mirada que fingí no ver.

«¿Y?», preguntó Dylan con delicadeza.

«Y nada. Se ha estado quedando en casa de su amiga desde que acordamos mantener las cosas simples. Que es lo que yo quería. Espacio. Límites. Un regreso a la normalidad».

«¿Pero?».

«Pero la casita parece un museo. Todo está exactamente donde debería, y es horrible». Alcé la vista hacia Dylan, que lucía su expresión más paciente y comprensiva. «Esta mañana me he puesto una de sus camisas sin querer. De la colada. Y no me la he quitado».

«¿La llevas puesta?».

Asentí, abatido.

«Jamie», dijo Dylan con cuidado, «¿de qué crees exactamente que te estás protegiendo?».

«De encariñarme con alguien que se va a ir».

«Demasiado tarde para eso».

«De que me haga daño cuando se dé cuenta de que no merezco la pena como para que se quede».

Dylan se quedó callado un momento, sorbiendo su café mientras Ellen pululaba de fondo, probablemente escuchando cada palabra.

«Sabes», dijo finalmente, «hay una tercera opción».

«¿Cuál?».

«Decirle cómo te sientes y ver qué pasa».

Me reí con amargura. «Claro. Faltaría más. "Oye, Ty, sé que acordamos mantener las cosas simples, pero en realidad me he estado enamorando de ti todo el verano y ahora no puedo dormir porque la casa está demasiado silenciosa sin ti. ¿Quieres que vayamos a cenar?"».

«No es la peor forma de empezar una conversación que he oído».

«Dylan».

«Lo digo en serio. ¿Cuál es la alternativa? ¿Que se vaya en un par de semanas, que no digas nada y que te pases el resto del verano preguntándote qué podría haber pasado si hubieras sido lo bastante valiente como para intentarlo?».

La campanilla volvió a sonar y, al levantar la vista, vi a Angie Martinez entrando por la puerta. La amiga de Ty, la que le había estado dejando quedarse en su piso para no tener que lidiar con la extraña atmósfera que habíamos creado entre nosotros.

«Hola», dijo, acercándose al mostrador con esa confianza despreocupada que me ponía nervioso al instante. «Tú eres Jamie,

¿verdad?».

«Sí».

«Soy Angie. La amiga de Ty».

«Lo sé».

Miró a Dylan, que no hizo ademán de moverse, y luego a mí otra vez. «¿Podemos hablar? ¿A solas?».

Dylan se levantó a regañadientes, murmurando algo sobre ir a ver a Ellen a la trastienda. Angie esperó a que se hubiera alejado lo suficiente antes de apoyarse en el mostrador.

«A ver», dijo, «tu compañero de piso lleva tres días deambulando por mi piso como alma en pena, enviando mensajes con emojis tristes a las dos de la mañana y limpiando mi cocina por estrés como si lo hubiera ofendido personalmente».

Parpadeé. «¿Ty ha estado limpiando por estrés?».

«Mi horno nunca ha estado tan reluciente. Sinceramente, es un poco inquietante». Me estudió la cara con atención. «No quiere contarme qué ha pasado entre vosotros, solo que es "complicado" y que está intentando "respetar los límites". Pero, desde mi punto de vista, lo que veo es a dos personas que se importan fingiendo que no es así».

«No es tan simple».

«¿Ah, no?».

«Se va. En diez días».

«¿Y?».

«Y yo no soy de cosas temporales».

Angie enarcó una ceja. «¿Quién dice que tenga que ser temporal?».

«Su contrato de alquiler termina el Día del Trabajo. Pasará a lo siguiente, lo que sea. Es lo que hace».

«Jamie». Su voz era sorprendentemente amable. «¿Se te ha ocurrido que quizá lo que viene después eres tú?».

Antes de que pudiera responder, ya se dirigía hacia la puerta, y solo se detuvo para decir por encima del hombro: «Esta noche trabaja. En el Shell & Shaker. Por si te lo estabas preguntando».

La puerta se cerró tras ella, dejándome a solas con el café abandonado de Dylan y la repentina y aterradora posibilidad de que

me hubiera equivocado en todo.

22

TY AND JAMIE

Ty

El turno en el Shell & Shaker había sido agotador. Tres horas poniendo copas a turistas que no sabían si querían un mojito o un margarita, mientras yo fingía que no miraba el móvil cada diez minutos esperando mensajes que nunca llegaban. A la hora de cerrar, olía a zumo de lima y a arrepentimiento, y sentía la sonrisa falsa grabada a fuego en la cara.

Volví a casa caminando por las calles tranquilas, pasando junto a las galerías a oscuras y los cafés con el cierre echado que conformaban el paisaje nocturno de Ptown. Hasta Commercial Street parecía cansada a esas horas; las familias de turistas se habían retirado hacía tiempo a sus apartamentos de alquiler, dejando que solo los juerguistas empedernidos y los que, como yo, trabajábamos en el turno de noche heredásemos el pueblo.

La casita del 542 de Bayberry Lane brillaba con suavidad a través de las ventanas del salón. Llevaba todo el día temiendo este momento, el torpe baile de intentar existir en el mismo espacio que Jamie fingiendo que no habíamos estado a punto de besarnos hasta perder el sentido hacía cuatro días. Tres noches en casa de Angie me habían dado perspectiva, pero no habían hecho gran cosa para aplacar mi creciente obsesión por mi compañero de piso.

Me deslicé por la puerta principal con el mayor sigilo posible, con la esperanza de que Jamie ya se hubiera acostado y pudiera evitar otra conversación forzada sobre el tiempo o la última lista de libros más vendidos. Pero la luz de la cocina estaba encendida y oí el familiar tintineo de la cerámica contra el granito.

Jamie estaba de pie junto a los fogones, esperando a que hirviera el agua de la tetera. Llevaba un pantalón de pijama y una camiseta desteñida de los Red Sox que, de algún modo, lo hacía parecer más joven. Tenía el pelo revuelto, como si hubiera estado pasándose las manos por él, y las gafas ligeramente torcidas. Levantó la vista cuando entré y algo cruzó su rostro como un relámpago antes de asentarse en una cuidada neutralidad.

—Hola —dijo en voz baja—. Llegas tarde.

—Ha sido una noche movidita. —Dejé las llaves sobre la encimera y me fijé en cómo seguía mis movimientos con la mirada —. ¿No podías dormir?

—Algo así. —Señaló la tetera con un gesto—. ¿Quieres té?

Era un ofrecimiento tan normal, algo tan típico de Jamie, que casi me eché a reír. Llevábamos tres días evitándonos y ahí estaba él, ofreciéndome una manzanilla como si no hubiera pasado nada.

—Claro.

Sacó una segunda taza sin preguntar de qué la quería; ya sabía que me bebería cualquier cosa que preparase. La tetera silbó y Jamie vertió el agua con la misma precisión meticulosa que ponía en todo lo demás. Observé sus manos, recordando cómo le habían temblado ligeramente cuando le toqué la espalda en esta misma cocina hacía una semana.

—Gracias —dije cuando me entregó la taza. Nuestros dedos se rozaron y Jamie retiró la mano como si se hubiera quemado.

Nos quedamos ahí de pie en silencio un momento, ambos sujetando el té, ninguno bebiendo. El aire entre nosotros parecía cargado con todas las cosas que no estábamos diciendo. Jamie no dejaba de lanzarme miradas fugaces, como si se estuviera armando de valor para decir algo, pero no terminara de conseguirlo.

—Jamie.

Levantó la vista y me miró directamente a los ojos por primera vez en días.

—¿Qué estamos haciendo?

—Beber té. —Su voz era firme, pero vi la tensión acumulada en sus hombros.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Suspiró y se apoyó en la encimera. Por fin, le dio un sorbo a su té.

—No sé qué quieres que diga.

—Quiero que digas algo de verdad. Cualquier cosa que sea de verdad. —Dejé la taza y me giré para encararlo—. Llevas días mirándome como si quisieras algo, pero desapareces cada vez que me acerco. Tienes que decirme qué quieres.

Jamie apretó la mandíbula.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque te vas a ir. Porque esto es temporal.

—¿Y quién dice que tenga que ser así?

Se rio, pero sin rastro de humor.

—Tú. Lo dice todo tu estilo de vida. Vas de pueblo en pueblo, de trabajo en trabajo, sin quedarte en ningún sitio el tiempo suficiente para echar raíces. Así eres tú.

—A lo mejor quiero cambiar eso.

—La gente no cambia, Ty. En realidad, no. Y menos por otra persona.

Di un paso hacia él. Jamie se tensó, pero no se apartó.

—Tienes razón. La gente no cambia por otra persona. Pero a veces cambia por sí misma y, a veces, encuentra a alguien por quien merece la pena quedarse quieto.

Jamie me miraba fijamente, con sus ojos marrones muy abiertos detrás de las gafas. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza, todo ese análisis minucioso y esa forma de darle mil vueltas a todo que lo mantenían a salvo y solo.

—No sé cómo hacer esto —dijo al final, en un susurro tan bajo que casi no lo oí.

—No tienes que saberlo. Solo no me dejes fuera.

Se quedó callado durante un largo rato y yo contuve el aliento, esperando a que se retirara de nuevo, a que levantara otro muro entre nosotros y fingiera que no había pasado nada. En lugar de eso, empezó a caminar de un lado a otro: tres pasos hacia la ventana, tres pasos de vuelta, aferrado a su taza como si fuera un salvavidas.

—Esto es exactamente lo que intentaba evitar —dijo, más para sí mismo que para mí—. Encariñarme de alguien que se va a marchar o que me importe alguien que solo me ve como un apaño conveniente para pasar el verano.

—Jamie, para.

Pero siguió paseando, con la voz cada vez más agitada.

—Y ahora no puedo dormir porque la casa está demasiado silenciosa sin oírte tararear en la ducha, y esta mañana me he puesto tu camiseta por accidente porque olía a ti, y te echo de menos aunque estés aquí mismo, y sé que eso me convierte en un patético, pero parece que no puedo evitar…

—Jamie. —Le sujeté el brazo con suavidad para detener su movimiento frenético—. Das mucho miedo cuando ensayas tu propio colapso emocional.

Eso casi le arranca una risa. *Casi*. La comisura de sus labios se curvó ligeramente antes de volver a su seriedad habitual.

—No soy un apaño de verano —dije, sin soltarle el brazo—. Y tú no eres un sitio cómodo donde quedarme hasta que acabe la temporada. Si todo esto fuera solo eso, habría buscado otro sitio donde alojarme hace días, en lugar de pasarme las noches en vela en casa de Angie, preguntándome si comías algo decente o si sobrevivías a base de café y cabezonería.

—¿Has estado sin dormir?

—Todas las noches.

Los ojos de Jamie escudriñaron mi cara como si buscaran pruebas de que mentía, algún indicio de que todo era una broma pesada a su costa. Fuera lo que fuese lo que vio, pareció satisfacer algo en él, porque sus hombros por fin se relajaron.

—He estado pensando en la noche que casi nos besamos —dijo con cuidado—. En lo que habría pasado si no me hubiera entrado el

pánico.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A que soy idiota.

—Bueno, por algo se empieza.

Esta vez sí que se rio, una risa corta y algo entrecortada.

—No paro de repetirme todas las razones por las que esto es una mala idea. Por las que empezar algo contigo sería complicado, un lío y probablemente acabaría mal.

—¿Y?

—Y entonces recuerdo cómo me preparas huevos solo porque sabes que me salto el desayuno, o cómo me escuchas de verdad cuando te hablo de mi día, o el hecho de que me compraras ese aceite de oliva carísimo solo porque una vez mencioné que me gustaba. —Sacudió la cabeza—. Te fijas en cosas que me importan, y no estoy acostumbrado a eso.

—Me gusta fijarme en ti.

—¿Por qué?

La pregunta quedó flotando entre nosotros, simple y cargada de significado al mismo tiempo. Miré a Jamie, de pie en su cocina con un pijama arrugado y las gafas torcidas, aferrado a su taza de té como si fuera una armadura, e intenté encontrar palabras para algo que yo mismo todavía estaba tratando de entender.

—Porque haces que quiera quedarme el tiempo suficiente para aprenderme todas tus manías. ¿Sabes esa sonrisita que se te pone cuando crees que nadie te mira? Quiero ser la persona que te haga sonreír así a propósito. Porque eres bueno, inteligente y divertido cuando te lo permites, y estar cerca de ti es como si, por primera vez en mi vida, hubiera encontrado un lugar en el que de verdad quiero quedarme.

Jamie me miraba fijamente, y podía ver cómo procesaba cada palabra, catalogándola y analizándola en busca de sinceridad.

—Te vas en ocho días.

—Mi contrato de alquiler acaba en ocho días. Eso no significa que tenga que irme.

—Pero lo harás. Siempre lo haces.

—Quizá esta vez no.

—Y quizá sí, y entonces volveré al punto de partida, solo que peor, porque sabré exactamente lo que me estoy perdiendo.

Dejé mi té y di un paso más, lo bastante cerca como para ver las motas doradas en sus ojos marrones, la forma en que su respiración se entrecortó ligeramente cuando invadí su espacio personal, tan cuidadosamente mantenido.

—Tienes razón —dije—. Puede que me vaya. Puede que me asuste o me entre el gusanillo o decida que Ptown no es donde quiero construir mi vida. Puede que esto acabe en un desastre espectacular y los dos salgamos heridos y arrepintiéndonos de haberlo intentado.

Los ojos de Jamie se abrieron de par en par.

—Pero puede que no. Quizá, por una vez en mi vida, elija quedarme en lugar de huir. Quizá decidas que merezco el riesgo de que me hagas daño. Quizá encontremos la forma de que esto funcione, sea lo que sea «esto».

—Son muchos «quizás».

—Todo son «quizás», Jamie. Todo lo que merece la pena lo es. La única certeza es que, si no lo intentamos, si sigues escondiéndote detrás de tu vida perfectamente organizada y yo sigo fingiendo que no quiero quedarme a ver qué pasa, nunca sabremos lo que podríamos haber sido.

Extendí la mano lentamente, dándole tiempo a apartarse, y le aparté un mechón de pelo de la frente. Él se inclinó hacia mi caricia, apenas un milímetro, pero fue suficiente.

—No puedo prometerte que no te haré daño —dije en voz baja —. No puedo prometerte que sabré hacer esto bien, o que no me entrará el pánico cuando las cosas se pongan serias. Pero puedo prometerte que ahora mismo, en este momento, no hay ningún otro lugar en el que prefiera estar que de pie en tu cocina a medianoche, bebiendo un té horrible e intentando convencerte de que te arriesgues conmigo.

Jamie se quedó en silencio tanto tiempo que empecé a pensar que iba a retirarse de nuevo, a levantar esos muros y a hacer como si esta conversación nunca hubiera existido. Entonces, dejó su taza y me miró con algo que podría haber sido esperanza.

—No se me da bien lo esporádico —repitió.

—Genial. A mí tampoco, por lo visto.

—Le doy demasiadas vueltas a todo.

—Me he dado cuenta.

—Tengo problemas de confianza y miedo al abandono, y reorganizo las estanterías cuando estoy estresado.

—Yo limpio hornos ajenos por estrés y mando mensajes patéticos con emojis a las dos de la mañana.

—¿Has estado mandando mensajes con emojis?

—Angie tiene capturas de pantalla.

Eso le arrancó otra casi risa.

—Dios, somos un desastre.

—Los mejores siempre lo son.

Jamie me miró durante otro largo instante, y casi pude verlo sopesando los pros y los contras, calculando riesgos y posibles resultados. Entonces, algo cambió en su expresión, algún muro interno que por fin se derrumbaba.

—Vale —dijo en voz baja.

—¿Vale?

—No me hagas repetirlo.

Sonreí.

—¿Repetir el qué?

—Ty…

—Quiero oírtelo decir.

Jamie puso los ojos en blanco, pero ahora casi sonreía.

—Vale. Intentémoslo. Sea lo que sea esto. Pero si me haces daño, me quedo con tu fianza.

—Es justo.

—Y si decides irte de todas formas, tienes que decírmelo. Nada de desaparecer un día sin más.

—Trato hecho.

Asintió una vez, decidido, como si acabara de tomar la decisión empresarial más importante de su vida en lugar de aceptar salir con su compañero de piso.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Me acerqué más, lo suficiente para ver el momento exacto en que se le contuvo el aliento, la forma en que se le dilataron las pupilas cuando levanté la mano para enderezarle las gafas torcidas.

—Ahora —dije—, tú dejas de huir cada vez que me acerco.

—Y tú dejas de desaparecer en el apartamento de Angie cada vez que las cosas se complican.

—Trato hecho.

Nos quedamos allí, bajo la cálida luz de la cocina, por fin lo bastante cerca para tocarnos, por fin lo bastante valientes para intentarlo. El té de Jamie se estaba enfriando en la encimera, y yo probablemente olía a bar, y los dos seguíamos muertos de miedo por lo que vendría después. Pero, por primera vez en días, el espacio entre nosotros se sentía como una posibilidad en lugar de como una distancia.

—Que conste —dijo Jamie en voz baja— que te he echado mucho de menos.

—Genial —dije, inclinándome hacia él—. Porque yo a ti también te he echado mucho de menos.

Permanecimos en la cocina, con el silencio estirándose entre nosotros como un chicle; no era incómodo, exactamente, pero estaba cargado de una nueva conciencia. Jamie cambió el peso de un pie a otro, con la taza vacía colgando de sus dedos. Yo no podía dejar de mirar la forma en que el cuello de su camiseta estaba ligeramente estirado hacia un lado, revelando un trozo de piel que de repente quise tocar.

—Así que… —dije al mismo tiempo que Jamie soltaba—: Bueno…

Ambos nos reímos, rompiendo la tensión lo justo para poder respirar.

—Tú primero —le ofrecí.

Jamie dejó la taza en el fregadero con un cuidado deliberado.

—Es tarde. Deberíamos ir a dormir.

—Cierto. Dormir. Buena idea.

Ninguno de los dos se movió.

Di medio paso hacia adelante, y los ojos de Jamie se abrieron ligeramente. Su mirada se desvió hacia mi boca solo un segundo

antes de apartarse, y sentí esa breve mirada como una corriente eléctrica por la espina dorsal.

—¿Jamie?

—¿Mmm? —Su voz era un poco más aguda de lo normal.

—Yo… —Hice un gesto vago entre nosotros, de repente inseguro. Acabábamos de tener toda esa conversación sobre intentarlo, sobre no huir, y ahora estaba dudando como un crío en su primer baile de instituto—. No quiero fastidiarla —logré decir finalmente.

—No lo harás.

—No lo sabes.

—Tú tampoco.

Lo miré entonces, lo miré de verdad. La forma paciente en que esperaba a que yo averiguara qué quería decir.

—Tengo muchas ganas de besarte —dije en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Está… está bien si lo hago?

En lugar de responder, Jamie se acercó, tanto que nuestras rodillas se tocaron. Levantó la mano lentamente y me quitó las gafas, dejándolas con cuidado sobre la encimera.

—Está más que bien —dijo.

Esta vez, cuando me incliné, no me detuve. No le di más vueltas. No me entró el pánico por el momento, ni por las consecuencias, ni por lo que podría significar para las semanas que nos quedaban como compañeros de piso.

Simplemente pegué mis labios a los suyos y me dejé caer.

Jamie:

Fue suave al principio. Vacilante. Como una pregunta que se formula y se responde a la vez. Entonces la mano de Ty me encontró la nuca, y emití un sonido que no reconocí, y de repente nos estábamos besando de verdad. Un beso profundo, cálido y desesperado que me oprimía el pecho.

Había olvidado lo bien que podía sentar esto. El simple placer de piel contra piel, de que alguien te deseara lo suficiente como para atraerte hacia sí. Ty sabía a chicle de menta y a posibilidad, y cuando me mordisqueó suavemente el labio inferior, puede que hiciera el ridículo con el ruidito que se me escapó.

«¿Está bien?», susurró contra mi boca.

«No pares», conseguí articular.

Y no lo hizo. Nos besamos hasta que noté los labios hinchados y me dio vueltas la cabeza. Reculando a trompicones, Ty me arrastró hasta su dormitorio mientras la suavidad se convertía en necesidad, y de repente me encontré a horcajadas sobre su regazo sin recordar muy bien cómo había llegado hasta allí. Tenía las manos cálidas en mi cintura y sus pulgares trazaban circulitos bajo el dobladillo de mi camiseta que me estaban volviendo completamente loco.

«Jamie», jadeó, y su forma de pronunciar mi nombre hizo que algo ardiente y desesperado se desenroscara en mi estómago.

Me eché hacia atrás lo justo para mirarlo. Tenía las pupilas dilatadas y el pelo aún más alborotado de lo normal. Tenía toda la pinta de que lo acababan de besar a fondo, y esa imagen me produjo una punzada de satisfacción.

«Hola», dije, estúpidamente.

«Hola».

«Está pasando».

«Eso parece».

Podía sentir el latido de su corazón bajo mis palmas, que de algún modo habían acabado apoyadas en su pecho. Podía sentir la prueba de su excitación contra mi cadera. Ya habíamos superado el punto de fingir que solo era un beso de buenas noches entre amigos.

«Supongo que debería decirte —dije— que no soy de rollos de una noche».

Las manos de Ty se quedaron quietas en mi cintura. «Menos mal que esto no es un rollo, entonces».

«¿No?».

«No». Se inclinó para depositar un beso suave en la comisura de mis labios. «Nada de lo tuyo ha sido un rollo desde el principio,

Jamie Brennan».

Aquello le hizo algo peligroso a mi corazón, algo que se parecía sospechosamente a enamorarse. Pero, por una vez, no quería frenarme.

«¿Puedo...?», empecé, pero me acobardé.

«¿El qué?».

Hice un gesto vago hacia su pecho, hacia el espacio que nos separaba, hacia todo lo que deseaba pero no sabía cómo pedir.

«Usa las palabras», dijo Ty con dulzura.

«¿Puedo tocarte?».

Su sonrisa fue respuesta suficiente, pero aun así dijo: «Por favor», y esa única palabra desató algo dentro de mí.

Volví a besarlo y dejé que mis manos exploraran. Bajaron por la columna de su garganta, recorrieron la anchura de sus hombros y se deslizaron por los músculos definidos de su pecho y su abdomen. Estaba cálido por todas partes, su piel suave sobre músculos duros, y emitía ruiditos de ánimo que se me subieron directos a la cabeza.

Cuando mis dedos recorrieron la línea de vello bajo su ombligo, inspiró con fuerza.

«Camiseta —dijo con voz ronca—. Fuera».

No protesté. Me quité la camiseta por la cabeza y la lancé a algún lugar detrás de mí, de pronto hiperconsciente de cada centímetro de piel al descubierto. Ty me miró como si yo fuera algo digno de saborear, y bajo su mirada me sentí guapo de una forma que no había sentido en años.

«Eres precioso», dijo, con la voz tomada por el deseo.

«Y tú también».

Esta vez, cuando nos besamos, fue con más hambre. Con menos cuidado. Las manos de Ty trazaron un mapa por mi espalda, mis costillas, el punto sensible justo debajo de mi oreja que me hizo arquearme contra él. Estaba perdiendo la noción de dónde acababa yo y empezaba él, ebrio de sus caricias y de los pequeños sonidos que hacía cuando le besaba el cuello.

«Cama», jadeé contra su clavícula.

«Ya estamos en la cama».

«En horizontal».

Se rio, una risa grave y entrecortada. «Exigente».

«Ni te lo imaginas».

Con un movimiento fluido, nos hizo girar, acomodándome contra las almohadas y cerniéndose sobre mí. La luz de la luna pintaba franjas plateadas sobre sus hombros, y alargué la mano para recorrerlas con la yema de los dedos.

«Por favor, no hagas bromas sobre esto mañana», dije en voz baja.

Ty se quedó quieto, escrutándome el rostro. Luego se inclinó y volvió a besarme, un beso suave, seguro y lleno de promesas.

«Ni en broma», susurró contra mis labios.

Y entonces nos invadió una calma silenciosa, solo el roce de la piel contra la piel y los jadeos susurrados con nuestros nombres. Solo la boca de Ty en mi garganta y mis manos en su pelo y la abrumadora certeza de que por fin me permitía tener esto. Tenerlo a él.

Las manos de Ty estaban por todas partes, y yo no podía pensar con claridad. Cada lugar que tocaba era como fuego, como volver a casa, como entender por fin a qué se referían todas esas novelas románticas malísimas cuando hablaban de la electricidad entre dos personas.

Ty:

«¿Está bien?», volví a preguntar, porque necesitaba estar seguro, necesitaba saber que no iba a entrar en pánico y a apartarme de un empujón como la otra vez.

«Sí», susurró Jamie contra mi cuello. «Por Dios, sí».

Lo besé con más ganas, dejándome perder en su sabor, en la sensación de su cuerpo apretado contra el mío. Era pura fibra y piel suave, y cuando le pasé las manos por los costados se estremeció de una forma que me hizo querer repetirlo una y otra vez.

«Estás temblando», le murmuré en la mandíbula.

«Son los nervios —admitió—. Ha pasado mucho tiempo».

Me aparté para mirarlo. Se había quitado las gafas, tenía el pelo revuelto por culpa de mis manos y los labios hinchados de tantos besos. Ya parecía un desastre, y eso que apenas habíamos empezado.

«Podemos ir más despacio», le ofrecí, aunque ir más despacio era lo último que me apetecía en el mundo.

«Ni se te ocurra».

Su respuesta me arrancó una carcajada.

«Mandón».

«No sabes cuánto».

Y me lo demostró dándonos la vuelta para sentarse a horcajadas sobre mis caderas con una seguridad que me fundió los plomos. La luz de la luna que entraba por la ventana de su habitación acentuaba los ángulos de su cara, la curva de su hombro, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

«Me estás mirando fijamente», dijo.

«No puedo evitarlo. Eres precioso».

Un rubor le bajó por el cuello.

«Cállate».

«Oblígame».

Y lo hizo. Me besó hasta que olvidé mi propio nombre, hasta que lo único en lo que podía pensar era en su peso sobre mí y en los sonidos suaves y desesperados que emitía cuando lo tocaba justo donde debía.

Dejé que mis manos exploraran, que se aprendieran el mapa de su cuerpo. El punto sensible detrás de la oreja. El modo en que contenía el aliento cuando le recorría la línea de la cadera. Cómo arqueaba la espalda contra mi mano cuando le subía las palmas por los muslos.

«Ty», susurró, y mi nombre en sus labios sonó mejor que cualquier canción que hubiese escuchado jamás.

«¿Qué quieres?», pregunté, porque necesitaba oírselo decir.

Me miró desde arriba, con los ojos oscuros y cargados de deseo.

«A ti. Solo a ti».

Algo se me resquebrajó en el pecho al oír esas palabras. Me incorporé de golpe para besarlo, volcando en la presión de nuestras

bocas todo lo que no era capaz de decir: cómo me hacía querer ser mejor persona, cómo aquellas últimas semanas habían cambiado algo fundamental en mí, el pánico que sentía de poder joderlo todo.

Nos movimos a la vez, encontrando un ritmo que parecía una conversación. Un tira y afloja, un dar y recibir. Las manos de Jamie se enredaron en mi pelo, y estaba bastante seguro de que yo le estaba dejando marcas en las caderas, pero a ninguno de los dos nos importaba. La cautela había quedado atrás.

«Espera —jadeó Jamie, apartándose un poco—. ¿Tienes...?».

«Mesilla —acerté a decir—. Lado izquierdo».

Se inclinó para rebuscar en el cajón y aproveché la oportunidad para besarle el cuello desnudo, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso bajo mis labios.

«Para de distraerme», masculló, pero la queja perdió toda su efectividad cuando ladeó la cabeza para ponérmelo más fácil.

«Nunca».

Encontró lo que buscaba y se volvió hacia mí. De repente, parecía dudar otra vez.

«Hace mucho tiempo que no hago esto».

Me senté y le acuné la cara con delicadeza.

«Eh. No tenemos que hacer nada para lo que no estés preparado».

«Estoy preparado —dijo de inmediato—. Estoy tan preparado que podría morirme si paramos ahora. Es solo que… quiero que sea bueno. Para ti».

«Jamie —le di un beso suave—. Ya es bueno. Estás aquí, no has salido huyendo, y has dicho mi nombre como si significara algo. Todo lo demás es un extra».

Jamie emitió un sonido que fue mitad risa, mitad sollozo, y me besó con fuerza.

«¿Cómo es posible que seas real?».

«Llevo preguntándome lo mismo sobre ti desde el día en que me mudé».

Después de eso nos lo tomamos con calma. Lentos, cuidadosos y con una ternura que dolía. Observé el rostro de Jamie mientras nos movíamos juntos, catalogando cada expresión, cada jadeo, cada vez

que sus ojos se cerraban y volvían a abrirse para buscar los míos. Estaba precioso así, vulnerable y deseoso, con todos sus muros, construidos con tanto esmero, derribados.

«¿Bien?», le pregunté, probablemente por duodécima vez.

«Perfecto —susurró—. Eres perfecto».

No lo era, ni de lejos, pero en aquel instante quise serlo. Por él. Por nosotros. Por lo que fuera que estuviera naciendo entre los dos.

La luna cruzó el cielo, pintando nuevos dibujos sobre nuestra piel. Encontramos nuestro ritmo, nos encontramos el uno al otro, encontramos algo que ni siquiera sabía que estaba buscando. Las manos de Jamie en mis hombros, mi nombre en sus labios, el sonido de nuestras respiraciones llenando el silencio de la habitación.

«Ya casi», dijo sin aliento, y pude verlo en la tensión de su cuerpo, en la forma en que sus movimientos se volvían más desesperados.

«Déjate llevar —le susurré al oído—. Yo te sujeto».

Y lo hizo, con mi nombre en los labios y la cara hundida en mi hombro. Lo seguí al otro lado, y la intensidad del momento me robó el aliento y me hizo ver estrellas que no tenían nada que ver con el cielo de Cape Cod.

Nos desplomamos el uno sobre el otro, en un enredo de extremidades y corazones desbocados. La cabeza de Jamie descansaba sobre mi pecho, y yo lo rodeaba con los brazos como si pudiera retenerlo allí para siempre con solo aferrarme a él con la fuerza suficiente.

«Joder», dijo tras un largo silencio.

Me reí, todavía intentando recuperar el aliento.

«Ya ves».

«¿Siempre es así?».

«No —dije, sincero—. No, no lo es».

Se apoyó en un codo para mirarme. Tenía el pelo hecho un desastre y unas marcas en el cuello que sin duda se verían mañana, y nunca había estado tan guapo.

«¿Diferente para bien o para mal?».

«Para bien. Muy, muy bien».

Sonrió, con un gesto suave y complacido, y se inclinó para besarme. Un beso tierno, sin prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo en lugar de solo ocho días más.

«Quédate», dijo contra mis labios.

«No pensaba moverme».

«Me refiero a esta noche. Aquí. Conmigo».

Me aparté un poco para mirarlo.

«¿Seguro? Dejaste bastante claro todo el rollo de los dormitorios separados cuando me mudé».

«Eso era antes».

«¿Antes de qué?».

«Antes de saber lo que se sentía al tenerte en mi cama».

Volví a sentir una opresión en el pecho, y esa peligrosa sensación de estar precipitándome al vacío se hizo más fuerte.

«Qué labia tienes».

«Lo digo en serio, Ty. Quédate».

Y me quedé. Nos aseamos y nos metimos de nuevo en la cama, con Jamie acurrucado a mi lado como si ese fuera su sitio. Su dormitorio era exactamente como me lo había imaginado: ordenado y organizado, con libros apilados en cada superficie y una vela con un sutil aroma a lavanda en la cómoda. Pero ahora olía a él, a nosotros, y eso lo hacía perfecto.

«¿Y mañana qué?», preguntó Jamie en voz baja, dibujando patrones sobre mi pecho.

«¿A qué te refieres?».

«Quiero decir, ¿hacemos como que esto no ha pasado? ¿Volvemos a ser compañeros de piso que de vez en cuando comparten un plato de pasta y discuten por las toallas? ¿Se lo contamos a la gente? ¿No se lo contamos? No sé cuáles son las reglas».

Le di un beso en la coronilla.

«No hay reglas. Las iremos inventando sobre la marcha».

«Eso da pánico».

«Sí, lo da».

Había pasado semanas levantando muros entre nosotros, convenciéndome de que desear a alguien que podía marcharse era

demasiado peligroso. Pero, tumbado allí con Ty encima de mí, con su frente pegada a la mía mientras recuperábamos el aliento, me di cuenta de que el verdadero peligro había sido no arriesgarme.

«Quédate», susurré por última vez, aunque ya estaba aquí, ya era mío por el tiempo que esto durara.

«No me voy a ninguna parte», prometió, y por primera vez en mi vida, que siempre había protegido con tanto recelo, creí que podía ser verdad.

23

TY

Me desperté antes de que saliera el sol, lo cual no era nada nuevo. Lo que sí era nuevo era el cuerpo cálido pegado a mi costado y la desconocida sensación de plenitud instalándose en mi pecho.

Jamie seguía dormido, con un brazo rodeándome las costillas y la cara hundida en la almohada. El pelo se le disparaba en ángulos imposibles y una arruga de la funda le marcaba la mejilla. Así parecía más joven, más indefenso, con todas aquellas defensas tan cuidadosamente erigidas, ahora ablandadas por el sueño.

A estas alturas, ya esperaba sentir la inquietud de siempre. Ese picor bajo la piel que me empujaba a mirar el móvil, a inventar excusas, a buscar una forma de escabullirme antes de que las cosas se complicaran. Pero, tumbado allí, observando la respiración de Jamie, no sentí ni rastro de ese pánico tan familiar.

Solo quietud.

Perfecto.

El reloj de su mesilla marcaba las 6:47. Aún era lo bastante temprano como para que la casita pareciera suspendida en esa calma que precede al amanecer, cuando incluso Commercial Street estaba tranquila y los únicos sonidos eran las olas y las gaviotas.

Salí de la cama con cuidado, intentando no despertarlo. Jamie balbuceó algo ininteligible y rodó hasta ocupar el hueco cálido que

yo había dejado, subiéndose la sábana hasta la barbilla.

Adorable. Incluso inconsciente, me estaba robando el calor y tenía un aspecto desaliñado y perfecto.

En la cocina, puse el café. Todo en aquella cocina tenía su sitio, su propósito o su *sistema*. Dos meses atrás, tal nivel de orden me habría resultado claustrofóbico. Ahora, en cambio, me descubrí imitando su rutina sin pensarlo: llenando el hervidor, moliendo los granos, incluso pasando un paño por la encimera mientras esperaba a que el agua se calentara.

La luz de la mañana se colaba por las ventanas, pintándolo todo de dorado. Ya había visto un montón de amaneceres desde esa cocina en el último mes, pero este era diferente. Como si la propia casa contuviera el aliento, esperando a ver qué habíamos hecho el uno del otro en la oscuridad.

Mientras el café se hacía, doblé la toalla que había tirado al suelo del baño la noche anterior. La colgué con esmero en el toallero, donde debía estar. Jamie seguramente se daría cuenta, y la idea me hizo sonreír. Se daba cuenta de todo.

Cogí dos tazas del armario; la mano se me fue sola hacia la de cerámica azul que, en algún momento, había reclamado como mía. Entonces me detuve y la miré. Azul lisa, frente a la ridícula colección de Jamie de tazas con juegos de palabras literarios y logos de librerías. En un impulso, la cambié por su favorita, la de esa tiendecita de Cambridge con la frase «Leo hasta después de la hora de dormir» escrita en una caligrafía enrevesada.

El café estaba perfecto. Intenso, oscuro y con la temperatura exacta. Me serví una taza en el recipiente azul y dejé la de Jamie lista en su preferido, con el vapor ascendiendo en espirales bajo la luz temprana.

Cuando oí sus pasos en la escalera, ya estaba sentado a la mesa de la cocina con el portátil, repasando bolsas de empleo más por costumbre que por un interés real. El Shell & Shaker me había tratado bien, pero los trabajos de verano son temporales por naturaleza. Aún quedaban dos semanas para el Día del Trabajo, pero septiembre en Ptown significaba que la mayor parte del empleo de

temporada se agotaría. Tendría que pensar en mi próximo movimiento.

Aunque, sentado en la cocina de Jamie, con una de sus camisetas y bebiendo café de su taza, la idea de marcharme me parecía menos inevitable que hacía un mes.

Jamie apareció en el umbral, descalzo y con la suavidad del sueño, vestido solo con unos pantalones de pijama que le caían sobre las caderas. Tenía el pelo todavía más revuelto que cuando lo había dejado, y una marca tenue en la clavícula que recordaba perfectamente haberle dejado yo.

—Buenos días —dije, intentando sonar natural, aunque seguramente sin mucho éxito.

—Hola —su voz sonó ronca por el sueño, y me miraba como si no estuviera del todo seguro de que yo fuera real. Como si lo hubiera soñado todo—.

Cerré el portátil y señalé la encimera.

—He hecho café.

—Ya veo —pero no se movió hacia él. Se quedó en la puerta, con aire inseguro. La confianza tranquila de la noche anterior se había evaporado con la luz del día, dejando tras de sí la cautela habitual de Jamie.

—Tu taza está lista —añadí—. Del bueno, no del instantáneo.

Eso me valió una sonrisita.

—Sabes que no bebo café instantáneo.

—Solo comprobaba si te acordabas de dónde estabas.

Se acercó a la encimera con paso sigiloso y lo vi percatarse de que había usado su taza favorita. Por un segundo, pensé que diría algo, pero en lugar de eso, le dio un sorbo con una leve sonrisa.

—¿Está bueno? —pregunté.

—Perfecto.

Había algo en el modo en que lo dijo, como si se refiriera a algo más que el café. Como si estuviera probando la palabra, viendo cómo encajaba en esto que teníamos entre manos.

Me levanté para rellenar mi taza, rozándolo deliberadamente al coger la cafetera de émbolo. No se apartó. Un avance.

—Entonces… —dijo Jamie al cabo de un momento, acunando la taza entre las manos—. No vamos a fingir que no ha pasado nada, ¿verdad?

Me volví para mirarlo y me fijé en la atención con la que me observaba. Como si esperara que le restara importancia a lo que había pasado entre nosotros.

—No —dije, sin más.

—Bien.

—¿Bien?

Le dio otro sorbo al café, sopesando la respuesta.

—No me van mucho los rollos esporádicos. He pensado que deberías saberlo.

—Sí, eso ya me lo dijiste anoche.

—¿Y a ti… te parece bien?

Me acerqué más, hasta quedar justo delante de él. Lo bastante cerca como para ver las motas doradas de sus ojos marrones, para contar las pecas que el sol de verano le había multiplicado en la nariz.

—Jamie —dije en voz baja—, mírame.

Lo hizo, aunque pareció costarle un esfuerzo.

—¿Tengo pinta de estar huyendo?

Un lento rubor le subió por el cuello.

—No.

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—No.

—Pues entonces a lo mejor deberías confiar en que sé la diferencia entre un rollo esporádico y lo que sea esto.

Dejó la taza en la encimera y dio un paso más, tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su piel.

—¿Qué es esto?

Una pregunta con trampa. Del tipo que normalmente me hacía buscar a toda prisa una salida y una respuesta fácil. Pero al mirar el rostro de Jamie, abierto y vulnerable bajo la luz de la mañana, descubrí que no quería escurrir el bulto.

—Todavía no lo sé —dije con sinceridad—. Pero quiero averiguarlo.

Algo cambió en su expresión, como si una puerta se abriera.

—¿Sí?

—Sí.

Nos quedamos así un instante, mirándonos. En la cocina solo se oía el goteo del café y el sonido lejano de las olas. Fuera, Ptown empezaba a despertar. Pronto las calles se llenarían de turistas, ruido y el caos de otro día de verano. Pero por ahora, solo éramos nosotros en aquel reducto de calma matutina.

—Debería ducharme —dijo Jamie finalmente— y prepararme para el trabajo.

—Seguramente.

Pero ninguno de los dos se movió. Yo pensaba en cómo había pronunciado mi nombre anoche, susurrándolo contra mi piel como una oración. En lo diferente que era despertarse junto a alguien y querer quedarse.

—Ty —dijo, y ahí estaba otra vez, mi nombre en su voz, provocando estragos peligrosos en mi pulso.

—¿Sí?

—Gracias. Por el café. Por… quedarte.

Había algo vulnerable en su forma de decirlo, como si el hecho de que me quedara fuera un regalo que no estaba acostumbrado a recibir. Quizá lo era. Empezaba a darme cuenta de lo meticulosamente que Jamie había construido su vida para no depender de cosas o personas temporales.

—Gracias a ti por dejarme —dije.

Entonces sonrió, una sonrisa pequeña pero genuina, y me dio un beso rápido antes de dirigirse a las escaleras. Lo vi marcharse, admirando la línea de sus hombros y el modo en que la luz de la mañana se enredaba en su pelo.

—Jamie —lo llamé cuando llegó al umbral.

Se volvió.

—Esta noche, cuando vuelvas del trabajo… —hice una pausa, asegurándome de que tenía su atención—. Estaré aquí.

Su sonrisa se ensanchó.

—Bien.

Cuando desapareció escaleras arriba, volví a sentarme a la mesa con mi café y el portátil. Las bolsas de empleo seguían ahí, pero las cerré sin mirarlas realmente. Fuera, oía los primeros sonidos del día: el rumor de los camiones de reparto por Bradford Street, portazos, voces que se saludaban.

Ptown despertaba a otro día de caos veraniego. Los turistas inundarían Commercial Street, se formarían colas en los sitios de moda para desayunar y las playas se llenarían de sombrillas y risas. Por la noche, los bares estarían a rebosar y el *tea dance* del Boatslip atraería a cientos de personas en busca de conexión y evasión.

Pero yo estaría aquí cuando Jamie volviera a casa. En esta cocina que se había vuelto familiar, en esta casita que empezaba a parecerse menos a un alojamiento temporal y más a algo de lo que no quería irme.

El móvil vibró con un mensaje de Angie: *¿Qué tal fue el gran gesto romántico?*.

Miré la cocina silenciosa, la taza de Jamie aún tibia en la encimera y la luz de la mañana derramándose sobre sus estanterías perfectamente ordenadas.

Mejor de lo esperado, tecleé.

¡¡¡Detalles!!!

Luego, prometí, porque algunas cosas eran demasiado nuevas y frágiles para compartirlas todavía. Demasiado importantes como para ponerlas en riesgo con palabras.

Arriba, oí abrirse la ducha. En unas horas, Jamie estaría en Port Reads, probablemente organizando algo o ayudando a los clientes a encontrar la lectura de playa perfecta. Yo estaría en el Shell & Shaker, preparando cócteles y fingiendo ligar con turistas que olvidarían mi nombre a la mañana siguiente.

La rutina era la misma de todo el verano. Pero algo fundamental había cambiado entre anoche y esta mañana, en el espacio que medió entre buscarnos y decidir quedarnos.

Cogí mi taza y la de Jamie y las llevé al fregadero. Mientras las enjuagaba, me sorprendí tarareando por lo bajo. Algo suave y feliz que no tenía nombre, pero que sonaba a posibilidad.

Por primera vez en años, no estaba pensando en mi próximo movimiento ni planeando una estrategia de huida. Simplemente estaba aquí, en este momento, en esta cocina que olía a buen café y a hogar.

Eso era nuevo. Eso lo era todo.

24

JAMIE

ACABABA de reorganizar la sección de poesía cuando sonó la campanilla de la puerta. Alcé la vista y vi a una mujer de unos sesenta años con el pelo plateado recogido en un moño impecable, que vestía un holgado vestido de lino y unas sandalias cómodas. Tenía los ojos de Ty, ese mismo azul oceánico, aunque los suyos albergaban décadas de sabiduría.

—Tú debes de ser Jamie —dijo, tendiéndome una mano—. Patricia Williams. Aunque casi todo el mundo me llama Rev.

Sentí un vuelco en el estómago. La tía abuela de Ty. La que le había servido de referencia cuando se mudó aquí. La que dirigía la mitad de los programas sociales del pueblo.

—Reverenda Williams —dije, estrechándole la mano—. Es un placer conocerla por fin.

—Llámame Patricia, por favor. O Rev, si insistes. —Sonrió, y fue una sonrisa cálida y genuina—. Llevaba tiempo queriendo pasarme. El club de lectura necesita nuevas propuestas para el otoño, y he pensado que ya era hora de que nos conociéramos como es debido.

—Claro. ¿Qué tipo de libros busca?

Sacó una lista escrita a mano y no pude evitar sonreír. Otra persona que todavía creía en el poder del papel y el bolígrafo. Recorrimos la tienda mientras me explicaba lo que su grupo había

estado leyendo: ficción contemporánea con personajes potentes, historias sobre la comunidad y los lazos afectivos, nada demasiado desolador.

—Ya leemos bastantes desgracias en las noticias —comentó, pasando el dedo por una estantería de novedades—. Los libros deberían recordarnos por qué merece la pena vivir.

Saqué varios títulos que pensé que podrían funcionar y le hice un breve resumen de cada uno. Escuchó con atención, haciendo preguntas inteligentes sobre los temas y el estilo. Estaba claro que no era una simple visita social disfrazada de compra.

—Este —dijo, cogiendo una novela sobre la familia elegida—. Perfecto para septiembre. Y quizá esta colección de ensayos sobre encontrar un hogar.

Llevé la creciente pila de libros al mostrador, intentando no preguntarme qué le habría contado Ty sobre nosotros. Sobre mí.

—Sabes —dijo Patricia mientras le cobraba—, nunca había visto a Tyler tan asentado.

Mis manos se detuvieron sobre las teclas de la caja registradora.

—¿Ah, no?

—Ha estado dando tumbos durante años. Boston, Portland, Burlington… Nunca se quedaba en un sitio el tiempo suficiente para deshacer las maletas del todo. —Me estudió con aquellos ojos azules tan familiares—. Pero este verano hay algo diferente.

Me concentré en envolver sus libros con cuidado en papel, sin saber muy bien qué responder.

—Se le ilumina la cara cuando habla de ti —continuó con delicadeza—. Y de tu casa. Dice que le has enseñado el valor de tener un verdadero hogar.

—Ha sido un buen compañero de piso —logré decir, sintiendo que se me encendían las mejillas.

Patricia se rio, un sonido cálido que llenó el silencio de la librería.

—Compañero de piso. ¿Así es como lo llamáis?

La miré, atrapado entre la vergüenza y algo más. Esperanza, quizá.

—No quiero entrometerme —dijo, aunque su sonrisa sugería lo contrario—. Es que me alegra verlo feliz. Verlo hacer planes más allá

de la semana que viene.

—¿Planes?

—¿No te lo ha contado? Le he ofrecido un puesto en la iglesia. Coordinador de acción comunitaria. Para todo el año, con prestaciones, el paquete completo. —Aceptó la bolsa de libros que le tendí—. Ha dicho que sí esta mañana.

Sus palabras me golpearon como una ola. Para todo el año. Ty iba a quedarse en Ptown más allá del Día del Trabajo, más allá del éxodo veraniego, más allá de todas las fechas que tanto temía.

—Yo… todavía no me lo había comentado.

—Seguramente quería contártelo él mismo. —Patricia me apretó la mano por encima del mostrador—. Cuidaos mucho, Jamie. Eres bueno para él. Y sospecho que él también es bueno para ti.

Cuando se fue, me quedé de pie, procesando lo que acababa de enterarme. Ty tenía trabajo. Un trabajo de verdad que lo mantendría aquí durante los silenciosos inviernos y los caóticos veranos. Se quedaba.

El resto de la tarde pasó a un ritmo agónico. Cada vez que se abría la puerta, levantaba la vista con la esperanza de ver una melena rubia y esa sonrisa despreocupada. Ellen me pilló mirando el móvil por tercera vez en una hora.

—Estás peor que los adolescentes que vienen por aquí —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo que… —Coloqué un expositor que ya estaba perfectamente recto—. Ha venido la tía abuela de Ty. La reverenda Williams.

—¿Rev Pat? Es un encanto. Dirige el mejor club de lectura del pueblo. —Ellen me examinó—. ¿Te ha dicho algo?

—Le ha ofrecido un trabajo a Ty. Para todo el año.

El rostro de Ellen se iluminó con una enorme sonrisa.

—¿Y ha dicho que sí?

—Por lo visto.

—¡Jamie, eso es fantástico! Tienes que estar… —Hizo una pausa, leyendo algo en mi expresión—. Estás contento, ¿verdad?

¿Lo estaba?

La parte racional de mi cerebro ya se había puesto en lo peor. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si descubríamos que se nos daba mejor ser un rollo de verano que una relación de verdad? ¿Y si, y si, y si…?

Pero bajo toda esa ansiedad había algo más. Alivio. Alegría. La posibilidad de despertarme junto a Ty no solo durante agosto, sino también en los días más tranquilos de septiembre, con los turistas del follaje otoñal en octubre y la temprana oscuridad de noviembre.

—Estoy muerto de miedo —admití.

Ellen se rio.

—Bien. Eso significa que es importante.

Para cuando cerré la tienda, tenía los nervios a flor de piel. Caminé a casa por Commercial Street, esquivando a los turistas e intentando no imaginar todas las formas en que esto podría salir mal. La casita apareció a la vista, con las ventanas iluminadas por la luz del atardecer.

Ty estaba en la cocina cuando entré, removiendo algo en el fuego que olía a ajo y hierbas. Se giró al oír la puerta, y se le iluminó el rostro.

—Hola, ya estás en casa. ¿Qué tal…? —Se interrumpió, leyendo algo en mi expresión—. Has hablado con mi tía Patricia.

—Vino a buscar libros para el club de lectura.

—Y mencionó lo del trabajo. —Apagó el fogón para prestarme toda su atención—. Iba a contártelo esta noche. Me he enterado esta mañana y quería hacerlo bien.

—¿Bien?

Esbozó una sonrisa, esa sonrisa juvenil que todavía conseguía que me diera un vuelco el corazón.

—Sí, ya sabes. Hacerlo especial. Hablando de eso, la cena está casi lista, pero estaba pensando que podríamos cenar en la playa. He preparado un pícnic.

—Has preparado un pícnic.

—No me mires con esa cara de asombro. Puedo ser romántico cuando quiero. —Se acercó más y sus manos encontraron mi cintura —. Pero primero, probablemente deberíamos hablar de lo del trabajo.

—Es maravilloso —dije, y lo decía en serio a pesar de mi ansiedad—. ¿Coordinador de acción comunitaria?

—Básicamente, organizar programas, trabajar con grupos de jóvenes locales, ayudar con el banco de alimentos… Todo lo que ya hacía como voluntario, pero de forma oficial. Con seguro médico y todo.

—Muy adulto por tu parte.

—¿A que sí? —Me dio un beso rápido—. La tía Patricia dice que puedo empezar el uno de septiembre. Lo que significa que tendré que buscar un sitio donde vivir cuando se acabe el alquiler de verano, pero hay un estudio encima de la iglesia que podría servir, o quizá…

Dejó la frase en el aire, de repente inseguro. Llevábamos juntos exactamente un día. Demasiado pronto para hablar de ampliar el acuerdo de convivencia, demasiado pronto para ese tipo de compromiso. Pero no parecía demasiado pronto. Era como si hubiéramos estado construyendo este momento durante todo el verano, a base de cenas compartidas, cafés por la mañana y todas esas pequeñas intimidades que surgen al compartir un hogar.

—Ya encontraremos una solución —dije con cuidado.

—¿Sí? —La esperanza en su voz me oprimió el pecho.

—Sí.

Me besó de nuevo, esta vez más profundamente, hasta que me olvidé de la ansiedad, del *timing* y de todas las preocupaciones prácticas que solían gobernar mi vida.

—Vamos —dijo, apartándose—. Cámbiate. Quiero enseñarte una cosa.

Veinte minutos después, caminábamos por las dunas de Race Point, con la cesta de pícnic balanceándose entre los dos. El sol comenzaba su descenso, pintándolo todo de oro y ámbar. Las multitudes de turistas se habían reducido, dejando sobre todo a los lugareños y a los paseantes más devotos de la playa.

Ty nos condujo a un lugar que claramente ya había ojeado, un pequeño valle entre dunas que nos protegía del viento. Extendió una manta, que reconocí como una de las de casa, y empezó a sacar recipientes.

—Ensalada de pasta —anunció, colocando cada cosa en su sitio —. Ese pan tan bueno de la panadería portuguesa. Queso del mercado de productores. Y… —Sacó una botella de vino con una floritura—. Algo decente, según el de la tienda de licores.

—De verdad que lo has planeado.

—Te lo he dicho, puedo ser romántico. —Me entregó el sacacorchos—. Quería celebrarlo como es debido. El trabajo, lo nuestro… todo.

Abrí el vino mientras él servía la comida en platos de papel. Era surrealista estar allí sentado en las dunas con Ty, con el océano extendiéndose infinitamente ante nosotros. Hacía un mes, era un desconocido que respondía a mi anuncio de compañero de piso. Ahora…

—¿En qué piensas? —preguntó, dándome un plato.

—En lo mucho que ha cambiado todo desde que te mudaste.

—¿Cambios para bien?

Lo miré, a contraluz por el sol poniente, con arena en el pelo y esperanza en los ojos.

—Los mejores.

Comimos mientras el sol se hundía en el horizonte, hablando de todo y de nada. De sus planes para el trabajo en el centro social, de mis ideas para la programación de otoño en la librería. De lo diferente que sería Ptown después del Día del Trabajo, cuando los turistas huyeran y solo quedáramos los que vivíamos allí todo el año.

—Es como un pueblo completamente distinto —expliqué—. Tranquilo. Puedes caminar por Commercial Street sin tener que esquivar a nadie. Los restaurantes que permanecen abiertos se convierten en el salón de casa de los que vivimos aquí.

—Suena perfecto —dijo, y supe que lo decía de verdad.

Cuando terminamos de comer, Ty guardó los recipientes y me atrajo hacia él en la manta. Vimos cómo el sol pintaba el cielo en tonos rosas y naranjas, mientras el haz de luz del faro comenzaba su rotación nocturna en la distancia.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Por qué?

—Por esto. Por el pícnic. Por quedarte. —Me giré para mirarlo—. Por elegir quedarte.

Me acarició la cara con delicadeza.

—Jamie, no me quedo por el trabajo. El trabajo solo es lo que lo hace posible.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, demasiado grandes para lo reciente que era lo nuestro, pero demasiado ciertas como para retractarse. En lugar de responder, lo besé, saboreando el vino y la posibilidad.

Nos quedamos hasta que salieron las estrellas, envueltos en la manta y el uno en el otro. Las multitudes veraniegas se marcharían en dos semanas, pero Ty seguiría aquí. El resto ya lo iríamos resolviendo sobre la marcha.

—¿Volvemos? —preguntó al cabo de un rato.

—Un minuto más. —Me apoyé en su calor, observando el faro barrer el agua—. Se está muy bien aquí.

—Sí —asintió, dándome un beso en la sien—. La verdad es que sí.

Las primeras gotas nos cayeron mientras doblábamos la manta. Alcé la vista al cielo, sorprendido por la rapidez con la que se habían acumulado las nubes mientras estábamos distraídos.

«Mierda», masculló Ty, metiendo los táperes en la cesta a toda prisa. «La aplicación del tiempo decía que estaría despejado».

«Las aplicaciones del tiempo no entienden el clima de Ptown», le dije, ayudándole a recoger. «El tiempo en la península cambia en cuestión de minutos».

Un trueno retumbó sobre nosotros y el viento arreció, azotándonos las piernas con la arena. Para cuando llegamos al aparcamiento, las gotas se habían convertido en un auténtico chaparrón.

«¿Esperamos a que pase?», preguntó Ty, entrecerrando los ojos bajo la lluvia.

Otro relámpago respondió a esa pregunta. «No, echemos a correr».

Corrimos hasta mi coche y llegamos a las puertas completamente empapados. Ty tiró la cesta en el asiento trasero mientras yo me peleaba con las llaves, con la lluvia chorreándome por la cara.

«Joder», jadeó al deslizarse en el asiento del copiloto. El agua le goteaba del pelo a los hombros y le fue oscureciendo la camiseta hasta que se le pegó al pecho. «Ha salido de la nada».

Arranqué el motor y puse la calefacción y los limpiaparabrisas a tope. «Bienvenido a las tormentas de verano de Cape Cod. Son brutales, pero suelen pasar rápido».

El trayecto de vuelta fue complicado; la lluvia golpeaba el parabrisas con más fuerza de la que los limpias podían despejar. Conduje despacio, con las manos aferradas al volante, hiperconsciente de la presencia de Ty a mi lado. Su ropa mojada se había vuelto casi transparente y, cada vez que un relámpago cruzaba el cielo, iluminaba la línea de sus hombros, la curva de su cuello.

«¿Estás bien?», preguntó al darse cuenta de que tenía los nudillos blancos.

«Sí. Solo intento no hacer aquaplaning».

Pero no era del todo cierto. La tormenta había creado una tensión eléctrica en el coche que no tenía nada que ver con el tiempo. Ty no paraba de apartarse el pelo mojado de la cara y cada uno de sus movimientos atraía mi atención. La camiseta se le había subido un poco y dejaba a la vista una franja de piel sobre la cinturilla del pantalón que me moría por tocar.

Cuando por fin entramos en el camino de la casa, la lluvia había amainado hasta convertirse en un aguacero constante. Nos quedamos un momento sentados con el motor en marcha, ambos con la respiración agitada por la adrenalina.

«¿Listo?», preguntó Ty.

Asentí y echamos a correr de nuevo, esta vez hacia la puerta principal. Me peleé con la cerradura mientras la lluvia nos calaba lo poco que nos quedaba de ropa seca. Por fin, la puerta se abrió y entramos a trompicones, riéndonos y chorreando por todo el parqué.

«Dios, estamos hechos un desastre», dijo Ty, pero sonreía, con gotas de lluvia adheridas a las pestañas.

«Un completo desastre», confirmé, intentando no fijarme en cómo la camiseta empapada le marcaba cada músculo del torso.

Un relámpago iluminó el salón una fracción de segundo, seguido de un trueno. La tormenta estaba justo encima, y la casa nos pareció pequeña e íntima.

«Deberíamos, eh…», dije, señalando vagamente nuestra ropa empapada. «Cambiarnos».

«Deberíamos», asintió Ty, pero no se movió. Yo tampoco.

Nos quedamos allí, en la entrada, mientras el agua formaba un charco a nuestros pies, mirándonos el uno al otro. Tenía el pelo oscurecido por la lluvia, con las puntas ligeramente onduladas. Una gota de agua le recorrió el cuello y desapareció bajo el de la camiseta, y me sorprendí siguiendo su trayectoria con la mirada.

«Jamie». Su voz sonó más ronca de lo habitual.

«¿Sí?».

En lugar de responder, se acercó. Lo bastante cerca como para sentir el calor que irradiaba su piel a pesar de la ropa mojada. Lo bastante cerca como para ver cómo se le habían dilatado las pupilas.

«Estamos mojando el suelo», dije estúpidamente.

«Lo sé». Levantó la mano para acunarme la mandíbula, y su pulgar me acarició el pómulo. «Me da igual».

Cuando me besó, fue distinto a lo de esta mañana. Más voraz. La cuidada cortesía que habíamos mantenido durante todo el día se disolvió por completo, reemplazada por algo urgente y eléctrico.

Le devolví el beso, con mis manos aferradas a su camiseta mojada, atrayéndolo hacia mí. Sabía a vino, a lluvia y a posibilidad. Su lengua recorrió mi labio inferior y yo le abrí la boca, dejando escapar un suave sonido que no reconocí como mi propia voz.

«Arriba», conseguí decir contra su boca.

«Sí».

Nos separamos lo justo para avanzar a trompicones hacia las escaleras, sin soltarnos. A mitad de camino, Ty me apretó contra la pared, con la boca en mi cuello, y tuve que agarrarme a la barandilla para no escurrirme.

«Estás temblando», murmuró contra mi garganta.

«No es de frío».

Se apartó para mirarme, con los ojos oscuros de deseo. «Jamie…».

«Lo sé». Alargué los brazos hacia él. «Lo sé».

Llegamos a mi dormitorio de algún modo, aunque no podría recordar la mecánica concreta de haber caminado hasta allí. Ty cerró la puerta de una patada y empezó a quitarse la camiseta mojada.

«Espera», le dije, sujetándole las manos. «Déjame a mí».

Contuvo el aliento cuando tomé el relevo y empecé a pasarle lentamente la tela empapada por la cabeza. Tenía la piel cálida y un poco áspera por el sol, salpicada de pecas que quería recorrer con la lengua.

«Te toca», dijo con voz ronca.

Sus manos fueron más firmes que las mías al desabrocharme la camisa y deslizar el algodón húmedo por mis hombros. Cuando sus palmas se deslizaron por mi pecho, me estremecí.

«¿Sigues teniendo frío?», preguntó, pero había un ardor en su mirada que demostraba que sabía la verdad.

«No».

El resto de nuestra ropa desapareció rápidamente; la tela mojada caía al suelo con un golpe sordo. Cuando las manos de Ty se posaron en mis caderas y tiró de mí para juntarnos, piel con piel, solté un sonido que fue mitad jadeo, mitad sollozo.

«¿Así está bien?», preguntó, a pesar de que su cuerpo ya se apretaba contra el mío.

«Más que bien». Lo besé con fuerza, vertiendo en el contacto todo lo que no podía decir con palabras: lo mucho que lo deseaba, lo aliviado que estaba de que se quedara, lo aterrorizado y eufórico que me sentía.

Me hizo retroceder hacia la cama sin romper el beso. Cuando las corvas chocaron con el colchón, me dejé caer sentado, mirándolo. Un relámpago iluminó su rostro por un instante.

«Eres jodidamente precioso», susurró, acomodándose entre mis muslos.

Quise protestar, quitarle importancia, pero su mirada me detuvo. Lo decía en serio. De algún modo, increíblemente, veía en mí algo por lo que merecía la pena quedarse.

«Tú también lo eres», dije en su lugar, y alargué la mano para tocarle la cara.

Esta vez, cuando se inclinó sobre mí, no hubo vacilación, ni una cuidadosa negociación. Solo calor, deseo y el ritmo constante de la lluvia contra las ventanas. Su boca encontró la mía de nuevo, ahora más profunda, más exigente.

Tiré de él hacia abajo, necesitado de sentir su peso, su calor. Todo esto era muy diferente a lo de esta mañana. Menos prudente, más desesperado. Como si nos estuviéramos reclamando el uno al otro.

«Jamie», susurró mi nombre contra mi garganta, y sonó como una plegaria.

Mis manos exploraron su espalda, recorriendo sus músculos, el modo en que se contraían con cada movimiento. Era guapísimo, estaba aquí y era mío, al menos por ahora.

«Te deseo», dije, sorprendiéndome de la firmeza de mi voz.

«Me tienes». Me miró a los ojos, serio a pesar del ardor del momento. «Me tienes».

Afuera, los truenos retumbaban sobre el puerto, pero dentro de nuestro pequeño círculo de luz y sábanas revueltas, todo parecía perfecto. A salvo. Como debía ser.

Cuando alargué la mano para tocarlo, me la sujetó y la apretó contra su pecho, justo donde su corazón latía desbocado.

«¿Lo sientes?», preguntó.

«Sí».

«Eso es lo que me provocas. Cada vez que te miro, cada vez que sonríes por alguna tontería que hago». Su pulgar rozó mis nudillos. «Me aceleras el corazón, Jamie Brennan».

Lo besé en lugar de intentar encontrar palabras para describir la sensación que se expandía en mi pecho. Lo de esta mañana había sido un descubrimiento, tierno y prudente. Esto era una reivindicación, una promesa.

«Por favor», susurré contra su boca, y él lo entendió.

La tormenta rugía en el exterior mientras nosotros nos perdíamos el uno en el otro, con la lluvia azotando las ventanas y el viento aullando alrededor de la casa. Pero dentro, envueltos en calor, deseo y la increíble realidad de que Ty se quedaba, todo parecía estar exactamente como debía.

Más tarde, mucho más tarde, yacíamos enredados el uno con el otro, escuchando cómo la lluvia amainaba hasta convertirse en un suave repiqueteo. Los dedos de Ty trazaban dibujos perezosos en mi pecho mientras yo intentaba procesar todo lo que había cambiado en el transcurso de unas pocas horas.

«La tormenta se está yendo», observé en voz baja.

«Mmm». Me dio un beso en el hombro. «Justo a tiempo».

«¿Para qué?».

«Para todo». Se apoyó en un codo para mirarme, con el pelo revuelto y una mirada dulce. «Para esta noche, para nosotros, para que me diera cuenta de que quiero quedarme».

Alargué la mano para apartarle un mechón de la cara. «Me alegro de que te quedes».

«¿Solo te alegras?».

La nota de burla en su voz me hizo sonreír. «Vale, estoy encantado de que te quedes. ¿Mejor?».

«Mucho». Volvió a acomodarse a mi lado con un suspiro de satisfacción. «Aunque ahora creo que voy a tener que buscar algo más que un estudio».

«¿Ah, sí?».

«No es plan de llevarte a una habitación encima de la iglesia para pasar la noche».

Me reí, y el sonido retumbó de forma extraña en la silenciosa habitación. «Ya encontraremos una solución».

«La encontraremos», asintió, y algo en su tono hizo que sonara como una promesa.

Afuera, el último trueno retumbó a lo lejos, hacia tierra firme, dejando solo el suave sonido de la lluvia y nuestras respiraciones. Mañana llegarían las preocupaciones prácticas, las preguntas sobre dónde viviríamos y sobre qué éramos exactamente. Pero esa noche, nada de eso importaba.

Esa noche, Ty estaba aquí, cálido y sólido a mi lado, planeando un futuro que nos incluía a los dos.

Era más de lo que me había atrevido a esperar cuando publiqué aquel anuncio para buscar compañero de piso hacía solo unos meses.

25

JAMIE

A FINALES DE SEPTIEMBRE, Ptown era como un suspiro colectivo.

Caminaba por Commercial Street con un montón de novedades de otoño bajo un brazo y el café favorito de Ty en la otra mano, haciendo equilibrios, mientras veía cómo el pueblo recuperaba poco a poco algo parecido a la cordura. Las multitudes se habían reducido a grupos manejables de visitantes de fin de semana, y la mitad de los escaparates ya lucían carteles de «Se alquila a partir del 1 de octubre». El éxodo estacional había comenzado.

Dos meses atrás, esa imagen me habría llenado de alivio. Ahora, en cambio, la sensación era agridulce. No porque echara de menos el caos, exactamente, sino porque, sin esperarlo, le había cogido cariño a la versión de mí mismo que lo había sobrellevado en compañía.

La luz del atardecer tenía esa calidad particular de septiembre, dorada y rasante, que hacía que todo pareciera sacado de una postal. Me detuve frente a la librería, donde Ellen estaba girando el cartel de la puerta a «Cerrado», y la saludé con la mano a través del cristal. Llevaba desde mediados de agosto insoportablemente satisfecha con lo nuestro, atribuyéndose todo el mérito de lo que llamaba su «genio como celestina». Hacía tiempo que había dejado de llevarle la contraria.

Al acercarme al 542 de Bayberry Lane, la voz de la señora Delaney, nuestra casera y vecina, llegó desde la ventana abierta de su cocina. Estaba hablando por teléfono, probablemente con su hermana de Dennis, quejándose del estado de sus hortensias. La semana anterior, había llamado a nuestra puerta con una versión actualizada del contrato de alquiler a largo plazo y un plato de *snickerdoodles*, anunciando que «le subíamos el valor a la propiedad» y que prefería tenernos todo el año a tener que buscar nuevos inquilinos para el verano siguiente.

Firmé antes incluso de que Ty terminara de leer las condiciones.

La casita parecía más pequeña ahora que la temporada turística llegaba a su fin, como si se acomodara para los meses más tranquilos que se avecinaban. La tabla de surf de Ty seguía apoyada en la barandilla del porche, aunque la usaba menos a medida que bajaba la temperatura del agua. Su colección de camisetas de grupos *vintage* colgaba del tendedero improvisado que había instalado entre dos postes, ondeando con la brisa salada.

Olí la cena incluso antes de abrir la puerta. Ajo, sin duda. Algo vagamente italiano.

—Ya estoy en casa —anuncié, dejando el café y los libros en la mesita del recibidor y colgando mi chaqueta de punto en el gancho que Ty había instalado la semana pasada. Había medido dos veces y taladrado una, y luego se había echado hacia atrás con evidente orgullo mientras yo fingía que su entusiasmo por las tareas domésticas no me parecía absolutamente encantador.

—En la cocina —llegó su voz, seguida de inmediato por el sonido de algo friéndose con agresividad—. Y antes de que digas nada, sé lo que hago.

Lo dudaba, y mucho.

Estaba de espaldas a mí, de pie frente a los fogones, con el delantal que le había comprado de broma después de que salpicara media cocina con salsa marinara en su último intento de prepararnos comida italiana. En el delantal ponía «Besa al cocinero» con letras rojas desvaídas, y en el último mes había descubierto que estaba vergonzosamente dispuesto a seguir esa instrucción al pie de la letra.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó sin volverse, mientras removía algo que tenía un aspecto sospechoso, aunque podría haber sido un *risotto* en su origen—. ¿Ellen sigue proclamando que predijo toda nuestra historia de amor?

—Ahora se atribuye el mérito de la renovación del contrato —dije, apoyándome en el marco de la puerta para observarlo—. Ah, y Dylan ha pasado a dejarte el café. El bueno, el del Kohi.

—¿Me has traído café? —Ty se giró para mirarme por encima del hombro con esa sonrisa que todavía me provocaba una sensación extraña y cálida en el pecho—. ¿Te he dicho últimamente que eres perfecto?

—Con frecuencia. Normalmente, cuando quieres que ignore el desastre que estás montando en la cocina.

—Esto no es un desastre —protestó él, agitando la cuchara de madera para dar énfasis—. Esto es… cocina de fusión experimental.

—¿Y qué estás fusionando exactamente?

—Técnica italiana con optimismo estadounidense.

Me acerqué, atraído por la combinación de su desorden al cocinar y el modo en que tarareaba por lo bajo cuando se concentraba. Llevaba haciéndolo desde el día en que se mudó, pero ahora tenía permiso para encontrarlo adorable en lugar de irritante.

—Vale, pero ¿qué es exactamente? —Miré por encima de su hombro la sartén, donde algo que definitivamente no había empezado como un *risotto* empezaba a tener un aspecto sorprendentemente apetecible.

—Algo con champiñones y vino blanco —dijo Ty, añadiendo un chorrito más de vino a la sartén con una confianza que denotaba práctica—. Encontré rebozuelos en el mercado esta mañana, y la señora Chen de la pescadería me dijo que las vieiras estaban perfectas. Así que pensé… ¿por qué no?

Lo observé trabajar y, a pesar de mis bromas, estaba claro que sabía lo que hacía. Sus movimientos eran fluidos y seguros, igual que cuando estaba detrás de la barra del The Shell & Shaker. Probaba, rectificaba la sazón y, de alguna manera, hacía que todo el proceso pareciera no requerir esfuerzo alguno.

—¿Cuándo aprendiste a cocinar así? —pregunté, aceptando la cuchara que me ofreció para probar. Los sabores eran complejos, con un toque terroso y el punto justo de vino para darle brillo al conjunto. Estaba realmente bueno.

—La tía Patricia —dijo él, sonriendo ante mi evidente sorpresa—. Insistió en que aprendiera las técnicas adecuadas durante el verano que pasé con ella en el instituto. Decía que un hombre que solo sabe hacer macarrones de caja está destinado a una triste vida de soltero.

—Una mujer sabia.

—Lo es. De hecho, me preguntó por ti ayer cuando pasé por la oficina de la iglesia. —Ty ajustó el fuego de la vitrocerámica y cogió el paquete de vieiras—. Quiere saber cuándo vas a venir a la misa del domingo para poder presentarte a la congregación como «el joven de Tyler».

Casi me atraganto con el vino.

—¿Dijo eso?

—Sus palabras exactas. Le dije que quizá necesitabas tiempo para hacerte a la idea de que te presenten en sociedad como si fueras un pavo en Navidad. —Empezó a marcar las vieiras, y la cocina se llenó con el sonido de una caramelización perfecta—. Pero es muy insistente. Quedas avisado.

De repente, me golpeó la domesticidad de la escena. Ty cocinando en nuestra cocina, hablando de su tía, planeando nuestra vida social en torno a eventos de la iglesia. Seis meses atrás, la idea de salir con alguien cuya tía abuela quisiera presentarme a su congregación me habría provocado un ataque de pánico. Ahora, simplemente, me parecía… agradable. Como algo estable. Como si quizás a eso se refiriera la gente cuando hablaba de construir una vida con alguien.

—Por cierto, ¿qué tal el nuevo trabajo? —pregunté, sentándome en uno de los taburetes de la barra—. Esta semana has vuelto a casa más temprano.

—Es una pasada —dijo, y pude oír el entusiasmo genuino en su voz—. En serio, increíble. Solo hoy he tenido tres reuniones. Hay una familia, los Washington, que llevaban intentando acceder al programa de ayuda a la vivienda desde junio y tenían tal lío de

papeles que prácticamente se habían rendido. Patricia me pasó su caso y lo solucionamos todo en dos horas.

Le dio la vuelta a las vieiras con una satisfacción que sugería que no era suerte de principiante. Toda su presencia en la cocina desprendía una competencia natural a la que todavía me estaba acostumbrando.

—¿Dos horas? —pregunté—. ¿Cuál era el problema?

—Nadie estaba leyendo las solicitudes. Simplemente las iban pasando de un departamento a otro. —La expresión de Ty cambió ligeramente, volviéndose más seria—. La señora Washington tiene dos trabajos y su marido lleva arrastrando problemas de salud desde un accidente que tuvo en la obra el invierno pasado. Necesitaban la ayuda para no perder el piso fuera de temporada, pero todo el mundo les decía que necesitaban otros formularios o más documentación. Y mientras tanto, ellos intentando averiguar si podían permitirse seguir viviendo en Ptown.

Ya había oído historias parecidas. La situación de la vivienda para todo el año en Ptown era brutal, y empeoraba cada verano a medida que los alquileres se convertían en alojamientos turísticos y los trabajadores competían por lo que quedaba. Por eso nuestra casita me parecía un tesoro, y por eso había aceptado con tanto alivio la oferta de un contrato a largo plazo de la señora Delaney.

—¿Pudiste ayudarlos? —pregunté.

—Ayer les aprobaron la ayuda —dijo Ty, con una sonrisa contagiosa—. Pero lo mejor fue la reacción del señor Washington. Se le saltaron las lágrimas cuando lo llamé para contárselo. Dijo que ya estaba a punto de empezar a mirar pisos en Orleans o Wellfleet, aunque eso significaría que el trayecto al trabajo de su mujer sería prácticamente imposible.

Ty colocó las vieiras sobre la mezcla de champiñones con una atención por la presentación que sugería que quizá su tía le había enseñado algo más que la técnica. El plato tenía un aspecto digno de un restaurante, lo cual resultaba ligeramente intimidante, dado que mi mayor logro culinario seguía siendo usar la cafetera sin quemar nada.

—Es increíble —dije—. ¿Y solo llevas un mes?

—Patricia dice que se me da de miedo lidiar con el absurdo burocrático. Por lo visto, es un don poco común. —Me puso un plato delante con evidente orgullo—. También cree que tengo buen instinto para saber lo que la gente necesita de verdad, más allá de lo que digan los formularios.

Di un bocado, y los sabores combinados eran aún mejores.

—Dios, está buenísimo. Va a ser mi ruina, ya no querré pedir comida a domicilio nunca más.

—Ese es el plan. —Se inclinó sobre la barra para robarme un beso rápido, con un ligero sabor a vino y ajo—. Pero en serio, creo que este trabajo es justo lo que estaba buscando sin saberlo. A ver, me encanta ser camarero y voy a seguir haciendo turnos en el Shell los fines de semana, pero esto… tiene un propósito. No sé si me entiendes.

Sí que lo entendía. Había observado a Ty durante los últimos meses, había visto cómo se le iluminaba la cara al hablar de cómo había ayudado a Angie a resolver lo de la renovación de su alquiler o cuando se pasó una tarde ayudando a nuestro vecino anciano, el señor Santos, a configurar su nuevo teléfono. Se le daba bien la gente por naturaleza, pero, más allá de eso, de verdad quería resolver sus problemas.

—Patricia también ha comentado que quiere ampliar el programa —continuó, sentándose a mi lado con su propio plato—. Hay subvenciones estatales para servicios de apoyo a residentes de todo el año, y cree que probablemente podríamos duplicar lo que ofrecemos ahora mismo.

—¿Qué tipo de ampliación?

—Asesoramiento para encontrar trabajo, sobre todo. Y quizá algún programa de educación financiera. —Ty hizo una pausa, pensativo—. Mucha de la gente que viene tiene varios frentes abiertos a la vez: vivienda, empleo, acceso a la sanidad. A veces, el simple hecho de que alguien te ayude a coordinarlo todo marca la diferencia entre quedarse o marcharse.

Podía imaginármelo haciendo exactamente eso. Ty tenía esa forma de hacer que las cosas complicadas parecieran sencillas, ya

fuera ayudándome a mí con mi ansiedad o, al parecer, revolucionando el sistema de servicios sociales de Ptown.

—Además —añadió con una sonrisa ligeramente astuta—, Patricia cree que debería plantearme volver a estudiar para sacarme algo de gestión de organizaciones sin ánimo de lucro o trabajo social. Conoce a alguien en la UMass de Boston que dirige el programa de tarde.

—¿En serio? —Intenté que mi voz sonara natural, aunque la idea de que Ty se comprometiera con algo a tan largo plazo hizo que algo cálido y esperanzador se desplegara en mi pecho.

—En serio. Lo cual es aterrador, emocionante y completamente distinto a lo que pensaba que estaría haciendo hace seis meses. —Alargó la mano para robarme una de mis vieiras—. Pero esa ha sido la tónica últimamente, ¿no?

Comimos en un silencio cómodo durante un rato, ambos procesando el peso de lo que acababa de compartir. Fuera, el sol se ponía cada vez más temprano, proyectando largas sombras sobre nuestro pequeño comedor. Las multitudes de turistas disminuían, pero, en lugar de la soledad y el vacío que había esperado sentir al terminar el verano, ahora todo parecía, de alguna manera, más lleno.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Ty al cabo de un rato.

—Claro.

—¿Eres feliz? O sea, ¿de verdad? ¿Con todo esto? —Hizo un gesto vago que abarcaba la cocina, pero entendí que se refería a algo más grande. A nosotros. A la vida que estábamos construyendo. A los planes que parecían estar formándose sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Me tomé la pregunta en serio. Seis meses atrás, estaba convencido de que la felicidad era sinónimo de soledad, que dejar entrar a alguien en mi mundo cuidadosamente ordenado solo me llevaría al caos y la decepción. Entonces, Ty se había mudado con su tabla de surf, sus horribles cantos en la ducha y su total incapacidad para recordar cuál era su toalla y, de algún modo, todo había… mejorado.

—Sí —dije finalmente—. Lo soy. De verdad. Aunque me robes las vieiras y dejes los posos de café en la prensa francesa.

—Limpié la prensa francesa ayer —protestó él.

—Después de que te dejara tres notas distintas recordándotelo.

—Pero la limpié. —La sonrisa de Ty no mostraba ni una pizca de arrepentimiento—. El crecimiento personal es un proceso, Jamie.

—¿Así es como lo llamamos ahora?

—¿Prefieres «aprender a convivir con mi novio neurótico pero adorable»?

La palabra «novio» todavía me provocaba un aleteo en el pecho. Llevábamos usándola unas semanas, pero no había perdido su novedad. Si acaso, se estaba volviendo más sólida, más real, a medida que nos asentábamos en rutinas y ritmos que se sentían cada vez más permanentes.

—Acepto esa descripción —dije.

Ty alargó la mano sobre la mesa y entrelazó nuestros dedos; su pulgar trazaba pequeños círculos en mi muñeca.

—Bien. Porque pienso quedarme el tiempo suficiente para perfeccionar mi técnica con la prensa francesa.

—¿Solo la técnica con la prensa francesa?

—Entre otras cosas. —Su sonrisa se volvió un poco pícara—. Soy un estudiante muy aplicado.

Sentí un calor que me subía por el cuello y agradecí que la luz cada vez más tenue pudiera ocultar mi sonrojo. Incluso después de semanas, Ty todavía podía hacerme sentir como un adolescente con un flechazo devastador.

—Hablando de lo cual —continuó, bajando la voz a un tono más grave e íntimo—, debería advertirte de que mañana tengo el día libre.

—¿Ah, sí? —conseguí articular.

—Agenda completamente despejada. Sin reuniones en la iglesia, ni citas con clientes, ni turnos en el bar. —Me apretó la mano con suavidad—. Había pensado que podríamos dormir hasta tarde. Preparar un buen desayuno. Quizá pasar un rato… explorando esas otras técnicas que tengo ganas de perfeccionar.

Se me cortó la respiración y la sonrisa de Ty se volvió cómplice.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Pensé que seis meses atrás la idea de pasar un día entero sin un plan estructurado con otra persona me habría provocado urticaria. Ahora me sonaba a la mejor manera posible de pasar un viernes.

—Creo —dije, midiendo mis palabras— que me parece un plan excelente.

—Perfecto. —Ty se levantó y empezó a recoger los platos—. Pero primero, será mejor que friegue. No puedo dejar que te despiertes con la cocina hecha un desastre.

—No tienes por qué…

—Jamie. —Se inclinó para besarme en la sien, con la voz cálida y divertida—. Te conozco. Si hay platos sucios, te levantarás a las seis de la mañana para limpiarlos, lo que anula por completo el propósito de dormir hasta tarde.

No le faltaba razón. Y el hecho de que lo supiera, de que lo tuviera en cuenta en lugar de considerarlo una manía, me oprimió el pecho con un sentimiento al que todavía estaba aprendiendo a ponerle nombre.

—En ese caso —dije—, yo preparo el café. El bueno.

—Trato hecho.

26

TY

Terminé de actualizar el horario del huerto comunitario y me recosté en la silla de mi escritorio, observando la luz del atardecer que se filtraba por las vidrieras del despacho de Patricia. Si seis meses atrás alguien me hubiera dicho que estaría trabajando como coordinador de acción comunitaria para una iglesia unitaria universalista en Ptown, me habría reído hasta llorar. Ahora, al mirar mi calendario lleno de reuniones para coordinar voluntarios, sesiones de planificación para el grupo de jóvenes LGTBQ+ y talleres de defensa de la vivienda, me parecía lo más natural del mundo.

—¿Qué tal ha ido la reunión de la Red Alimentaria de Outer Cape? —preguntó Patricia, apareciendo en el umbral de la puerta con su habitual taza de manzanilla.

—Muy bien. Nos han aprobado el programa de reparto de comidas de invierno, y nos dejan usar la cocina de la iglesia dos veces por semana. —Guardé el documento y me giré para mirarla—. La señora Santos, del Centro Cultural Portugués, también quiere coordinar con nosotros las comidas de las fiestas.

—Excelente. —La sonrisa de Patricia era cálida—. Sabes, cuando te propuse este puesto, no estaba del todo segura de que se te dieran bien los temas de organización.

Me reí.

—Vivir con Jamie durante seis meses te enseña un par de cosas sobre organización. Por lo visto, lo de clasificar por colores es contagioso.

—¿Cómo está Jamie? No lo he visto desde el club de lectura de la semana pasada.

—Bien. Muy bien. —Sentí ese aleteo familiar de satisfacción cada vez que hablaba de él—. Me ha estado ayudando a aprender a usar QuickBooks para los informes del presupuesto. Resulta que tener un novio al que de verdad le gustan las hojas de cálculo tiene sus ventajas.

A Patricia se le arrugaron los ojos en un gesto de diversión.

—Me alegro de que os hayáis encontrado. A veces el universo tiene una forma de poner a la gente justo donde tiene que estar.

—Sí —dije, echando un vistazo al reloj en la pantalla del ordenador—. Y hablando de eso, debería irme. He quedado en recoger a Jamie de la librería y luego vamos con Dylan y Alex al Governor Bradford, que hay noche de trivial.

—Pasadlo bien. ¿Y, Ty? —Patricia hizo una pausa mientras yo cogía la chaqueta—. Gracias. Por todo lo que has hecho aquí estos últimos meses. El número de chicos del grupo de jóvenes se ha triplicado desde que empezaste, y nunca he visto el huerto comunitario tan bien organizado.

Sus elogios me reconfortaron el pecho. Seis meses saltando de trabajo temporal en trabajo temporal y durmiendo en sofás prestados casi me habían convencido de que no se me daba bien nada a largo plazo. Resultó que solo necesitaba encontrar el sitio adecuado.

—Gracias, Patricia. Nos vemos el lunes.

Salí a Commercial Street y respiré hondo el aire de octubre. Las hordas de turistas habían desaparecido en su mayoría después del Día del Trabajo, dejando atrás la versión de Ptown de la que me había enamorado: íntima, centrada en la comunidad, llena de gente local que de verdad se sabía los nombres de los demás. El sol de la tarde lo bañaba todo en una luz dorada, y podía oler el aire salado mezclado con los últimos vestigios de las flores de verano de los jardines del barrio de las galerías.

El móvil me vibró con un mensaje de Jamie: *Cierro antes. Ellen me deja salir a las 17:30 en vez de a las 18:00*.

Justo a tiempo. Le respondí: *Genial. Llego en diez minutos*.

El paseo desde la iglesia hasta Port Reads me llevó por delante del Pilgrim Monument y por el extremo más tranquilo de Commercial Street. Saludé con la mano a Carlos, del Cafe Heaven, que estaba colocando la pizarra con las ofertas del día siguiente, y me paré brevemente a charlar con la señora Chen, de la ferretería, sobre los turnos de voluntariado del fin de semana para el huerto comunitario.

Eso era lo que no me había esperado de quedarme en Ptown todo el año: la forma en que se había convertido en un lugar real en lugar de un simple destino de vacaciones. Ahora tenía vecinos de verdad, gente que me preguntaba por el trabajo, se acordaba de cómo me gustaba el café y me incluía en sus planes de fin de semana sin que pareciera un acto de caridad. Para alguien que se había pasado la mayor parte de la veintena mudándose cada vez que las cosas se complicaban, esa estabilidad era a la vez extraña y profundamente satisfactoria.

Encontré a Jamie detrás del mostrador de Port Reads, ayudando a un señor mayor a buscar algo en la sección de historia local. Incluso después de todo este tiempo, ver a Jamie trabajar todavía me hacía sonreír. Tenía esa forma de escuchar lo que la gente quería de verdad, no solo lo que decían que querían, y de alguna manera siempre encontraba el libro perfecto.

—La sección sobre la industria pesquera está justo aquí —decía Jamie, sacando un volumen sobre el legado portugués de Ptown—. Pero si le interesa la historia LGTBQ+ más reciente, también le recomendaría este otro. —Le entregó un segundo libro—. Abarca desde el periodo de la colonia de artistas hasta la actualidad.

—Maravilloso, gracias. Sabe usted de lo que habla.

—Para eso estamos —dijo Jamie con calidez.

Esperé a que el cliente se fuera para acercarme al mostrador.

—¿Otra vez presumiendo delante de los clientes?

Jamie levantó la vista y se le iluminó toda la cara, como siempre que me veía por primera vez después de haber estado separados unas horas. Esa expresión nunca perdía su efecto.

—Solo hago mi trabajo —dijo, pero su sonrisa era suave y privada—. ¿Qué tal la tarde? ¿Fue bien la reunión de la Red Alimentaria?

—Muy bien. Patricia cree que podríamos ampliar el programa en primavera. —Me apoyé en el mostrador, disfrutando de la comodidad familiar de compartir mi día con él—. Además, la señora Santos nos ha invitado a los dos al festival de san Antonio del Centro Cultural Portugués el próximo junio.

—¿A los dos?

—Por lo visto, ahora somos un pack. Preguntó específicamente si vendría también «tu chico».

A Jamie se le sonrojaron ligeramente las mejillas, como siempre que la gente se refería a nosotros como pareja en público. Después de seis meses, lo llevaba mejor, pero su reacción todavía tenía algo entrañablemente nervioso.

—¿Me ha llamado «tu chico»?

—Bueno, en realidad te ha llamado «esse rapaz bonito», pero estoy bastante seguro de que la traducción es esa.

—¿Y eso qué significa?

—«Ese chico tan guapo» —dije, sonriendo de oreja a oreja mientras su sonrojo se intensificaba—. Y no se equivoca.

—Eres lo peor —masculló Jamie, pero contenía una sonrisa.

—¿Listo para irnos? Dylan ha mandado un mensaje diciendo que él y Alex ya están en el Governor Bradford, y por lo visto han reclutado a Marcus y a Jordan para nuestro equipo del trivial.

—Deja que cierre la caja. —Jamie comenzó su ritual de cierre, que, según había aprendido, consistía en exactamente diecisiete pasos distintos realizados en exactamente el mismo orden cada vez. Verlo llevar a cabo su metódico proceso era extrañamente relajante, como un ritual que marcaba la transición del día de trabajo a la noche.

—¿Ellen se ha ido antes? —pregunté.

—Tenía una cita para cenar. Está saliendo con esa mujer de la Asociación de Arte de Ptown, Sarah. Es su tercera cita esta semana.

—Me alegro por ella.

—Y yo. Parece feliz. —Jamie terminó de contar la caja y la cerró con llave—. Vale, listo.

Salimos juntos a Commercial Street y Jamie, de forma automática, me buscó la mano. Aquello era todavía lo bastante nuevo como para que me diera cuenta, esa intimidad casual que se había desarrollado entre nosotros en los últimos meses. En agosto, a Jamie le habría dado demasiada vergüenza ir de la mano en público. Ahora parecía tan natural como respirar.

—Entonces, ¿cuál es el tema del trivial de hoy? —preguntó Jamie mientras caminábamos.

—Dylan dijo algo sobre música y literatura de los ochenta. Por lo visto, el formato es «empollones contra "bros"», signifique eso lo que signifique.

—Oh, no.

—¿Qué?

—Dylan ha estado estudiando. La semana pasada se compró tres libros de referencia distintos sobre música de los ochenta y ha estado examinando a Alex sobre grupos de la new wave mientras salen a correr por las mañanas.

—Me parece un poco excesivo para un trivial de bar.

—Es que no conoces a Dylan. Se toma la noche del trivial muy en serio. El mes pasado se hizo fichas de estudio para la categoría de ciencia.

Me reí.

—En ese caso, ganamos seguro.

El Governor Bradford ya bullía con la clientela de la cena cuando llegamos. Vi a Dylan y a Alex en su mesa de siempre, cerca del fondo, junto con Marcus y Jordan, que discutían amistosamente sobre algo relacionado con estadísticas de béisbol.

—¡Ahí están! —exclamó Dylan, haciéndonos señas para que nos acercáramos—. Justo a tiempo. Estábamos debatiendo opciones para el nombre del equipo.

—Por favor, dime que no es «Los alcohólicos literarios» otra vez —dijo Jamie mientras nos sentábamos.

—Yo había propuesto «Cincuenta sombras de gay» —dijo Marcus con una sonrisa.

—Ni hablar —sentenció Alex con firmeza—. Acordamos que sería «Los Listillos».

—Un clásico —dije—. Pido yo la primera ronda. Jamie, ¿lo de siempre?

—Por favor.

Me abrí paso hasta la barra, intercambiando saludos con algunos clientes habituales que había conocido durante el verano. Tom, el camarero, tenía mi pedido listo antes de que terminara de pedírselo.

—Invita la casa para los expertos del trivial —dijo con un guiño.

—Todavía no hemos ganado.

—Dale tiempo. Tu chico sabe más de libros que nadie que yo conozca, y Dylan ha estado estudiando como si se presentara a la selectividad.

Llevé las bebidas a nuestra mesa, donde la conversación había pasado a los planes del fin de semana. Jamie estaba explicando su idea de una excursión en grupo a Race Point antes de que hiciera demasiado frío, y a todo el mundo le entusiasmaba la perspectiva de un último día de playa antes de que el invierno se instalara del todo.

—Podríamos hacer una hoguera —sugirió Jordan—. Sé dónde conseguir los permisos.

—Y yo podría llevar la guitarra —añadió Alex—. Si la gente promete no pedir «Wonderwall».

—No prometemos nada —dijo Marcus al instante.

Mientras los veía hacer planes juntos, sentí que esa sensación familiar de estar en el lugar correcto se apoderaba de mí. Esto era lo que había estado buscando sin darme cuenta: no solo alguien con quien estar, sino un grupo de gente al que pertenecer. Una comunidad que nos incluía a Jamie y a mí, que dejaba espacio para nuestra relación sin convertirla en el centro de todo.

El presentador del trivial pidió atención, y Dylan sacó inmediatamente una libreta que estaba bastante seguro de que había codificado por colores según la categoría.

—Vale, equipo —dijo con seriedad—. Jamie se encarga de literatura e historia, yo llevo música y cultura popular, Marcus se ocupa de los deportes y Alex cubre ciencia y naturaleza. Ty, tú eres nuestro comodín para cualquier cosa rara.

—¿Qué se considera «raro»? —pregunté.

—Geografía, comida, cotilleos de famosos, cualquier cosa que tenga que ver con realities.

—Puedo encargarme de eso.

Las primeras categorías fueron exactamente como Dylan había predicho: música de los ochenta (que él dominó), literatura americana (el punto fuerte de Jamie) y un surtido de preguntas sobre cine y televisión que conseguimos resolver entre todos. Para la cuarta ronda, estábamos empatados en el primer puesto con un equipo de residentes locales que claramente se lo tomaban tan en serio como Dylan.

—Muy bien —anunció el presentador—, categoría final: «Esto o aquello». Os daré dos opciones y tendréis que elegir cuál se ajusta a la descripción.

Las preguntas iban desde las más directas («¿Qué estado tiene más costa: Maine o California?») hasta las completamente ridículas («¿Qué pesa más: un galón de leche o un galón de miel?»). A falta de la última pregunta, íbamos ganando por un solo punto.

—Última pregunta —dijo el presentador con dramatismo—. Esta vale el doble de puntos, así que podría cambiarlo todo.

Dylan agarró el bolígrafo como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué está más al norte: Ptown, en Massachusetts, o Portland, en Oregón?

La mesa se quedó en silencio por un momento, y pude ver a todo el mundo tratando de visualizar un mapa de Estados Unidos.

—Es Ptown —dijo Jamie en voz baja—. Lo busqué una vez que mi madre insistió en que Ptown no podía estar «tan al norte» por estar en la costa este.

—¿Estás seguro? —preguntó Marcus.

—Positivo. Ptown está sobre la latitud cuarenta y cinco. Portland, más cerca de la cuarenta y dos.

Dylan escribió nuestra respuesta con una floritura, y esperamos mientras el presentador contaba las puntuaciones finales.

—En tercer lugar, «El Trivial en mis Pantalones» —anunció el presentador, y la mitad del bar gimió—. En segundo lugar, «Tequila

Mockingbird». Y vuestros ganadores, con una puntuación perfecta en la ronda final: «¡Los Listillos!».

Nuestra mesa estalló en vítores, y Dylan parecía a punto de llorar de alivio.

—¡Las bebidas corren a cuenta de la casa para el equipo ganador! —gritó Tom desde detrás de la barra.

Mientras nuestros amigos celebraban y discutían sobre qué hacer con nuestra victoria (un cheque regalo de cincuenta dólares para el restaurante), me encontré observando a Jamie, que se reía de algo que Alex había dicho sobre el baile de la victoria de Dylan. Tenía el pelo ligeramente revuelto por el viento de octubre, las mejillas sonrojadas por la cerveza y la emoción, y parecía completa y genuinamente feliz.

Seis meses atrás, estaba convencido de que quedarse en un solo lugar significaba renunciar a la aventura, que asentarse era solo un eufemismo de conformarse. Al ver a Jamie reír con nuestros amigos en un bar donde todo el mundo se sabía nuestros nombres, me di cuenta de que lo había entendido todo al revés.

La aventura era esta: construir algo real con alguien que me hacía querer ser mejor, crear una vida que se sentía intencionada en lugar de accidental. Descubrir que el hogar no era un lugar en el que acababas, sino un lugar en el que decidías quedarte.

Jamie me pilló mirándolo y enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Nada —dije, buscando su mano por debajo de la mesa—. Solo pensaba en lo bueno que es esto.

Su sonrisa fue suave y cálida, la que reservaba solo para mí.

—Sí. La verdad es que sí.

Fuera, los primeros indicios del invierno ya se colaban en el aire, pero dentro del Governor Bradford, rodeado de amigos y del ruido acogedor de un jueves por la noche en Ptown, todo parecía estar exactamente como debía.